

# Nuestra Bandera

148  
7-11-56  
*[Signature]*

REVISTA DE EDUCACION IDEOLOGICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

## **EDITORIAL**

LA CLASE OBRERA A LA CABEZA DE LA LUCHA ANTIFRANQUISTA.

**SANTIAGO CARRILLO**

SOBRE EL INGRESO DE ESPAÑA EN LA O.N.U.

**MANUEL DELICADO**

LA LUCHA DEL PARTIDO COMUNISTA POR LA UNIDAD OBRERA Y DEMOCRATICA EN EL PERIODO DE LA REPUBLICA Y DE LA GUERRA NACIONAL REVOLUCIONARIA.

**FEDERICO SANCHEZ**

ORTEGA Y GASSET, O LA FILOSOFIA DE UNA EPOCA DE CRISIS.

**PEDRO ARDIACA**

ALGUNOS ASPECTOS DE LA CRISIS ECONOMICA Y DE LA OPOSICION AL FRANQUISMO EN LOS MEDIOS DE LA BURGUESIA CATALANA.

**MANUEL AZCARATE**

SOBRE ALGUNOS DE LOS FUNDAMENTOS TEORICOS DE LA POLITICA DE COEXISTENCIA.

EL CINCUENTENARIO DE LA PRIMERA REVOLUCION RUSA (Tests).

**Nº 15**

Precio : 3 pesetas

MADRID, 1956.

CONSEJO DE LA LENGUA

MINISTERIO DE CULTURA



# EDITORIAL

## LA CLASE OBRERA A LA CABEZA DE LA LUCHA ANTIFRANQUISTA

A partir de la aparición, en octubre del año pasado, del Llamamiento del Comité Central del Partido Comunista a los trabajadores, la lucha de estos por sus reivindicaciones económicas ha recibido un impulso considerable.

Naturalmente, no es que los comunistas atribuyamos ese impulso exclusivamente a nuestro Llamamiento. La subida vertical de los precios en los artículos de primera necesidad, al agravar aun más la ya agobiadora situación de las masas trabajadoras, actúa de poderoso acelerador del descontento, emplaza a los obreros ante el imperioso dilema de luchar con más energía aún para obtener un aumento substancial de los salarios o dejar que el hambre se enseñoree de sus hogares.

Pero el Llamamiento del Partido Comunista, difundido por RADIO ESPAÑA INDEPENDIENTE, por MUNDO OBRERO y por otros medios, ha ayudado a que los luchadores de vanguardia de la clase obrera, comunistas y no comunistas, adquieran conciencia de la gran significación social y política de la lucha empeñada, así como de los medios para desarrollarla y llevarla a buen término. Y a través de los luchadores de vanguardia esa conciencia se va propagando al conjunto de la clase obrera.

El Llamamiento esclareció ante los trabajadores lo que muchos incluso algunos comunistas, no percibían aún: que los resultados de los congresos regionales y del congreso nacional de los sindicatos verticales, las reivindicaciones favorables a los trabajadores en ellos aprobadas, no eran el fruto de la « política social » del régimen sino el resultado de la lucha de las masas y de la crisis del régimen; que eran la expresión de la fuerza de la clase obrera.

El Llamamiento permitió clarificar la lucha. Frente a la línea falangista que trataba de canalizar la atención de las masas hacia aquellos acuerdos de los congresos que llevan el sello de la colaboración de clases, tales como « participación en los beneficios », « reforma de la

empresa », y, sobre todo, « aumento de la productividad », es decir, aumento de los beneficios de los capitalistas e intensificación de la explotación de los obreros; frente a esa línea de colaboración de clases y de defensa de los intereses de los grandes monopolios, el Partido Comunista llamaba a la clase obrera a luchar por sus verdaderas reivindicaciones y, en primer lugar, por aquellas más fundamentales cuya satisfacción es el único medio, en el momento presente, de mejorar de verdad la angustiosa situación de los hogares proletarios: salario mínimo vital por una jornada efectiva de ocho horas; a trabajo igual salario igual para mujeres y jóvenes; seguro de paro.

Estas reivindicaciones no sólo son aquellas cuya consecución representaría una mejora real; son también las que pueden permitir unificar en escala nacional la acción de la clase obrera por encima de todo particularismo y localismo, puesto que en ellas están vitalmente interesados los obreros de todas las regiones, especialidades y categorías, sin distinción de sexo o edad.

Y esta unificación de la acción, siempre importante, lo es más en las condiciones actuales, puesto que dada la propia naturaleza fascista del régimen —que sustituyó los contratos colectivos de trabajo, resultado de la lucha directa de la clase obrera, organizada en sus sindicatos, contra los patronos, por las « reglamentaciones » dictadas por el Estado franquista, o lo que es lo mismo, por los grandes monopolistas— la lucha de la clase obrera por el salario mínimo vital y por las demás reivindicaciones fundamentales planteadas, se convierte en una batalla directa contra el Estado-patrón franquista, en una lucha por obligar a éste a derogar las « reglamentaciones » actuales y dar satisfacción a las exigencias de la clase obrera. Es evidente que una batalla de esta envergadura no puede resultar victoriosa si la clase obrera actúa dispersa, si no presenta batalla unida, sin distinción de profesiones y categorías, de edad y de sexo; si no moviliza sus fuerzas coordinadamente en todo el país, atacando como en Fuenteovejuna, « todos a una ».

El Llamamiento del Comité Central subraya también la importancia de poder librar la lucha tras una plataforma legal, legalidad que no es una concesión graciosa del régimen, sino que ha sido impuesta por la misma lucha de la clase obrera. El curso legal de reivindicaciones que durante años el Partido Comunista agitó y defendió en la

clandestinidad, que costaban a sus defensores la cárcel y, a veces, la vida, es un progreso de enorme importancia en la lucha de la clase obrera y de todo el pueblo contra el franquismo; es una trinchera conquistada que sirve de base de partida para nuevos avances. Esa plataforma puede propagarse no importa dónde, puede hacerse circular por fábricas y talleres, y bajo ella pueden estampar su firma, exigiendo su aplicación, millones de obreros. La legalidad de esa plataforma da una magnífica posibilidad a la vanguardia revolucionaria de la clase obrera de arrastrar tras ella a los sectores más atrasados, e imprimir así a la lucha una amplitud sin precedentes.

El Llamamiento del Comité Central no sólo ayuda a la clase obrera a adquirir plena conciencia de su fuerza, no sólo orienta su lucha y la coordina en escala nacional, sino que ayuda a los trabajadores a utilizar las formas y métodos de acción más adecuados a las condiciones presentes. Estos métodos son el fruto de la experiencia práctica de los años pasados, durante los cuales la clase obrera, orientada por el Partido Comunista, que se inspira a su vez en la táctica leninista de combinar la acción clandestina con la máxima utilización de las posibilidades legales, aprendió poco a poco a luchar aprovechando las mismas organizaciones que el régimen creó para impedir esa lucha.

De esa manera los sindicatos verticales, creados para « suprimir la lucha de clases », se convirtieron en el teatro de una lucha de clases, cada día más aguda, en la que una serie de órganos « sindicales » —enlaces, secciones sociales, jurados de empresa, etc.— son como otras tantas « posiciones » que, según en manos de quién estén, sirven para defender los intereses de la clase obrera o para aplicar la política del régimen. Y en el proceso de la descomposición de éste, en el proceso de la radicalización de las masas y del trabajo tenaz de los comunistas y de otros obreros antifranquistas, muchas de esas posiciones han caído en buenas manos y sirven hoy de punto de apoyo para organizar y dirigir la lucha de la clase obrera.

A todo este proceso es al que alude Fernández Cuesta, cuando en su mensaje de año nuevo a la « organización sindical » se encara con los « enemigos descubiertos... que sueñan con la rotura de la unidad sindical » (por unidad sindical los falangistas entienden la unión de obreros y capitalistas en los sindicatos verticales) diciéndoles, « que tienen razón, que ese es, efectivamente, nuestro Talón de Aquiles y por eso lo protegeremos denodadamente... »

Toda la táctica del Partido de impulsar la lucha de clases combinando la acción clandestina con la utilización de las posibilidades legales en el seno mismo de los sindicatos verticales golpea a ese Talón de Aquiles. El Llamamiento del Comité Central abre en él una nueva y profunda brecha, cuyas consecuencias son difíciles de prever aún en toda su magnitud.

## LA REPERCUSION DEL LLAMAMIENTO.

Lo dicho explica que el Llamamiento haya tenido tan profunda repercusión. Cuando apareció eran varios los meses transcurridos desde la celebración de los « congresos de trabajadores ». El gobierno y los altos jefes sindicales habían dado carpetazo a los acuerdos. En muchos enlaces, vocales de las secciones sociales y de los jurados de empresa, había desorientación y pasividad. No pocos trabajadores acariciaban ilusiones en una decisión favorable del gobierno. Esperaban...

La aparición del Llamamiento cambió rápidamente la situación. Empezaron a multiplicarse las reuniones de enlaces, secciones sociales, jurados de empresa, que adoptaban acuerdos exigiendo el cumplimiento de las decisiones de los congresos y, en ciertos casos, como en el de la reunión de los vocales de las secciones sociales de la industria textil de Barcelona, aplicaban al pie de la letra la orientación del Comité Central del Partido Comunista destacando entre el conjunto de las reivindicaciones las tres fundamentales planteadas por nuestro Partido.

La agitación en los lugares de trabajo se intensificó igualmente. Los métodos de lucha aconsejados por el Llamamiento comenzaron a ser aplicados por los obreros con más frecuencia: recogida de firmas exigiendo la satisfacción de las tres reivindicaciones fundamentales, junto con otras reivindicaciones específicas de cada empresa; paros parciales y producción lenta; envío de delegaciones a los organismos sindicales para ejercer presión; formación de amplias comisiones obreras que asumen la dirección de la movilización en el taller y en la fábrica.

Esta movilización de la clase obrera está creando un clima semejante al de las huelgas de la primavera de 1951, pero con la diferencia de abarcar a toda España, de que las fuerzas revolucionarias

de la clase obrera se encuentran más organizadas y preparadas que en aquél entonces y de que la descomposición general del régimen ha llegado a un grado mucho más avanzado.

En estas condiciones, como dice el Llamamiento del Comité Central, la presente lucha de la clase obrera « puede constituir el punto de partida de grandes movimientos de masas que conduzcan a la formación de un frente nacional y al derrumbamiento del franquismo ».

Que los acontecimientos marchan en esa dirección es evidente y el enemigo mismo lo confiesa. Ahí está como prueba el « mensaje » de año nuevo de Girón, en el que se trasluce claramente la alarma, por no decir el pánico, del gobierno. El mismo espíritu late en el discurso de año nuevo de Franco.

Ambos dejan traslucir que el gobierno intenta salir del paso concediendo un pequeño aumento de salarios, con el fin de calmar —siquiera sea momentáneamente— el descontento de las masas y frenar su acción. Pero tal « aumento » —que el gobierno trataría de aprovechar para « colar » nuevas subidas de precios— no resolvería nada, no colmaría, ni en mínima parte, el terrible desnivel entre salarios y precios que gravita sobre cada familia obrera.

Al mismo tiempo tal « aumento » —y ésta es una de las razones principales de que a la hora de escribir estas líneas aún no haya sido concedido— lanzaría a amplios sectores de la burguesía contra el gobierno, exigiendo que al mismo tiempo que se aumentan los salarios se rebajen las cargas fiscales y sociales que pesan sobre las empresas y que sirven para financiar la política de guerra del régimen al servicio de los americanos y en beneficio de unos cuantos monopolios; exigiendo que se cambie la política exterior que priva a España de los mercados del Este; exigiendo, en fin, un cambio político.

El citado « mensaje » de Girón refleja, muy claramente, que el gobierno se encuentra bajo el doble asalto de la clase obrera, que exige, irresistiblemente, un aumento real de los salarios, y de amplios sectores burgueses que exigen, como contrapartida, un cambio radical de la política económica, cambio que no es posible sin un cambio político.

Cualquier concesión del gobierno en estas circunstancias será, además, la prueba palpable de su debilidad, aparecerá claramente como un resultado de la lucha de la clase obrera —y los comunistas deberemos ayudar a que así lo comprenda hasta el último trabajador—

y contribuirá, por tanto, a fortalecer la confianza de ésta en sus propias fuerzas, lo que permitirá dar un nuevo impulso a la lucha, elevarla a un nivel superior, exigir, aún con más vigor y empuje, el salario mínimo vital por una jornada efectiva de ocho horas, salario igual a trabajo igual, seguro de paro. El régimen saldrá debilitado, las condiciones para un cambio político madurarán aún más.

## LAS TAREAS DE LOS COMUNISTAS.

En esta situación adquiere una importancia extraordinaria el trabajo de los comunistas entre la clase obrera. De este trabajo dependerá, en gran medida, que la lucha actual tenga los trascendentales resultados que se apuntan en el Llamamiento del Comité Central.

Entre los obreros, en las fábricas y talleres, entre los enlaces, vocales de las secciones sociales y miembros de los jurados de empresa, hay miles de comunistas, unos encuadrados en las organizaciones clandestinas del Partido, otros que aún no lo están, pero que pueden orientarse por la radio, MUNDO OBRERO, y por otros camaradas organizados.

Cada uno de estos comunistas tiene, en esta situación, la posibilidad de actuar protegido del enemigo si lo hace mezclado, confundido, con las masas obreras que reclaman sus reivindicaciones; con los enlaces, vocales, y con todos los que en los sindicatos verticales defienden los intereses obreros. ¿Cómo distinguir a los comunistas de los que no lo son, cómo golpearlos, cuando cientos de miles de obreros y con ellos miles de cuadros de los sindicatos verticales defienden las mismas consignas, las mismas reivindicaciones, que los comunistas?

El Llamamiento del Comité Central, los materiales del V Congreso, RADIO ESPAÑA INDEPENDIENTE y MUNDO OBRERO, proporcionan a los comunistas la posibilidad de tener una comprensión clara de la situación política, del papel que en ella juega la lucha de la clase obrera, de las formas y los métodos para que esta lucha se desarrolle con éxito. Por eso el comunista puede ser en el lugar de trabajo, entre los enlaces, en las secciones sociales y jurados de empresa, el hombre capaz de dar respuesta justa a las cuestiones que están sobre el tapete, de proponer medidas prácticas para reforzar la lucha, elevar el nivel de ésta, la conciencia de todos los que en ella participan, y de procurar que todos los tiros se concentren contra el blanco principal: el gobierno, el régimen.

El comunista debe estar muy atento y ser muy flexible, para aprovechar y utilizar todas las formas de lucha que la inagotable iniciativa de las masas hace surgir, y popularizar aquéllas que ya han sido utilizadas con éxito en otras empresas o sindicatos. La experiencia está demostrando que es perfectamente posible organizar reuniones de obreros en los lugares de trabajo donde se adopten medidas y se formen comisiones obreras, promover reuniones de enlaces, de las Secciones sociales y de los jurados de empresas, y otras muchas formas de acción. Los comunistas deben prepararse bien para esas reuniones, preparar sus intervenciones y proposiciones. Esforzarse por llegar previamente a un acuerdo con los obreros más influyentes de otras tendencias.

Al mismo tiempo para los comunistas debe estar claro —y deben esforzarse por que lo comprendan así todos los obreros de vanguardia, y en primer lugar los enlaces, vocales, etc.— que reivindicaciones tan importantes como el salario mínimo vital y las otras planteadas no podrán ser conquistadas sin que la clase obrera pase a utilizar su arma clásica de lucha probada en toda la experiencia del movimiento obrero: la huelga.

Hoy las condiciones objetivas generales en el país son aún más favorables que en la primavera de 1951 para que un movimiento huelguístico de la clase obrera adquiera envergadura nacional y obligue al gobierno a ceder.

Naturalmente que para ello es necesario un intenso trabajo de preparación político-organizativo, que debe hacerse a través de la actual movilización. Los comunistas deben ganar a la idea de la huelga a los luchadores obreros más activos en las fábricas y sindicatos, y con la ayuda de ellos propagarla entre las masas. Solamente cuando en los luchadores de vanguardia haya la comprensión de su necesidad y de la posibilidad de su triunfo, y cuando las amplias masas hagan suya la idea de la huelga, se habrán creado las condiciones para su pleno éxito.

El comunista debe, en esta situación, cuidar especialmente de no incurrir en el más mínimo sectarismo. En cada obrero, en cada enlace, en cada vocal de las secciones sociales o de los jurados de empresa que muestre, aunque su conciencia social y política todavía no esté desarrollada, la voluntad de defender los intereses de los trabajadores, debemos ver un aliado posible con el que hay que ligarse de la manera más conveniente en cada caso, con el que hay que

discutir cordial y pacientemente, al que hay que explicar la política del Partido, y encontrar los puntos de coincidencia para la acción común. En cada uno de esos hombres debemos ver un aliado que puede facilitar nuestra ligazón con las masas y al que por tanto debemos ayudar a comprender la situación política y los caminos para alcanzar los objetivos del pueblo, con el fin de que él, a su vez, lleve nuestra orientación a los demás. Al mismo tiempo los comunistas debemos aprender de esos aliados, de su experiencia, de sus conocimientos prácticos.

La unidad de acción de la clase obrera, cuya necesidad con tanta fuerza subrayó nuestro V. Congreso, llamada a ser el fundamento sólido del frente nacional antifranquista, se forjará, se está forjando ya, en el curso de esta lucha de la clase obrera, a través de esas acciones comunes, reuniones, contactos, relaciones en las que se encuentran y actúan juntos comunistas, obreros de Acción Católica, socialistas, cenetistas, ex-falangistas y otros obreros antifranquistas; en las que confluyen todos los que —independientemente de su pasado— coinciden hoy en la lucha contra Franco y Falange y por los intereses de la clase obrera, por la democracia y la independencia nacional.

La presente lucha reivindicativa es una gran batalla de la clase obrera. Por desarrollarse en torno a reivindicaciones que, si bien son de carácter económico, entran en conflicto agudo con aspectos esenciales de la política del régimen; por desarrollarse en condiciones de aguda descomposición de éste; por coincidir con la actividad antifranquista, cada vez más intensa, de otras clases y sectores, como los estudiantes, las masas campesinas, importantes sectores burgueses, adquiere un profundo carácter político y está llamada a desempeñar un papel fundamental en el proceso que conducirá a la caída del régimen.

Con esta lucha la clase obrera está dando pasos importantísimos en el camino de ocupar efectivamente su puesto dirigente en la lucha antifranquista. Y como ha dicho la camarada Dolores Ibárruri en el Informe ante el V Congreso del Partido: « el desenlace de la lucha contra el franquismo y por el establecimiento de un régimen democrático en España, depende del papel que en ella juegue la clase obrera; de que se limite a ser un mero auxiliar de la burguesía, como ocurrió en 1931 bajo la dirección del Partido Socialista, o que sea ella quien asuma el papel dirigente en esta lucha... »

# SANTIAGO CARRILLO

## **SOBRE EL INGRESO DE ESPAÑA EN LA O.N.U.**

### **UNA VICTORIA DE LA POLÍTICA DE PAZ**

El ingreso en la O.N.U. de dieciséis Estados, que todavía permanecían al margen, es una victoria de la política de paz, de coexistencia pacífica, que encabeza la Unión Soviética y los países de democracia popular. Así ha sido considerada por todos los partidarios de la paz en el mundo, por todos los observadores objetivos. Es, por tanto, una derrota para los círculos imperialistas, particularmente de Norteamérica, que se esfuerzan, contra la voluntad de los pueblos, en reavivar la guerra fría, en destruir lo que se ha dado en denominar gráficamente « el espíritu de Ginebra ».

Tras este acuerdo, por el que la Unión Soviética ha batallado durante varios años frente a la oposición yanqui, la O.N.U. sale fortalecida y se aproxima mucho más a lo que debe ser : un foro donde se encuentren todos los Estados; que labore por la conservación de la paz y el aminoramiento de la tensión internacional; por el reforzamiento de los lazos entre los diversos países, independientemente de su sistema político y social.

Anteriormente los Estados Unidos, con su mayoría automática, habían tratado de convertir la O.N.U. en un instrumento de su política de dominación mundial. En no pocas ocasiones lo consiguieron. Así en el caso de la agresión desencadenada por ellos contra el pueblo coreano, cuando consiguieron un acuerdo de su mayoría automática que comprometía a la O.N.U. en dicha agresión. Así, también, con el acuerdo de declarar a la China popular agresora en Corea, acuerdo que hubiera podido alumbrar una nueva guerra mundial, a no ser por la prudente y firme política de paz de la U.R.S.S., de China y las democracias populares, y por la presión de los pueblos, incluido el propio pueblo norteamericano.

La mayoría automática de los EE.UU. ha sido quebrantada por la constante y clarividente política de paz de los países del campo socialista, por la presión de las masas populares en los países capitalistas. Y ahora ha recibido un golpe importantísimo, con la entrada de los 16 nuevos Estados. Entre estos se encuentran Hungría, Bulgaria, Rumania y Albania, países del campo socialista. Se encuentran, asimismo, otros países que sufren el yugo colonial, y cuyo peso en la O.N.U. será importante.

Después de la entrada de los 16 Estados queda pendiente la del Japón y la de la República popular de Mongolia, que no han podido ingresar esta vez por la obstrucción del fantasmagórico Chang-Kai-Chek, quien sostenido por la séptima flota americana en Formosa, usurpa la representación de seiscientos millones de chinos. La actitud del representante de Chang-Kai-Chek, inspirada por Washington, contribuye a revelar, con gran claridad, la anomalía constituida por la ausencia de la República popular china de las deliberaciones y los votos de la O.N.U. Es evidente que la solución de este problema no podrá diferirse ya por mucho tiempo.

Entre los 16 Estados admitidos en la O.N.U., gracias a la actitud de la Unión Soviética, está España. El hecho ha sembrado confusión entre no pocos antifranquistas; es una realidad que no debemos disimularnos. El ingreso de España, persistiendo el régimen de Franco, representa un cambio de actitud de la O.N.U. Representa, también, un cierto cambio de actitud por parte de la Unión Soviética y los países de democracia popular. Tampoco tenemos por qué disimulárnoslo. Hay que ver los problemas de cara, en toda su dimensión.

Muchos antifranquistas, incluso algunos miembros de nuestro Partido —quizá por insuficiente explicación de nuestra parte— habían llegado a creer que la oposición de la Unión Soviética a la entrada de España en la O.N.U., era una cuestión de principios, una cuestión ideológica. No tenían en cuenta que las relaciones entre Estados no se establecen a causa de afinidades ideológicas; se establecen teniendo en cuenta las necesidades de la paz, de la coexistencia pacífica entre regímenes diversos. Si no fuese así tendrían razón, desde su punto de vista, los reaccionarios históricos que preconizan la agresión contra el campo de la democracia y el Socialismo, pretextando que es imposible la convivencia pacífica, a causa de las divergencias ideológicas, políticas y sociales entre esos Estados y los Estados capitalistas. Inspirándose

por el contrario en la conveniencia de mantener y fortalecer la paz, de coexistir pacíficamente, según la tesis leninista, la Unión Soviética posee relaciones con los Estados capitalistas, y trabaja por intensificar y reforzar esas relaciones mediante el intercambio comercial y cultural más intenso. Esa es la garantía de la paz.

No hay que olvidar que las razones en que, durante un período, se fundamentaba la oposición de la Unión Soviética a la entrada de España en la O.N.U. mientras subsistiese el régimen de Franco, eran que este régimen, por su origen y su política durante la segunda guerra mundial, formaba parte, en la práctica, de la coalición hitleriana. El régimen franquista quedó como un último superviviente de la coalición fascista, como un último foco de guerra del gigantesco incendio provocado por los Estados fascistas. Era justo que ese régimen corriera la misma suerte que el hitleriano y el mussoliniano. Era justo que se le aplicara la ley de la guerra.

Pero esa ley podía aplicarla la coalición antihitleriana, no ninguna de las potencias que la integraban por separado. La Unión Soviética hizo todo lo posible para que así fuera, para que se aplicara la ley de la guerra al régimen franquista y, de esta manera, se hiciera justicia, al mismo tiempo, al pueblo español. Pero, como vamos a ver en este artículo, las otras potencias de la coalición antihitleriana hicieron imposible ese objetivo.

No sólo impidieron que se apagara el foco de guerra franquista, superviviente de la segunda guerra mundial, sino que ellas mismas —esas potencias que salvaban a Franco— se transformaban en focos de guerra, en peligros para la paz, mucho más importantes que el franquismo. Franco pasó a ser un pequeño comparsa de fautores de guerra mucho más peligrosos para la paz mundial.

¿Habría que romper las relaciones con esos fautores de guerra? No, porque la ruptura sería la guerra. Por el contrario la Unión Soviética ha insistido para intensificar tales relaciones, para el establecimiento de una emulación y una competición pacífica. Los resultados de esa política de paz están a la vista. Pero, en el cuadro de esa política, España, que no es ya un foco aislado, que forma parte, de hecho y de derecho, del campo imperialista, del llamado —¡oh, paradoja!— « mundo libre », no podía seguir constituyendo una excepción. España, una excepción, significaba tanto como dejar manos libres en ella a

los imperialistas americanos, a los sostenedores de Franco, extraordinariamente satisfechos de la exclusiva de que gozan a causa de la unilateralidad de las actuales relaciones internacionales. Por eso, al votar la entrada de España en la O.N.U., la U.R.S.S. no «abandona» ningún principio. El pueblo soviético y sus gobernantes siguen teniendo, desde el punto de vista de los principios, la misma actitud que tuvieron siempre, que se inspira en la necesidad de mantener la coexistencia pacífica mundial, en salvaguardar la paz.

Lo que sucede es que en el espacio de diez u once años se han producido grandes cambios en la situación mundial. ¿Cómo no tener cuenta de ellos? Lo que ayer era justo hoy no lo es, porque ya no reposa sobre una situación real, porque ésta ha cambiado. Que Franco es fascista, es una verdad absoluta; pasarán siglos y quien le juzgue entonces podrá seguir repitiéndola. Pero si bien al terminar la segunda guerra mundial, Franco representaba, como más arriba decíamos, al único Estado fascista superviviente, al único residuo de las fuerzas agresivas que habían desencadenado la contienda, hoy Franco es el último comparsa de otra nueva coalición agresiva, de la llamada coalición atlántica, que encabezan los imperialistas americanos. Entonces era, podríamos decir, la cabeza de ratón; ahora ha pasado a ser la cola del nuevo león agresivo y voraz.

## LAS POTENCIAS IMPERIALISTAS HAN SOSTENIDO SIEMPRE AL REGIMEN DE FRANCO

Hubo un período, por tanto, en que era lógico que la O.N.U., creada por los Estados que habían dirigido la guerra contra los agresores hitlerianos y fascistas, adoptase sanciones contra el régimen franquista. Pero los Estados imperialistas, Norteamérica y Gran Bretaña en cabeza, hicieron imposibles dichas sanciones.

Hasta 1949, la Unión Soviética sostuvo enérgicamente en las reuniones de las potencias y de los organismos de la O.N.U. una línea en pro de medidas efectivas, económicas y políticas, contra el régimen de Franco. Esta línea encontró siempre la oposición, solapada unas veces, abierta otras, de las grandes potencias imperialistas.

Ya en Potsdam, el camarada Stalin defendió una proposición, que la «Pravda» de aquellos días resumía en estos términos:

« El Gobierno soviético proponía recomendar a las Naciones Unidas la ruptura de todas las relaciones con Franco, así como conceder un apoyo a las fuerzas democráticas españolas y proporcionar al pueblo español la ocasión de establecer un régimen conforme con su voluntad. »

Esta propuesta era terminante. Si Truman, Churchill y mister Attlee, que asistía también a la reunión, y que días después pasaba a ser el jefe del Gobierno inglés, la hubieran apoyado, Franco habría sido expulsado del Poder hace muchos años. En su lugar se aprobó una resolución de compromiso en la que los tres Gobiernos « se estiman obligados a indicar netamente que no apoyarán la candidatura del presente gobierno español » (para la entrada en la O.N.U.). Este acuerdo se hallaba muy lejos de la proposición soviética. Algunos elementos que se llaman antifranquistas, han llevado su mendacidad y su antisovietismo hasta decir que si, entonces, la Unión Soviética hubiese declarado la guerra a Franco, las potencias capitalistas no hubieran tenido más remedio que inclinarse. La falsedad de esta imputación ha sido puesta en evidencia con las revelaciones hechas por Churchill en la pasada campaña electoral británica, durante la cual descubrió que, antes de terminarse la guerra, había enviado un telegrama a Montgomery, jefe de las fuerzas inglesas en Alemania, ordenándole que guardase las armas cogidas a los nazis, para entregárselas de nuevo a éstos, con el fin de utilizarles para declarar la guerra a la Unión Soviética, si ésta no detenía su avance hacia el occidente. ¿Qué deseaban en realidad los elementos que utilizan tan mendaz argumento, dar pretexto para que la guerra contra la Unión Soviética hubiera comenzado antes de terminar la segunda guerra mundial?

La Unión Soviética y las democracias populares continuaron manteniendo la política de sanciones efectivas contra el régimen de Franco, después de Potsdam, sin resultados.

« El Consejo General —decía el camarada Molotov en su discurso ante la Asamblea general, el 29 de octubre de 1946— y antes que éste, la Asamblea general, no han encontrado nada contra Franco, excepto declaraciones de carácter general. El Secretario general ha hecho resaltar justamente aquí, que, ciertamente, esto no es suficiente. Por otra parte, la propo-

ción de romper con Franco no ha sido adoptada. Por este mismo hecho, ciertas grandes potencias han determinado la atmósfera del debate, haciéndose cargo de la responsabilidad moral, de la falta de acción con respecto a un foco peligroso del fascismo en Europa. »

En esta misma sesión de la Asamblea general de la O.N.U., la delegación de Bielorrusia presentó una nueva proposición:

« La Asamblea general recomienda a todos los miembros de la O.N.U. romper las relaciones diplomáticas y comerciales con la España franquista. Esta medida comprende la interrupción de todas las comunicaciones por mar, tierra y aire, así como el tráfico postal y telegráfico ».

La actitud de la Unión Soviética con esta propuesta, era la continuación de la posición defendida en Potsdam. Franco no hubiera podido resistir tales medidas efectivas de boicot. Pero de nuevo, bajo la presión de las potencias imperialistas, que disponían de la mayoría, la O.N.U. adoptó una solución de compromiso que consistía en recomendar la prohibición de la entrada en los organismos de la O.N.U. a Franco. En esa resolución la Asamblea recomienda también:

« ...que, si dentro de un plazo razonable no ha sido establecido un gobierno cuya autoridad emane del consentimiento de los gobernados, comprometido a respetar la libertad de palabra, de religión, y reunión y la pronta celebración de elecciones en las cuales el pueblo español, libre de intimidación y de presión y sin consideraciones de partido, pueda expresar su voluntad, el Consejo de seguridad estudie las medidas encaminadas a remediar la situación ».

« Recomienda que todos los miembros de las Naciones Unidas retiren inmediatamente de Madrid sus embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados allí. »

Los Estados Unidos no votaron, siquiera, en favor de esta solución de compromiso dentro de la Comisión política. Lo hicieron sólo en la Asamblea general, cuando, con su voto o sin él, iba a ser, de todas formas, aprobada.

Pero esta resolución no resolvió nada. La retirada de embajadores fué momentánea y poco a poco regresaron todos a Madrid, sin que el Consejo de Seguridad, a pesar de la insistencia soviética, estudiara ninguna de « las medidas encaminadas a remediar la situación », previstas por la Asamblea.

La retirada de embajadores no conturbó a Franco; por bajo cuerda el gobierno norteamericano y el gobierno laborista inglés le sostenían y le garantizaban la inocuidad de las medidas de la O.N.U. Coincidiendo con la aprobación de dicha resolución por la O.N.U., el gobierno inglés enviaba trece estaciones hidroeléctricas a Franco e intensificaba el comercio con España.

Al volverse a discutir el caso de España, en 1949, en la Asamblea de la O.N.U., Gromyko, delegado soviético, comprobaba:

« Se ha creado una situación en la cual, la Organización de las Naciones Unidas condena en palabras al régimen franquista, pero de hecho se encuentra impotente para aplicar sus propios acuerdos ».

« La delegación soviética actúa únicamente de acuerdo con los hechos que demuestran con una lógica irrefutable que los EE.UU. y Gran Bretaña se han planteado un objetivo bien definido: impedir la supresión del régimen fascista de Franco y conservar la camarilla franquista en España ».

En efecto, la política de los Estados imperialistas, con Norteamérica a la cabeza, desde el fin de la guerra mundial, tendía a conservar al régimen de Franco como un aliado, con la perspectiva de la agresión contra la Unión Soviética y las democracias populares. En los primeros tiempos, de una manera hipócrita, sin osar defender abiertamente a los fascistas españoles, condenándoles « moralmente », pero obstaculizando cualquier medida concreta contra ellos.

Más tarde, cuando la división del mundo en dos grandes campos fué un hecho abierto, los gobiernos imperialistas comenzaron a disimular menos sus simpatías por Franco. Facilitaron a éste el acceso a diversas organizaciones dependientes de la O.N.U. En un Consejo de ministros celebrado bajo la presidencia del socialista Vincent Auriol, el gobierno francés decidió apoyar el ingreso de España en la UNESCO.

Mediante acuerdos secretos con los EE.UU., mucho antes de que se firmara el pacto yanquifranquista, el régimen comenzó a construir instalaciones militares, de diverso tipo, destinadas a facilitar la utilización del territorio español como base de guerra por los imperialistas. En 1953, el pacto citado consagró la pertenencia de Franco al clan de los « cruzados » defensores del « mundo libre » capitalista.

Mientras esa política tuvo posibilidades, la Unión Soviética y los Estados de democracia popular se esforzaron por que en los organismos internacionales fuesen adoptadas medidas efectivas contra el franquismo. Pero las potencias capitalistas, en mayoría dentro de la O.N.U., hicieron estériles todos los esfuerzos en ese sentido.

Hay que decir que la socialdemocracia internacional jugó un enorme papel, como sostén del imperialismo, en la ayuda a Franco. Destacóse el gobierno laborista inglés, hasta tal extremo, que el mismo Indalecio Prieto, en carta dirigida a Clemente Attlee, en 1947, acusaba a Bevin y a los laboristas ingleses de estar « en la primera fila » de los que proporcionaron a Franco la victoria de que la O.N.U. no tomase medidas efectivas contra su régimen. Pero no fué sólo el gobierno laborista; otros gobiernos socialistas escandinavos, realizaron una política semejante. Los dirigentes socialistas españoles, Prieto en cabeza, se han visto forzados a reprochar amargamente a la II Internacional, y a la llamada Confederación de Sindicatos libres, su responsabilidad en tal política.

Al tomar esa actitud ante Franco, la socialdemocracia internacional era consecuente con su actitud de sostén del campo imperialista; con su política favorable a la cruzada guerrera capitalista contra los países del campo socialista. No se podía, a la vez, estar efectivamente contra Franco y con la política de los imperialistas. Franco pasaba a ser un peón del campo imperialista, y desde el momento en que la socialdemocracia se colocaba también en este campo, tenía que admitirle, con sus manos manchadas de sangre, con su régimen fascista.

## LA RESPONSABILIDAD DE LOS DIRIGENTES SOCIALISTAS

También los dirigentes socialistas españoles fueron presa de esta contradicción. Por un lado apoyaban la política del campo imperialista, estaban por la cruzada contra la Unión Soviética; por otro lado, desea-

ban un cambio en el régimen de España. Durante un período, ellos se hicieron la ilusión de que los EE.UU. y Gran Bretaña, necesitando utilizar España como una base estratégica para su política de guerra, reemplazarían a Franco por una combinación gubernamental, en la que los socialistas jugarían uno de los primeros papeles. Para conseguir esto aparecía como necesario obtener la palma del « anticomunismo » y del « antisovietismo » y, sin gran esfuerzo, los dirigentes socialistas hicieron los « méritos » consiguientes.

Uno de estos « méritos » fué destruir la renaciente unidad de las fuerzas republicanas que comenzaba a hacerse dentro del gobierno del Sr. Giral. Esta unidad era un obstáculo para los planes imperialistas de apoyo a Franco; había que destruirlo. Los dirigentes socialistas tomaron sobre sus hombros la tarea. Empezaron a acusar al gobierno del Dr. Giral de estar... ¡en la órbita oriental! Y se trataba de un gobierno compuesto por socialistas, republicanos templados, sindicalistas y un solo ministro comunista. Prieto declaraba « ...que el gobierno británico nada quiere con el gobierno Giral », porque « no están dispuestos a transigir con que el Partido Comunista... domine en España y temen ese dominio aunque los comunistas sólo tengan una posición minoritaria dentro del gobierno ». Poco mayor era la base con que los sublevados franquistas denunciaban como « comunista » al gobierno republicano del Frente Popular, en 1936.

La unidad fué rota por la Asamblea de delegados del Partido Socialista, reunida en Toulouse en 1947, que decidió anular los acuerdos con los partidos republicanos y obreros y hacer una alianza con los monárquicos. Desembarazados del obstáculo que representaba la unidad republicana y obrera, los gobernantes de las potencias imperialistas quemaron apresuradamente las etapas. Permitieron que los socialistas se adormecieran durante un período en las ilusiones de la coyunda con los monárquicos, hasta que un buen día los monárquicos por un lado, y los gobernantes imperialistas por otro, después de haberse servido de ellos, de haberlos utilizado a fondo, dejaron a los dirigentes socialistas compuestos y sin novia, y se entendieron abiertamente con Franco.

Los dirigentes socialistas gritaron algún tiempo contra el engaño. Pero el mal estaba hecho. ¿No habían dicho que « España formaba parte del occidente »? Pues, ¿qué mejor que dar entrada a Franco en el campo occidental? ¿No sostenían que había que impedir que

España « cayese en manos del comunismo »? Pues ¿quién con más títulos que Franco para esta tarea? ¿No estaban decididos a convertir España en una base de la estrategia imperialista? Pues ¿por qué quitar a Franco, mejor situado que nadie para colocar al país en esa posición?

El Partido Comunista advirtió a los socialistas, advirtió al pueblo español de los peligros de esta política. Predijo desde el primer día todo lo que habría de suceder. La política pro-imperialista y anti-unitaria de los dirigentes socialistas debía conducir forzosamente a reforzar al régimen de Franco, a prolongar los sufrimientos del pueblo español. Si recordamos todo esto es porque los dirigentes socialistas, frágiles de memoria cuando les conviene, parecen olvidarlo en absoluto. Y en vísperas de la última asamblea de la O.N.U. se dirigían a la Unión Soviética —¡a buenas horas mangas verdes!— pidiéndole que evitase la entrada de España en la O.N.U., con la interposición de su veto, cuando antes ¡tantas veces! habían lanzado las más tremendas diatribas contra el derecho de veto ejercitado por la U.R.S.S., y habían negado solemnemente calidad para intervenir en las cuestiones de España —¡privilegio exclusivo de los « occidentales »!— a la Unión Soviética.

Esta actitud de los dirigentes socialistas en relación con la reciente asamblea de la O.N.U., actitud que implicaba una nueva contradicción en su conducta, no puede considerarse como sincera, después de los antecedentes del caso, y cuando simultáneamente a esa petición, en sus periódicos, siguen publicando artículos, como el de Pascual Tomás en « El Socialista » del 26 de noviembre, en el que se dice que si « España alcanzase un principio de liberación en virtud de una acción positiva del imperialismo ruso (sic) la democracia española podría anunciar al mundo la desaparición de sí misma y la anulación de España como nación y como pueblo ». ¿En qué quedamos?

En esa política catastrófica, que tanto daño ha hecho al pueblo español, no han estado solos los dirigentes socialistas. Junto a ellos se han distinguido tristemente no pocos dirigentes republicanos, anarquistas y nacionalistas, que portan también la responsabilidad de la prolongación de la dictadura en España.

## LOS EXITOS DE LA POLITICA DE PAZ

La división del mundo en dos campos creó una nueva situación internacional, una nueva disposición de fuerzas. El campo imperialista agrupó en torno suyo a todos los deshechos del hitlerismo y del fascismo. Se puso a reconstruir febrilmente la fuerza militar de las antiguas potencias fascistas. Los generales hitlerianos volvieron al servicio. Lo mismo sucedió con los militares fascistas nipones. En los países burgueses los yanquis intervinieron escandalosamente favoreciendo las coaliciones reaccionarias, formadas a veces por elementos que habían tenido una conducta dudosa o incluso habían colaborado abiertamente con los nazis.

Los EE.UU., por medio del plan Marshall, acentuaron su influencia y su poderío sobre una serie de países de Europa, arrastrándoles a compartir su política aventurera de agresión y de guerra contra los antiguos aliados.

Uno de los momentos de esa política fué el pacto yanquifranquista, que discierne a Franco el título de adelantado del « mundo libre », y convierte a España en base militar y en campo abierto para el imperialismo yanqui.

Frente al curso tomado por las potencias imperialistas, ante la Humanidad se planteó un problema esencial: impedir la guerra; frenar y reducir a los fautores de guerra; asegurar el mantenimiento de la paz. En esta necesidad tiene su origen el nacimiento del Movimiento mundial de los partidarios de la Paz, que agrupa a centenares de millones de personas de todos los países de la tierra.

La Unión Soviética, junto con los Estados de democracia popular, se colocó a la cabeza de todos los que luchan por el mantenimiento de la paz. Contra los más desenfrenados elementos imperialistas, que predicán la cruzada guerrera sobre bases ideológicas y religiosas, la Unión Soviética ha mantenido el principio de la posibilidad de la coexistencia pacífica, por un largo período de tiempo, entre los países de ambos sistemas, el capitalista y el socialista.

Durante varios años el mundo rozó en ciertos casos el borde de una nueva guerra mundial. Los dirigentes imperialistas, contando con una supuesta superioridad atómica, se entregaron a toda suerte de provocaciones. Entre ellas destacan la agresión contra el heroico pueblo

coreano, el azuzamiento de la guerra en el Viet-Nam; las graves provocaciones contra la República popular de China; el lanzamiento sobre la U.R.S.S. y las democracias populares de espías y saboteadores, etc., etc. Las provocaciones han sido alternadas con las amenazas, en las que se ultimaba a los países del campo socialista a restaurar el capitalismo, so pena de ser destruídos con el arma atómica.

La posesión del arma atómica y termonuclear por la Unión Soviética; los reveses sufridos por las tropas americanas y sus nada entusiastas aliados en Corea; los reveses sufridos por los imperialistas franceses en el Viet-Nam; el fortalecimiento y el desarrollo impetuoso de los países del campo socialista con la U.R.S.S. a la cabeza; el despertar de los pueblos coloniales aleccionados por el ejemplo de la inmensa China; y el gran movimiento de los pueblos de los países capitalistas por la paz, terminaron por enfriar considerablemente los ímpetus agresivos de los imperialistas, que, aunque sin renunciar a sus planes, se han visto obligados a retroceder.

Sirviendo la política de paz y de coexistencia pacífica la diplomacia soviética, alentada y sostenida por centenares de millones de seres, ha conseguido grandes triunfos en la arena internacional. Un nuevo período se ha abierto, en el que predomina el gráficamente llamado « espíritu de Ginebra », es decir, el espíritu de negociación, de resolución de los problemas internacionales por medio de la discusión, de los acuerdos mutuos entre las potencias. Ese período, aunque breve en el tiempo, ha aportado ya considerables éxitos a la causa de la paz. Entre ellos se cuenta la firma del armisticio en Corea; el cese de la guerra en el Viet-Nam; la decisión de los cuatro grandes de someter a examen y discusión todas las diferencias que subsisten. En medio de este período tuvo lugar la Conferencia de los pueblos asiáticos y africanos en Bandoeng, que aprobó los cinco principios de la coexistencia pacífica, se pronunció contra las armas atómicas, fortaleció las corrientes de coexistencia y de paz mundiales, y asestó un rudo golpe a los principios del sistema colonial en el que asienta su poderío el imperialismo. Tuvo lugar la reconciliación con Yugoslavia. En este período, también, una serie de países del medio Oriente se han enfrentado con la política de pactos agresivos y de dominación de las potencias imperialistas, mejorando y activando sus relaciones con los países del campo socialista, y haciendo aún más frágiles los fundamentos de la opresión imperialista sobre ellos. Pueblos de Asia, como

la India, Birmania y Afganistán han recibido en triunfo, con manifestaciones de masa como no se habían visto jamás, a los dirigentes soviéticos, camaradas Jruschev y Bulganin. Las tres potencias más grandes de la tierra, la U.R.S.S., China y la India, aparecen unidas en torno a una serie de principios comunes. Algunos países de Europa comienzan a aflojar los lazos que les sujetaban al agresivo imperialismo yanqui. Así tras la visita de su presidente a la Unión Soviética, el gobierno noruego, participante del pacto atlántico, ha anunciado su decisión de no permitir que se construyan bases militares americanas sobre su territorio. Es posible que Dinamarca siga un camino semejante. En Estados como Francia e Italia, las mayorías gubernamentales, que han sostenido la política atlántica, se descomponen, y va cuajando la perspectiva de amplios frentes de las fuerzas obreras y democráticas, que modificarían radicalmente la política de dichos Estados. Los pueblos coloniales de Africa, particularmente Marruecos, Argelia y Túnez, reivindican su derecho a la autodeterminación, y obtienen o están a punto de obtener éxitos importantes.

El movimiento mundial en favor de la supresión del arma atómica y del desarme se amplía y se refuerza, pese a la resistencia de los imperialistas, que encuentran en la política de rearme un medio de seguir realizando enormes beneficios.

Es decir, los resultados obtenidos en un breve espacio de tiempo por la política de paz, de coexistencia, encabezada por la Unión Soviética, son cuantiosos. Ciego habría que estar para no verlos. Esa política, al mantener la paz mundial, ayuda objetivamente al fortalecimiento de las fuerzas democráticas y nacionales de cada país, como los hechos demuestran abundantemente.

La política de paz y de coexistencia es vital y conveniente no sólo para las masas trabajadoras, sino para la pequeña y media burguesía, para la burguesía nacional, para todas aquellas fuerzas que en cada país sufren, en mayor o menor medida, las consecuencias de la política de guerra del capital monopolista y la penetración del imperialismo extranjero.

En este período las « armas » para el mejoramiento de las relaciones entre los Estados son el intercambio comercial y el cultural. La corriente de los intercambios comerciales entre los países capitalistas y socialistas, se ha desarrollado considerablemente. Crecen asimismo los intercambios culturales y artísticos.

Una serie de países capitalistas acogen con tanta más satisfacción el aumento del comercio con los países del campo socialista, cuanto que las restricciones impuestas a ese comercio por los Estados Unidos, y las consecuencias económicas de la llamada política atlántica, en general, les creaban y les crean serias dificultades económicas.

## LAS REPERCUSIONES DE LA SITUACION INTERNACIONAL EN ESPAÑA

En España, los acuerdos de septiembre de 1953 con los EE.UU., han venido a agudizar la ya grave situación económica que atravesaba el país. Los efectos perniciosos de la llamada « ayuda » americana se han comprobado quizá antes que en otros países.

Ello no significa que en España no hubiese sectores sociales burgueses y pequeño burgueses, e incluso una parte de los trabajadores, que no se hubieran hecho ilusiones respecto a la ayuda americana. No significa, tampoco, que la política pro-americana careciese de cierta base, de cierto apoyo.

Entre algunos trabajadores existía la idea de que la « ayuda americana » representaría más trabajo, salarios más elevados, menos miseria, aunque comportase contrapartidas peligrosas. Pero la dureza de la vida bajo el franquismo es tal, que algunos consideraban esa contrapartida como un mal necesario de sobrellevar, a cambio de lo que pudiese reportar en el orden económico.

Mas junto a esto, no es posible negar que importantes sectores de la burguesía y de las clases medias se habían dejado ganar por la propaganda franquista, presentando como inevitable una « agresión » soviética contra España. En los años pasados hemos tenido la oportunidad de conocer el pensamiento de algunos elementos burgueses e intelectuales representativos de esas clases medias, que sin hacerse excesivas ilusiones sobre la « ayuda » americana, sin estimar ni a Franco ni a su régimen, se expresaban así: « Tenemos que escoger entre « dos males »: los norteamericanos o los soviéticos. Si no nos unimos a los norteamericanos, y aceptamos sus imposiciones, los soviéticos se apoderarán de España. Mal por mal, preferimos a los americanos, que nos pedirán participación en las empresas, que arruinarán a algunos, pero que dejarán en pie el sistema de propiedad privada.

que a los soviéticos, que nos arruinarán a todos, liquidarán la propiedad privada, e incluso cerrarán los templos católicos e inmolarán a todos los que no coincidamos con ellos ».

Esta conclusión, en cuanto a la política internacional, llevaba a estas gentes a aceptar resignadamente en política interior, el falso dilema « franquismo o comunismo ».

No podemos desconocer la utilización que ha hecho el franquismo, dueño absoluto de los medios de propaganda, falseando la información de la lucha que se ha librado durante años en el campo internacional en torno al problema de régimen en España.

Los antifranquistas convencidos, los hombres que participaron en la guerra liberadora del pueblo español conscientemente, y que por ello fueron perseguidos, leyendo entre líneas, seguían con entusiasmo la defensa que hacían los delegados soviéticos y de los países de democracia popular, de los derechos del pueblo español en la O.N.U.

Pero considerables fuerzas burguesas, de las clases medias, y una parte de la nueva generación que se ha desarrollado después de la guerra, y que conoce de ella la versión falsificada de los franquistas, caían frecuentemente en el cebo propagandístico del régimen, que presentaba la lucha contra él, como una lucha contra el Estado y el pueblo español; terminaban por creer en la « conspiración internacional del comunismo » que pintaban los franquistas; y aceptaban, por ello, las medidas guerreras del régimen como medidas « defensivas » obligadas. Esas fuerzas, no estando satisfechas de la situación política reinante, la aceptaban como un mal menor.

Este es un hecho ante el cual no es posible cerrar los ojos.

Esas gentes no recibieron los acuerdos con los americanos con hostilidad, sino con cierta satisfacción, porque ante sus ojos miopes, cubrían a España del peligro de una agresión, irreal, pero en el que ellos creían.

Tales especulaciones políticas, no exentas de habilidad y de marrullería, son las que dieron a Franco por un tiempo fama de político listo.

Pero en dos años esas especulaciones, en lo fundamental, se han venido a tierra. Tres son los factores fundamentales que han intervenido en su desmoronamiento:

1. — La evidencia, demostrada y reconocida incluso por algunos de los más recalcitrantes adversarios de la Unión Soviética, de que ésta no desea la guerra, sino la paz; de que ésta trabaja honrada y sinceramente por el mantenimiento de la coexistencia pacífica de los sistemas socialista y capitalista.

2. — Los resultados catastróficos para España de la llamada « ayuda » americana, que ha agravado hasta extremos inconcebibles la miseria de las masas trabajadoras; que ha arruinado o colocado al borde de la ruina a numerosos comerciantes, industriales y campesinos; que ha encerrado la economía del país en unas tenazas de acero que la estrangulan.

3. — La política del Partido Comunista de España, elaborada y completada por el V Congreso, que en estas condiciones ha encontrado un gran eco en el país, por su justeza y su realismo.

En efecto, la política de coexistencia pacífica de la Unión Soviética es tan evidente, que ya es muy difícil no apreciarla, incluso en España, a pesar de la propaganda oficial. Es difícil cerrar los ojos ante hechos tan notorios, como los acuerdos sobre la paz en Corea y en Indochina, en los que tan decisivo papel han jugado la Unión Soviética, la República popular china y las democracias populares; la conferencia de Ginebra; las proposiciones sobre la prohibición del arma atómica y el desarme, consecuentemente defendidas; la desmovilización de importantes efectivos militares en la U.R.S.S. y en las democracias populares, etc. Por último la actitud de la U.R.S.S. propiciando la entrada en la O.N.U. de dieciséis Estados, entre ellos la misma España, ha desbaratado uno de los últimos argumentos franquistas sobre la pretendida « agresividad » soviética contra España.

La comprensión de la política soviética entre las fuerzas burguesas a que hemos hecho alusión está siendo facilitada por los resultados de la ayuda americana.

Esta ha consistido hasta el presente, en algunas remesas de armas, envejecidas, que no cambian fundamentalmente la capacidad de combate del ejército español; pero que justifican la llegada de « instructores » americanos, que actúan como dueños y señores. Ha consistido también en el envío de una cierta cantidad de excedentes agrícolas: trigo, algodón, aceite de algodón, leche en polvo y queso, etc. En el envío de gas oil y de muy poca maquinaria, poquísima. En algunos

pedidos « offshore », no muy importantes, que en todo caso, han favorecido a un sector muy reducido del capital monopolista.

El pueblo no ha obtenido ninguna ventaja de estos envíos. Los industriales del textil tampoco; sus stocks se acumulan faltos de mercados. Los cerealistas, ganaderos, algodoneros, olivareros se han encontrado con una competencia ruinosa. La poca maquinaria americana recibida es cara y, en muchos casos, hay que pagarla aceptando la inversión de capitales, que desplazan o disminuyen el papel de los españoles.

Las importaciones de gas oil han creado una amenaza de crisis para la industria minera; como consecuencia el salario efectivo de los mineros ha disminuído, y la inquietud entre los industriales del carbón es considerable.

Mas los efectos de la contrapartida son aún peores. El presupuesto del Estado ha aumentado, desde el pacto acá en doce mil millones de pesetas aproximadamente, es decir de 23 mil millones se pasa para el año 1956 a 35 mil millones. Estas inversiones nuevas son todas derivadas de las obligaciones que los acuerdos con los yanquis han echado sobre España. Además ha habido que pagar en pesetas a los americanos una parte de los excedentes agrícolas, y hay que llenar la « caja especial », prevista por los acuerdos, para el pago de las bases yanquis en España. De golpe las cargas fiscales sobre los trabajadores, la pequeña y media burguesía, las clases medias, del campo y de la ciudad, se han multiplicado, ahogándolos. Ha subido la luz, el gas, el agua, los transportes, la gasolina, el alquiler. La inflación es enorme. La vida ha pegado un salto hacia arriba, que el bolsillo de los que trabajan no permite seguir. No es posible explicarse cómo los trabajadores alcanzan a poder vivir.

El mercado interior, a consecuencia de la carestía, y de la competencia americana se restringe. Los mercados exteriores van cerrándose. Los EE.UU. venden pero no compran.

La crisis de la agricultura es muy aguda. Los órganos de intervención del Estado franquista que hacen el papel de intermediarios ahogan aún más al campesino, y encarecen tremendamente la mercancía cuando llega al consumidor. En 1.500 millones de pesetas se calculan los beneficios del Servicio Nacional del Trigo al año, beneficios que salen del bolsillo del campesino y del consumidor.

¿Por qué y para qué este « diluvio universal » que cae sobre nosotros?, se preguntan los españoles. Y la cruel experiencia muestra incluso a los menos clarividentes, que no hay ninguna razón para soportar esto; muestra que la « amenaza » soviética era una ficción para justificar todo lo que se nos viene encima, sin contar lo que nos podría venir si esta política continuase y si un día funesto España fuese utilizada como base de guerra.

Contra esta situación reacciona la clase obrera, reaccionan los campesinos, las clases medias, los intelectuales y círculos más amplios cada vez de la burguesía.

Multitud de conflictos, que dan idea del profundo descontento de los trabajadores, se producen, por todo el país, en talleres y fábricas. La petición de un salario mínimo vital, que, con otras muy importantes, han tenido que hacer suya los « Congresos de trabajadores » convocados por los sindicatos verticales, se está convirtiendo en un verdadero clamor. Una atmósfera semejante a la que existía en Barcelona, en vísperas de las grandes manifestaciones y huelgas de 1951, más profunda, más cargada si cabe, existe hoy en todos los centros industriales del país. Cualquier chispa puede provocar un gran incendio. El temor de los jefes del régimen y de los grandes capitalistas es tal, que es posible que se vean obligados a decretar una cierta subida de salarios para tratar de amortiguar la presión.

También en el campo crece el ambiente de protesta. Ese ambiente es fuerte entre los trabajadores agrícolas, obreros y pequeños campesinos; pero también existe y es importante en grupos amplios de la burguesía del campo afectados seriamente por la crisis, que expresan su descontento a través de sus organizaciones legales, y de periódicos tan característicos como « El Norte de Castilla » o « Levante » de Valencia. Cualquier movimiento obrero serio podría tener hoy un eco enorme en el campo.

El malestar de las clases medias, de la pequeña y media burguesía, se expresa de mil formas. Pero la más elevada es la acción de los estudiantes, que recurren ya al método de las manifestaciones de calle, pidiendo libertad; que rompen las trabas y organizan actos de profundo contenido antifranquista y democrático.

Se expresa también dicho malestar en la actitud de los intelectuales. Es sintomática la postura de hombres como el Dr. Marañón, que desen-

funda ahora su liberalismo; la de hombres como Laín y Ridruejo, que habiendo sido notables del falangismo, toman hoy una actitud liberal y pasan de la crítica individual, a la actividad organizada.

Sintomática también la actitud de los católicos, que han creado el basamento de un Partido demócrata-cristiano. Y mientras Gil Robles se separa de los monárquicos considerando que las fuerzas de la derecha católica deben situarse en una posición republicana, un ministro católico de Franco, Ruiz Jiménez —remozando sus actitudes de 1945, cuando hacía circular cartas clandestinas, criticando al régimen— va preparando su salida del Gobierno, elaborando las bases de una plataforma democristiana frente a la política fascista de la camarilla, de la que él ha estado participando hasta ahora.

A su vez, Monseñor Vizcarra, Obispo consiliario de Acción Católica, invita a sus huestes a tomar ejemplo de la actividad de los comunistas españoles, esforzándose por prepararlas para disputarnos la influencia entre las masas en el terreno político e ideológico, como si estuviese convencido de que no tardando mucho, desembocaremos en un régimen donde será imposible luchar contra los comunistas por el terror y la represión, y tendrán que hacerlo, principalmente, con la propaganda y la organización.

Sintomática es también la quiebra de lo que tradicionalmente se llamaba la « interior satisfacción » del ejército, minado por corrientes antifranquistas, monarquizantes en unos casos; en la mayoría, aún no determinadas. Y nos referimos a los mandos, pues la tropa aborrece al franquismo sin lugar a dudas. Sintomática también, por seguir usando el término consagrado, la quiebra de la « interior satisfacción » de los otros institutos armados.

Al lado de esto la descomposición de Falange ha llegado ya al extremo. Los grupos jonsistas del Frente de Juventudes pasan a la clandestinidad; amenazan a los capitostes de la camarilla con utilizar los métodos terroristas contra ellos; realizan una activa propaganda demagógica contra Franco, en la que, como es lógico, no ofrecen ninguna perspectiva. En la ceremonia del 19 de septiembre del Escorial, volvieron la espalda y silbaron a Franco precisamente las fuerzas de su famosa « guardia », que ya no está dispuesta a guardarle.

Nunca floreció la conspiración como hoy en España; nunca la camarilla se sintió tan sola, tan aislada.

Uno de los fenómenos más importantes de estos últimos tiempos es también la búsqueda de los mercados de los países del campo socialista, por sectores crecientes de la burguesía española, tratando de encontrar un paliativo para la crisis. El mismo Franco ha tenido que reconocer en recientes declaraciones que a España han llegado productos que llevan la marca de fábrica de los países socialistas, a través de intermediarios. Es sabido que industriales españoles han estado ya en Checoslovaquia y en Alemania oriental. Y que han vuelto muy satisfechos de sus contactos con los funcionarios de esos países, que se muestran propicios a comerciar, sin imponer condiciones onerosas para España, es decir sobre bases mutuamente ventajosas.

Este movimiento va a desarrollarse aún más, como seguirá aumentando la voluntad de la intelectualidad de establecer intercambios culturales activos con los países del campo socialista.

Toda esta situación agobia al régimen franquista. Pone al desnudo su política de guerra, de entrega de España a los yanquis; le enfrenta con la inmensa mayoría de la nación.

El papel de la política de coexistencia de la Unión Soviética y las democracias populares en este proceso es enorme. Lo será aún más, en adelante, tras haber votado por la entrada de España en la O.N.U., acto con el cual la Unión Soviética, por encima de Franco y su régimen, tiende una mano amiga a todas las fuerzas nacionales y democráticas españolas, cada vez más resueltas a implantar un Gobierno que haga una política española, con el apoyo del pueblo.

## LA ENTRADA EN LA O.N.U. NO FORTALECE A FRANCO

En estas condiciones ¿puede pensarse fundadamente que la entrada de España en la O.N.U. vaya a reforzar el régimen de Franco?

Este temor tiene su origen en la idea, en unos consciente y en otros no, pero todavía muy arraigada, de que la solución a los problemas de España debe venir por una intervención de las grandes potencias. Pero la experiencia ha sobradamente demostrado que cuando Franco aún no era parte, declaradamente, del campo occidental los Estados amigos del pueblo español, por más que hicieron, no consiguieron resultados en ese sentido.

¿Qué nos daría, que daría al pueblo español, la continuación de la política de boicot por parte de la Unión Soviética y de las democracias populares, en este período? Nada absolutamente. Porque Franco no está aislado. A excepción de los países del campo socialista Franco tiene relaciones normales con todos los países del mundo. Incluso con Méjico, que si bien no lo ha reconocido, comercia activamente con España, y admite en su territorio una representación consular, que extiende pasaportes, concede visados, y negocia, en la práctica, como pudiera hacerlo una embajada, aunque formalmente no tenga esta categoría.

Las potencias imperialistas aprovechan las relaciones para dictar su voluntad en España. Los EE.UU. utilizan a pleno rendimiento la situación preponderante, que les da su papel dirigente en el campo imperialista; los ingleses, aunque más modestamente, y a veces en contradicción con los americanos, utilizan también sus posiciones. Tanto los EE.UU. como la Gran Bretaña apoyan a las fuerzas más reaccionarias en España, sostienen al franquismo en el poder. El hecho de que no haya relaciones entre España y los países del campo socialista, favorece únicamente a la camarilla franquista y a sus padrinos imperialistas que tienen así amplio campo libre.

La entrada de España en la O.N.U. no cambia en nada la situación del régimen franquista en relación con los Estados capitalistas; en este orden, ni le fortalece ni le debilita. Hay motivos, incluso, para pensar que entre la camarilla dominante, el hecho no ha producido ningún entusiasmo. Un periódico francés, generalmente bien informado de lo que sucede en las alturas del régimen, « La Tribune des Nations », publicaba, días antes del acuerdo de la O.N.U., un artículo revelador de la atmósfera existente entre la camarilla:

En realidad —decía ese periódico— abundan en Madrid las personalidades que preven sin demasiada pena un aplazamiento de la entrada de España en la O.N.U., ya que esto permitiría seguir blandiendo este tema durante cierto tiempo como bandera de combate. El planteamiento en primer plano de los problemas internacionales ha sido siempre un afán constante de la política del general Franco; el final de esta política podría ser el presagio de una crisis de fondo en el interior. »

Efectivamente, el acuerdo de la O.N.U., no puede influir objetivamente sobre la situación de España más que en un sentido: en el de impulsar la evolución de amplios sectores de la burguesía en favor de relaciones con los países del campo socialista, en favor de la coexistencia; en contra, por consiguiente, de la política de Franco y de los dominadores yanquis.

Ese acuerdo puede, igualmente, influir en la evolución de amplias zonas de las clases medias hacia una posición democrática, convencidas de que el dilema « franquismo o comunismo » es falso, y que hay otra salida: la democracia.

Ese acuerdo desarma, contribuye a aislar a la camarilla, quiebra sus argumentos antisoviéticos, guerreristas, y efectivamente podría presagiar la crisis de fondo a que alude el citado periódico.

Por si fuera necesaria la confirmación de que esto es así, Dulles y Franco nos la han dado. Dulles, planteando a Franco, en su entrevista de Madrid, que hay que impedir la corriente favorable a las relaciones con el campo socialista. Franco, dándole garantías y declarando a los pocos días a la prensa americana, que no tiene absolutamente ninguna relación con la U.R.S.S. y que no las establecerá. Estos hechos ilustran claramente a quién conviene el curso que toman los acontecimientos y a quién perjudica.

En el programa elaborado en el V Congreso del Partido Comunista se demanda el restablecimiento de relaciones normales con la Unión Soviética y los países de democracia popular. Esta es hoy una reivindicación de la inmensa mayoría de los españoles, como lo indica la actitud de las más amplias capas. Esa reivindicación no podemos considerarla como la expresión de un deseo para el futuro. Debemos inscribirla gallardamente, desde ahora, en nuestras consignas de lucha. ¡Sí!, España quiere relaciones con la Unión Soviética y la democracia popular, mal que les pese a Franco y a Dulles. Y los comunistas debemos agitar esta consigna, luchar por convertirla en realidad, porque de su triunfo —prodúzcase cuando se produzca— sólo beneficios puede obtener España y su pueblo.

Si faltaba algo a los antifranquistas para orientarse sobre lo que les conviene, Franco y Dulles han venido a indicárselo. Lo que conviene al pueblo español es, justamente, lo que no conviene a Dulles y Franco, lo que éstos quieren impedir.

## ¡POR EL FRENTE NACIONAL ANTIFRANQUISTA!

Los comunistas hemos dicho siempre que la libertad del pueblo español debe ser arrancada, principalmente, por la lucha del pueblo español mismo. Sin subestimar la importancia de la ayuda de las fuerzas democráticas internacionales, los comunistas nos hemos elevado siempre contra todas las especulaciones acerca de soluciones caídas del cielo, como el maná. En su artículo « España cabeza de puente del imperialismo americano en Europa », publicado en 1948, la camarada Dolores Ibárruri declaraba:

« ...que la liberación de España ha de ser el resultado de la acción y de la lucha de todas las fuerzas antifranquistas unidas sobre un programa democrático, en el cual la primera condición podría ser la realización de una consulta libre, para que el pueblo decida sobre el régimen, después de haber destruído el franquismo. »

Esta ha sido y esta sigue siendo la posición de los comunistas. Sin subestimar el papel de la ayuda de las fuerzas democráticas internacionales, que es un factor de gran importancia, declaramos, hoy como ayer, que el artífice, el protagonista de su propia liberación tiene que ser el pueblo español.

La solución propuesta por el V Congreso del Partido Comunista al problema político español, es decir, la creación de un amplio Frente Nacional Antifranquista adquiere una gran actualidad ante el desarrollo de los acontecimientos en España. Evidentemente, ese es el camino a seguir, y para empezar a andarlo, Dolores Ibárruri ha propuesto el primer paso necesario: la conferencia ginebrina de los partidos y grupos antifranquistas en donde se sienten las bases para una acción común.

Nuestra tarea en estos momentos es reforzar la acción entre las masas a fin de alcanzar ese resultado. Ese es el medio de conseguir que la crisis aguda del franquismo desemboque definitivamente en su destrucción y en el restablecimiento de las libertades democráticas y de la independencia nacional.

# MANUEL DELICADO

## **LA LUCHA DEL PARTIDO COMUNISTA POR LA UNIDAD OBRERA Y DEMOCRÁTICA EN EL PERIODO DE LA REPÚBLICA Y DE LA GUERRA NACIONAL REVOLUCIONARIA**

El Partido Comunista de España, desde su nacimiento hace 35 años, ha sido fiel al grito histórico del gran maestro: « ¡Proletarios de todos los países, uníos! ». La fidelidad a este principio inalienable está avalada por su trayectoria.

El objeto de este artículo es examinar algunos aspectos fundamentales de la lucha del Partido Comunista de España por la unidad obrera y popular en el período de la República y de la guerra nacional revolucionaria, cuyas experiencias deben ser tenidas en cuenta hoy en la lucha contra el franquismo, por la independencia de España y la democracia.

Con la proclamación de la República en 1931 la revolución democrática entró en la fase de las realizaciones. Que fuese llevada hasta el fin con todas sus consecuencias dependía de la fuerza que la dirigiera, si el proletariado o la burguesía liberal.

Dos concepciones entraron en pugna desde el primer momento a este respecto: la del Partido Socialista que, aplicando la tesis de sus congéneres socialdemócratas de otros países, mistificadores del marxismo, negaba al proletariado su condición de jefe de la revolución democrática argumentando con el carácter burgués de la misma, y la del Partido Comunista que, fiel a los principios marxistas, enriquecidos por Lenin y confirmados en la práctica de la revolución rusa, mantuvo y mantiene que pese al carácter burgués de la revolución —por cuanto su objetivo fundamental es liquidar las supervivencias feudales en la economía y la política— sólo el proletariado puede dirigirla en la actualidad por la sencilla razón de que la burguesía en la época del imperialismo es ya una clase contrarrevolucionaria.

La tesis de los anarquistas en relación con el papel del proletariado en la revolución tenía el mismo fondo erróneo que la de los socialdemócratas. También los anarquistas consideraban que la revolución

democrático-burguesa no era « su revolución » y, por consecuencia, nada tenía que hacer el proletariado en ella.

El marxismo-leninismo enseña al proletariado a no quedarse al margen de la revolución democrática; por el contrario, siendo la fuerza más consciente y revolucionaria para llevarla a su fin, siendo la más interesada en su desarrollo, no sólo debe participar activamente en esa revolución sino que debe tomar en sus manos con decisión la dirección política. La clase obrera es la fuerza de vanguardia que, como ha dicho Lenin, « lucha por la revolución democrática como por la revolución socialista ».

Los dirigentes socialistas no comprendieron ni han comprendido aún el contenido de este principio. Vueltos de espaldas al marxismo, desde hacía mucho tiempo habían tomado el camino del reformismo, el camino de las dilaciones, de frenar la lucha contra lo viejo y caduco, contra las reminiscencias feudales y el atraso político, social y económico del país; tarea que reclamaba medidas drásticas, insoslayables, dentro del marco democrático-burgués de la revolución. Por no ser marxistas no comprendían el interés que tiene para el proletariado la revolución democrático-burguesa. No veían que en la medida que se llevan a cabo los objetivos esenciales de la revolución democrático-burguesa, es decir, la liquidación de los vestigios feudales, se despeja el camino para la lucha por los objetivos socialistas. Objetivamente la revolución socialista se pone al orden del día.

Al mismo tiempo, la realización de la revolución democrática, la consolidación y ampliación de las libertades democráticas, crea las mejores condiciones para la organización de la clase obrera y la maduración de la conciencia revolucionaria. Así se crean también las condiciones subjetivas para la revolución socialista.

El Partido Comunista advertía tesonosamente que la derrota de las fuerzas monárquicas y contrarrevolucionarias no suponía la desaparición de éstas ni su pasividad; que tratarían de reorganizarse para emprender una lucha desesperada contra la República, apoyándose en su viejo aparato del Estado, que no había sido democratizado, y en su poderosa base económica, que tampoco había sido lesionada. La victoria de la revolución imponía emprender resueltamente la lucha contra las fuerzas de la contrarrevolución y asegurar las transformaciones económicas, políticas y sociales inherentes a la revolución democrática. En primer lugar la relacionada con la tierra.

Es elemental que un ejército triunfante proceda al desarme inmediato del ejército derrotado y lo reduzca a la impotencia. Pero nuestros republicanos burgueses y socialdemócratas procedieron a la inversa. Reprimieron las luchas de los obreros y de los campesinos, fuerzas motrices de la revolución y sustentación de la República, permitiendo el reagrupamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias derrotadas.

Los trabajadores del campo aplicaban revolucionariamente la reforma agraria, apoderándose de las tierras en provincias de predominio latifundista, como Badajoz, Cáceres, Salamanca, Sevilla, etc. Las tierras ocupadas por los obreros y campesinos abarcaban millares de hectáreas. Sólo desde primeros de año al mes de marzo de 1933, según datos incompletos de la prensa burguesa, los obreros agrícolas y los campesinos se apoderaron de 311 propiedades agrarias. La toma de la tierra la llevaban a cabo de forma organizada, bajo la dirección de las organizaciones campesinas. Para su defensa organizaban destacamentos que en ocasiones abarcaban a mil hombres, manteniendo enconadas luchas contra la guardia civil enviada por el gobierno para desalojarlos.

La lucha de los campesinos por la tierra, contra los impuestos y los residuos feudales existentes se hacía cada día más virulenta. En Cataluña, donde los campesinos luchaban por la tierra y contra la « rabassa morta », forma de arriendo feudal, se llegó a la organización de marchas de los rabassaires sobre Barcelona.

Paralelamente, el movimiento huelguístico en las ciudades industriales se ampliaba y adquiría acentuado carácter político. Los primeros meses de 1934, después del triunfo electoral de la reacción en 1933, entran en la historia del movimiento obrero y popular como una de las épocas de mayor intensidad de las huelgas políticas contra la amenaza fascista. En Asturias se desarrollaron desde primero de año al mes de septiembre cinco huelgas generales políticas; en el mismo período de tiempo en Euzkadi se produjeron cuatro huelgas generales políticas y en Madrid, entre los meses de abril a septiembre, cuatro huelgas generales políticas, entre ellas la del 21 de abril organizada por el Partido Comunista contra la concentración fascista en El Escorial, que fué un fracaso rotundo para la reacción y el fascismo.

Tiene especial importancia el movimiento huelguístico general organizado por el Partido Comunista en solidaridad con el proletariado austriaco insurreccionado contra el fascismo, que sólo en Asturias y Zamora abarcó a más de 125 mil obreros.

La huelga general del 8 de septiembre en Madrid contra la concentración de los terratenientes catalanes, en la que participaron 200 mil trabajadores, sirvió para fortalecer el espíritu de lucha de los rabassaires, que vieron en la clase obrera su verdadero aliado.

De todo lo dicho se desprende que las condiciones objetivas para establecer una firme alianza de los obreros con los campesinos estaban dadas en España. Pero a ello se oponía la política de los socialistas y las concepciones de los anarquistas. Unos y otros, cada uno desde sus peculiares principios, coincidían en lo mismo: subestimar el papel de los campesinos, no ver en ellos el aliado fundamental del proletariado.

¿De dónde provenía esta actitud? Provenía directamente de la incomprensión del papel político dirigente del proletariado en la revolución democrática. Si el proletariado no debe dirigir, ¿para qué necesita aliados?

Esto se puso de relieve una vez más con la huelga general campesina de junio de 1934. Medio millón de trabajadores agrícolas se lanzaron a la huelga por sus reivindicaciones. Esa huelga, desarrollada en un período de aguda crisis revolucionaria, si hubiera encontrado la misma comprensión y apoyo en los dirigentes nacionales socialistas y anarquistas que le prestó el Partido Comunista no hubiera fracasado y la alianza de los obreros con los campesinos, en vísperas de los grandes combates de octubre, se hubiese reforzado.

Las grandes debilidades del período de gobierno republicano-socialista fueron aprovechadas por la reacción para fortalecerse. El peligro fascista era inminente. Los reiterados llamamientos del Partido Comunista al Partido Socialista y a la C.N.T. para la lucha contra ese peligro eran desoídos por sus dirigentes. En la « Carta abierta » del 16 de marzo de 1933 dirigida a todas las organizaciones obreras, nuestro Partido les llamaba a la unidad para luchar frente al peligro fascista. Conviene recordar algo de lo que entonces decíamos, pues los hechos se encargaron de comprobar nuestras previsiones:

« Hay que dar el grito de alarma en toda España. La revolución está en peligro. La vida y la suerte de los trabajadores están amenazadas. La dictadura militar, el régimen fascista, significaría acrecentar formidablemente el hambre, la miseria, la represión sangrienta, el terror salvaje y los peligros de nuevas guerras ».

« Solamente el frente único, las fuerzas concentradas de las masas

trabajadoras, sin distinción de tendencias, puede aplastar al fascismo ».

« Una dictadura fascista en España, si llegara a establecerse a causa de la insuficiente vigilancia y de la falta de unidad de los trabajadores, al desencadenar su terror sangriento no haría ninguna distinción entre los obreros socialistas, anarquistas o comunistas ».

¡Qué proféticas resuenan hoy estas palabras! El llamamiento iba acompañado de unos puntos programáticos sobre los cuales podía forjarse la unidad. Pero no fué escuchado por los dirigentes socialistas y anarquistas. La contrarrevolución seguía avanzando. Las bandas fascistas asesinaban impunemente a los trabajadores en las calles, mientras el gobierno arreciaba la represión contra las organizaciones obreras.

## II

No obstante la actitud negativa a la unidad de los dirigentes socialistas y anarquistas, nuestra política iba penetrando en las masas, incluidas las del Partido Socialista, especialmente en la juventud socialista. A fines de 1933 el Partido Socialista bajo la presión de la radicalización de las masas lanzó la consigna de Alianza Obrera en oposición a la de Alianza Obrera y Campesina del Partido Comunista. De esta manera los socialistas seguían desconociendo a los campesinos. Nuestro Partido se esforzó por que los socialistas comprendieran la estrechez de su consigna y la necesidad de incluir a los campesinos en la Alianza. En la resolución del Comité Central del 17 de septiembre de 1934 se razonaba nuestra posición de la siguiente manera:

« Las Alianzas Obreras —y su nombre lo dice— surgen ya como órganos de una sola de las fuerzas motrices fundamentales de la revolución del proletariado —que es la fuerza dirigente—, pero ignora la segunda fuerza motriz fundamental, que es el campesinado, sin cuya alianza no se puede asegurar el triunfo de la revolución. Por eso la Alianza debe llamarse Alianza Obrera y Campesina, y no solamente cambiar de nombre, sino de contenido, incorporando a sus filas a las organizaciones de campesinos ».

Teniendo en cuenta el creciente ambiente de unidad que existía en las masas y la necesidad de hacer frente de la manera más rápida y organizada posible al fascismo, presuroso de apoderarse del Poder para estrangular la revolución, nuestro Partido decidió ingresar en la Alianza Obrera para transformarla, con ayuda de las masas, en un

amplio organismo de frente único, cimentado en comités constituidos en las fábricas y talleres con delegados elegidos por los obreros; en comités creados en las organizaciones de masas, especialmente comités de frente único formados por los sindicatos de las diversas tendencias. Esta sería una expresión de la unidad de la clase obrera. Y al mismo tiempo el Partido se esforzaría en convertir la Alianza Obrera en Alianza Obrera y Campesina, incorporando a ella a los representantes de los campesinos y de los comités de campesinos.

Esta labor no pudo realizarse con la amplitud necesaria. La reacción estaba dispuesta a dar el golpe a la República y establecer la dictadura fascista. Fué ella quien eligió el momento, pues en octubre de 1934 las condiciones no estaban dadas —como se desprende de todo lo dicho anteriormente— para la insurrección. La constitución del gobierno Lerroux y la participación en él de la reacción fascista fué un desafío a la clase obrera y al pueblo. O aceptaba la dictadura sin lucha, o se lanzaba a ella con todas las consecuencias para impedirla. Los trabajadores escogieron el camino de la lucha.

Donde nuestra política de unidad plasmó en realidad orgánica, como en Asturias —el frente único proletario se completó allí con la alianza con los campesinos— la insurrección triunfó. Asturias fué una elocuente confirmación práctica de la política de unidad del Partido Comunista basada en la alianza de los obreros con los campesinos. Esta lección fué de gran importancia para las luchas posteriores.

« La derrota de octubre y la heroica defensa por los obreros asturianos, durante quince días, de la Comuna de Asturias, demostró a las masas obreras de toda España que la primera e indispensable condición para el triunfo contra el fascismo es la unidad en la lucha, la unidad de clase, la unidad de acción entre los obreros socialistas, comunistas, anarquistas y sin partido; la unidad de acción de los obreros con todas las masas explotadas y oprimidas, con las masas de pequeños campesinos, pequeños comerciantes y productores. Esta fué la gran experiencia de octubre de 1934. Asturias demostró de lo que es capaz el proletariado cuando lucha unido ». (José Díaz, « Tres años de lucha ».)

Sobre los dirigentes anarquistas recayó una grave responsabilidad por la derrota de octubre. Su actitud contra la Alianza Obrera en las regiones donde contaban con la fuerza principal fué un gran obstáculo a la unidad de las masas trabajadoras. Y al mismo tiempo reali-

zaban una campaña calumniosa contra el Partido Comunista y la Unión Soviética.

Después de octubre se produce un descenso en la lucha. El gobierno clerical-fascista reforzó su ofensiva contra la clase obrera y los campesinos. Fueron anuladas las reivindicaciones esenciales conquistadas por los trabajadores desde 1931. La semana de 44 horas fué suprimida. Los salarios fueron rebajados en la ciudad y en el campo. Los sindicatos clausurados y sus dirigentes perseguidos, al mismo tiempo que el gobierno preparaba una nueva Ley de Asociaciones fascista. La tímida reforma agraria iniciada por las Cortes republicanas fué sometida a una contrarreforma que significaba su anulación práctica. La reacción vaticanista estaba en el camino de liquidar la República y establecer el fascismo en España.

Sin embargo, a pesar de la feroz represión, no obstante los fusilamientos y las ejecuciones de revolucionarios por el garrote vil, con las cárceles abarrotadas de presos, los trabajadores no renunciaban a la lucha. Habían sido derrotados, pero no vencidos. Nuestro Partido, consciente de la necesidad y de las posibilidades de lucha, no cesó en sus llamamientos a las otras organizaciones para reagrupar las fuerzas y emprender nuevas acciones en una situación nueva. Una Carta Abierta dirigida al Partido Socialista decía:

« ¿Por qué no luchamos en común? Este interrogante no es solo nuestro, camaradas; es el de todos los obreros, el de todos los campesinos y de todos los trabajadores. Cada explotado tiene hoy la convicción de que el enemigo es fuerte en la medida en que nosotros marchamos desunidos. Por eso quieren la unidad de acción, piden que nos agrupemos en las Alianzas Obreras y Campesinas, anhelan la unidad sindical y reclaman, en fin, un solo frente de lucha común contra los ataques de la reacción y del fascismo ».

Aunque este como otros llamamientos quedaban sin responder por parte de los dirigentes socialistas y anarquistas, el Partido Comunista no cesaba su labor propagandística y de agitación entre las masas, interpretando sus sentimientos y deseos de la lucha. Las relaciones de comunistas y socialistas en la base se fortalecían.

En otro documento, el Partido Comunista propuso a la U.G.T., la C.N.T. y sindicatos autónomos fusionar sus sindicatos con los de la Confederación General del Trabajo Unitaria (C.G.T.U.), influenciados por los comunistas. Nuestro Partido proponía crear un solo sindicato de

industria, una sola federación provincial y una sola central sindical de lucha de clases, « sin estipular otra condición que una plataforma de lucha, el respeto a las tendencias de lucha de clases y proporcionalidad en los puestos de dirección ». La proposición, que no fué escuchada por las direcciones de la U.G.T. ni de la C.N.T., encontró eco en ciertas organizaciones. En Asturias, donde la experiencia de la unidad había hecho su prueba victoriosa, los mineros agrupados hasta entonces en dos sindicatos paralelos de la U.G.T. y C.G.T.U., se fusionaron en uno solo. Lo mismo hicieron en Madrid la Sección de Bares (C.G.T.U.) y la Sociedad de Dependientes de Bares (U.G.T.).

Nuestra tesonera lucha por la unidad de acción de la clase obrera se abría camino. El Partido Socialista, a propuesta del Comunista, aceptó la creación de un Comité de Enlace de ambos partidos, abierto a todas las organizaciones de carácter nacional. Este organismo fué constituido y se incorporaron a él la U.G.T. y la C.G.T.U. El profundo anhelo de unidad obrera que existía entre los trabajadores socialistas se puso de manifiesto inmediatamente. También se vió que la idea de la alianza con los campesinos había hecho progresos en los socialistas. En Jaén, Vizcaya, Valencia, Cataluña, Madrid, Sevilla, Zaragoza, etc., se reorganizaron las Alianzas Obreras, incluyendo en ellas a los campesinos.

La presión de las masas, la evolución de muchos de sus militantes y cuadros, determinó al Partido Socialista a aceptar la fusión de la Confederación General del Trabajo Unitaria con la U.G.T., aunque en condiciones injustas para la primera. Al mismo tiempo este éxito unitario influyó favorablemente sobre una gran cantidad de sindicatos autónomos que ingresaron en la U.G.T. Con ello se dió un paso muy positivo en el camino de la unidad sindical.

Uno de los signos más expresivos de la penetración en la conciencia de las masas de la política unitaria del Partido Comunista fué la unificación de la Juventud Socialista con la Juventud Comunista. El 4 de abril de 1936, fecha en que se firmó el pacto de unificación de ambas juventudes y nació la Juventud Socialista Unificada de España, es un día histórico para la juventud revolucionaria española. Con la unificación, la juventud obrera, campesina y estudiantil, forjó su organización de masas independiente, inspirada en los principios del marxismo revolucionario. El vertiginoso crecimiento numérico de la nueva organización juvenil iba acompañado de su capacidad de lucha,

que se puso bien de manifiesto en todo el curso de nuestra guerra nacional revolucionaria. Nacida de la unidad, y para la unidad y la lucha de la juventud española, la J.S.U. cumplió su misión en medio de los combates de la guerra, creando la Alianza de la Juventud Antifascista con fuerzas juveniles de otras tendencias.

### III

Después de la derrota de octubre, si se quería paralizar la marcha del fascismo y vencerlo, no había más remedio que reagrupar a las fuerzas dispersas y ensanchar el frente de combate de la clase obrera con otras fuerzas antifascistas. La táctica elaborada por nuestro Partido consistía en unir a los partidos y organizaciones obreras, las organizaciones campesinas, los partidos republicanos, las organizaciones de la juventud, de mujeres, a todos los interesados en la recuperación de la República, en un poderoso Frente Popular Antifascista.

El Frente Popular no podía ser una simple alianza electoral o una repetición del Pacto de San Sebastián, en el que la clase obrera hizo de apéndice de la burguesía, como pretendían los dirigentes socialistas. El Frente Popular debía ser un arma de lucha contra la reacción y el fascismo bajo la dirección de la clase obrera. Su programa tenía que responder a los intereses del pueblo, de los obreros, de los campesinos y de todas las capas laboriosas de la ciudad y del campo. José Díaz hizo una acabada definición de lo que era en la concepción del Partido Comunista el Frente Popular:

« El Frente Popular es la expresión viva de la concentración de las fuerzas obreras y democráticas de España frente a la otra concentración: la de la España del pasado. En esta gran polarización de fuerzas que se está operando en nuestro país, el proletariado tiene la misión de colocarse inteligentemente en el camino del cumplimiento de su misión histórica. Y hay que saber comprender que la lucha de clases no marcha siempre por un camino recto, ni el problema está en desertar del logro de las conquistas parciales que puedan beneficiar a las masas, contraponiendo a esto como escudo engañoso la « pureza revolucionaria », el principio catastrófico del « todo o nada. ».

Aunque la clase obrera se fundía en un mismo frente de lucha con fuerzas de clases antípodas, su independencia orgánica y política, su unidad de clase, ni se rompía ni diluía. Si no fuese así, la hegemonía no la tendría el proletariado, sino la burguesía. El Frente Popu-

lar era una forma de unidad temporal, pero de gran alcance. Su misión concreta era cerrar el paso al fascismo, sobre todo, y desarrollar la revolución democrática bajo la dirección de la clase obrera.

Para los comunistas era claro que en el futuro, cuando hubieran madurado las condiciones para la revolución socialista, se produciría un nuevo reagrupamiento de fuerzas.

El Partido Socialista y los dirigentes republicanos, reflejando las vacilaciones de la burguesía liberal, se resistían a que el Frente Popular fuera en su contenido y en su forma, en su programa y sus métodos, lo que exigían los intereses de las masas populares y la realidad político-social de España.

Como ocurrió con la Alianza Obrera, nuestro Partido se esforzó por que el Frente Popular tuviese la amplitud y el contenido que le correspondía, propagándolo y organizándolo por todas partes. Como un aspecto esencial de esa tarea trataba de organizar el frente único proletario que sirviese de base y garantía del Frente Popular, y asegurarse en él la dirección de la clase obrera. Esa labor de propaganda, de esclarecimiento y organización entre las amplias masas, la acogida entusiasta que encontraba, llenó de inquietud a la reacción. En 1935, en los prolegómenos de la creación del Frente Popular, « A B C » no ocultaba su miedo ante la posibilidad de un frente de lucha antifascista: « Es la evidencia lo que se propaga y cuaja el propósito de establecer una alianza electoral que llegue desde los comunistas y socialistas hasta los republicanos que se alejan de las derechas y del centro. No hay duda que la coalición es segura y va constituyendo en toda España una línea de conducta. Esta perspectiva nos llena de intranquilidad —lo confesamos— frente a las grietas y roturas existentes en el frente de las derechas triunfantes el 19 de noviembre de 1933 ».

Esta confesión del enemigo es la mejor valoración del alcance de la unidad antifascista. Aun no estaba constituido el Frente Popular y el bloque reaccionario fascista entraba en crisis, se agrietaba.

Sin embargo, la reacción no perdía sus esperanzas de victoria en las elecciones del 16 de febrero de 1936. Y hay que reconocer que no estaban desprovistas de fundamento: la reacción contaba con la tradicional actitud abstencionista del anarquismo en la lucha electoral y su postura « apolítica », que se traducía en el consejo a los obreros de la C.N.T. de no votar. Pero los trabajadores cenetistas comprendieron que la abstención era sinónimo de vía abierta a la reacción y

el fascismo y no obedecieron las órdenes de sus dirigentes. Comprendieron que el « apoliticismo » era suicida y con sus votos contribuyeron al triunfo del Frente Popular.

#### IV

Las debilidades del gobierno republicano surgido del Frente Popular hicieron posible el criminal levantamiento militar fascista. No vamos a referirnos ahora a estas debilidades, pero no cabe duda que si por parte del Partido Socialista hubiese existido una justa comprensión del carácter del Frente Popular y del papel de la clase obrera en él y en el gobierno nacido de su seno, la reacción no hubiese podido levantar cabeza porque se hubiesen tomado contra ella las medidas políticas y económicas urgentes que correspondían y que fueron propuestas con reiteración por el Partido Comunista.

La guerra, de cuyo resultado dependía la suerte de la clase obrera, de los campesinos, de todo el pueblo, la de España como nación independiente, exigía la cohesión más firme de todas las fuerzas democráticas y en particular las de la clase obrera, así como su alianza con los campesinos, ya que juntos llevaban el peso fundamental de la lucha.

¿Quiénes fueron el obstáculo esencial para establecer la unidad más sólida e indestructible de las fuerzas populares y en particular la alianza de los obreros y campesinos? El obstáculo fundamental lo constituyeron los anarquistas. Al atacar las bases materiales de los campesinos, al proceder en nombre de una colectivización prematura a la expropiación de sus tierras y bienes, combatían, aunque muchos creyeran lo contrario, contra los más firmes aliados del proletariado, debilitando el frente y la retaguardia.

Nuestro Partido procedió de manera distinta. Aplicó en el campo las medidas que correspondían al carácter de la revolución en marcha, tanto desde el ministerio de Agricultura como en cada pueblo desde los comités de Frente Popular y desde las organizaciones campesinas. Entregando la tierra a los obreros agrícolas y campesinos trabajadores mejoró considerablemente su situación, al mismo tiempo que facilitó el incremento de la producción agrícola, tan necesaria para la guerra. Así se fortaleció la unidad popular y en particular la alianza de los obreros y campesinos en la lucha contra el fascismo, por el desarrollo de la revolución democrática. El contenido social de ésta no había

cambiado por el hecho de la guerra. En el terreno político, económico y social, el enemigo lo seguían constituyendo los fascistas, los grandes capitalistas y feudales, culpables del atraso económico y social de España. Destruir todos los residuos de un pasado de opresión y de honda miseria, barrer los privilegios de castas, transformar las relaciones de propiedad en el campo, entregando las tierras de los fascistas y sus cómplices a los obreros y campesinos sin tierra o con poca tierra; elevar el nivel de vida de todos los trabajadores, poner a disposición del pueblo los medios de cultura y establecer un verdadero régimen de libertad para el pueblo, eran objetivos esenciales, entre otros, de la revolución democrática, comunes a las diferentes clases y capas sociales interesadas en su consecución. Eran, por eso mismo, las firmes bases materiales para la unidad popular, antifascista, democrática. La médula de esta unidad era la clase obrera. Pero su misión política dirigente no podía cumplirla plenamente hallándose dividida.

Debido a esta división —que a su vez era la consecuencia del peso que todavía tenían en la clase obrera la ideología burguesa y pequeño burguesa bajo diferentes formas— los partidos republicanos pequeñoburgueses jugaron un papel en la dirección de la guerra que ni por su fuerza ni por su influencia les correspondía, con las consiguientes consecuencias desfavorables en la organización y combatividad del ejército, en la organización y desarrollo de la industria de armamentos, en la política económica correspondiente a una situación de guerra y en la composición del gobierno, que no era lo suficientemente fuerte y popular para dirigir con la firmeza necesaria la guerra nacional revolucionaria.

Una responsabilidad fundamental por la insuficiente unidad de la clase obrera durante nuestra guerra recae sobre los anarquistas. A las proposiciones de unidad, los anarquistas respondían que « la C.N.T. se basta a sí misma ». Hubo un momento en que los anarquistas aceptaron crear un comité de enlace entre la C.N.T. y la U.G.T. Este fué un hecho muy positivo en el camino de la unidad sindical, pero la posición de una parte de los dirigentes anarquistas lo frustró. Sus propósitos eran distintos a la misión que, entre otras, debían cumplir los sindicatos: coordinar e intensificar la producción bajo una dirección única que permitiera abastecer ampliamente los frentes y la retaguardia. Sus miras no eran las de ayudar al gobierno, aunque en él estaban representados, a resolver los problemas de la guerra. De ahí su consigna de « primero ganar la revolución ». Para los anar-

quistas, el comité de enlace era un instrumento para llevar a cabo « inmediatamente la revolución social ». En honor a la verdad histórica es necesario decir que un grupo de socialistas trotskizantes acompañaba a los faistas en esa táctica disparatada, en esa política objetivamente contrarrevolucionaria, en sus « experiencias colectivistas », al mismo tiempo que trataba de dividir la U.G.T. y la Juventud Socialista Unificada y de impedir la unidad de acción del Partido Socialista con el Partido Comunista.

Los obreros de la C.N.T. no estaban ni podían estar de acuerdo en el fondo con esa nefasta táctica. Su historia de lucha, sus afanes por emanciparse de la explotación capitalista, su honradez revolucionaria, aunque mal orientados por las teorías anarquistas, los inducían a no sumarse a la conducta contrarrevolucionaria de ciertos dirigentes y de los trotskistas. Su intuición de clase les decía que la unidad de los trabajadores era necesaria para la revolución. Sin embargo, en los problemas de la unidad y de la revolución no veían con claridad, de lo que se aprovechaban dichos dirigentes.

Por su atraso político, muchos obreros de la C.N.T. no comprendían la revolución en su desarrollo, en sus obligadas etapas, una de las cuales, la democrática, con un contenido nuevo, popular, se estaba realizando en el período de la guerra. Para comprender esto era necesario que su experiencia práctica se completara con su educación en el marxismo-leninismo, educación que sólo podía dársela el Partido Comunista. Pero nuestra labor ideológica no había podido alcanzar todavía la amplitud necesaria. Esta labor, unida a la experiencia práctica está llamada a superar ese obstáculo —mencionado por la camarada Dolores en el V Congreso— que impide aún a importantes sectores obreros marchar tras su bandera, la bandera del marxismo-leninismo.

El anarquismo, por su naturaleza ideológica pequeñoburguesa, al proyectarse en las masas obreras frenaba el desarrollo de la conciencia política de los trabajadores. Sus formulaciones vacías, sonoras, seudorrevolucionarias, a fuerza de ser repetidas y escuchadas tomaban categoría de axioma en la mente de muchos obreros, penetrando en su conciencia como verdades incommovibles.

Sin subestimar la influencia que la ideología anarquista ejerce todavía en una parte del proletariado español, es evidente que esa influencia se ha reducido ante la lección de la experiencia práctica.

y ante la incansable labor política e ideológica de los comunistas. Un factor poderosísimo ha sido el ejemplo vivo de las grandiosas victorias que los trabajadores han alcanzado guiados por el marxismo-leninismo y por el Partido del marxismo-leninismo, el Partido de la clase obrera. Hoy los obreros de la C.N.T. quieren saber, desean conocer más que nunca los principios teóricos del socialismo científico. A este deseo responden ciertos « teóricos » anarquistas diciéndoles:

« ¿Qué importa a los trabajadores revolucionarios de qué nació la economía hace seiscientos, mil, o diez mil años, según las regiones del globo, en qué consiste la plus valía y la influencia de la técnica en la evolución de las clases sociales de la edad media o de la tribu primitiva? ». (Gaston Leval, « C.N.T. », 19 de julio de 1955.)

Conocer eso y otras cosas que enseña el marxismo conduce a saber que en la época de la producción capitalista, el papel principal en la producción lo ejerce el proletariado. Sin él la producción se paraliza, sin él la producción no puede existir. El marxismo enseña al proletariado que él es quien realiza la función principal en la producción y por tanto en la vida social, que la burguesía es una clase parasitaria llamada a desaparecer, como desaparecieron otras formaciones sociales anteriores por la lucha de las nuevas fuerzas sociales surgidas del desarrollo de las fuerzas productivas, y que los medios de producción y la producción misma deben pasar a manos del proletariado y convertirse en propiedad socialista. El conocimiento de las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad enseña a comprender la inevitabilidad de la desaparición de la sociedad constituida en clases, la inevitabilidad de la desaparición del capitalismo, de la burguesía como clase. Este conocimiento fortalece y desarrolla la conciencia de clase, revolucionaria, de los trabajadores y conduce a la idea de la unidad de la clase obrera, sin la cual ésta no puede destruir revolucionariamente la sociedad capitalista y establecer la socialista. Ante los trabajadores aparece con claridad que su fuerza reside en su unidad, que la victoria sobre el capitalismo no puede conseguirse desunidos y que la burguesía no abandonará sus privilegios de clase sin lucha.

La importancia del estudio de las formaciones histórico-sociales es destacada en el informe de la camarada Dolores en el V Congreso al decir:

« Tal conocimiento de la historia es utilísimo e imprescindible para todo hombre progresivo, y muy especialmente para los dirigentes »

obreros, porque este conocimiento de la historia muestra el desarrollo de la sociedad no como una sucesión de casualidades, sino como lo que es en realidad, como un proceso de hechos ligados entre sí, que se derivan del desarrollo de las fuerzas productivas y de la lucha de clases en el seno de cada formación histórico social ».

\*  
\*\*

De todo lo expuesto se deduce que cada paso adelante en la lucha por la democracia ha tenido en la base la unidad de acción de la clase obrera y de las fuerzas progresivas. Esta experiencia histórica debe guiarnos hoy, no sólo a los comunistas sino a socialistas y cenetistas, a todos los demócratas españoles.

En el Informe del Comité Central al V Congreso del Partido Comunista se pone de relieve la importancia de la unidad de acción de la clase obrera, que debe ser « la conductora y orientadora efectiva de las fuerzas democráticas y antifranquistas ». Esta posición corresponde a toda la trayectoria política del Partido Comunista. Las diferencias ideológicas y tácticas no deben impedirnos entrar en relaciones que nos permitan llegar a la unidad de acción.

En lo que se refiere a los obreros influenciados todavía por el anarquismo, no obstante las diferencias ideológicas y tácticas que nos separan, hoy, como durante la guerra, queremos la unidad de acción con ellos, porque no olvidamos que representan una fuerza necesaria para la lucha contra el franquismo y el restablecimiento de la democracia en España, así como en la lucha posterior por el socialismo.

En relación con los socialistas, las diferencias existían en el período de la guerra y no fueron obstáculo para que socialistas y comunistas se unieran en el Comité Nacional de Enlace que tanto contribuyó a la solución de problemas políticos y otros fundamentales de la guerra, aunque hoy ciertos dirigentes socialistas traten de negarlo y presenten aquel hecho histórico como una maniobra absorcionista del Partido Comunista. Las causas que determinaron la unidad de acción de socialistas y comunistas en aquel tiempo no han desaparecido, sino que, por el contrario, se justifican más que nunca. Hoy no puede hablarse de que no existen puntos de coincidencia para ello. En la plataforma aprobada por el V Congreso del Partido Comunista, que proponemos como base de discusión para la formación del Frente Nacional Antifranquista, y las resoluciones del VI Congreso del Partido

Socialista en el exilio, hay puntos de coincidencia que permiten el entendimiento. Y siendo, como es, así, nuestro deber es unirnos para la lucha sobre la base de esos puntos, seguros de que lo que esté en litigio irá madurando y llegaremos también a entendernos.

El Congreso del Partido Socialista afirma que el franquismo no sólo no ha ganado ningún adepto entre los demócratas españoles, sino que muchos de los que han cooperado al sostenimiento del régimen se separan de él. Esto es cierto, pero no es suficiente constatar el hecho. ¿Qué hacer con esas fuerzas nacionales que se sienten lesionadas en sus intereses y se colocan en actitud hostil al régimen? ¿Dejar que se sirvan de ellas los que buscan una salida aparente a la situación para conservar sus privilegios económicos y políticos y seguir manteniendo oprimido al pueblo? ¿No deben ser agrupadas en un Frente Nacional Antifranquista para que su descontento se transforme en acción, junto con la de los obreros, los campesinos, los intelectuales, los republicanos y demócratas? Indudablemente que sí. La unidad de socialistas y comunistas facilitaría la de los antifranquistas en general, cuya organización práctica se realizaría rápidamente al calor y la confianza que les daría a las otras fuerzas la unidad de la clase obrera. De ahí que nuestro Congreso haya dirigido una proposición concreta al Partido socialista en los siguientes términos:

« Y como iniciación de la unidad de las fuerzas antifranquistas, el Partido Comunista, a pesar de las diferencias que nos separan, propone al Partido Socialista la unidad de acción para la lucha contra el franquismo y por el establecimiento de un régimen democrático en España ».

Una respuesta favorable del Partido Socialista contribuiría poderosamente a la organización y celebración de « nuestra conferencia ginebrina para atenuar la tensión existente en el campo republicano y lograr el acuerdo para la lucha por la recuperación de la República y de la democracia », propuesta por Dolores Ibárruri en su artículo « Aproximaciones » y reiterada en el aparecido en MUNDO OBRERO del 15 de noviembre de 1955 bajo el título: « Unidad para la lucha contra el franquismo ».

# FEDERICO SANCHEZ

## ORTEGA Y GASSET, O LA FILOSOFIA DE UNA EPOCA DE CRISIS

La muerte de Ortega, al cabo de unos años de casi silencio suyo, de un alejamiento casi total de la vida pública, en la que tan directamente intervino en otros momentos, ha provocado en muy amplios círculos intelectuales y universitarios, aunque con dispares intenciones, un nuevo interés por su obra, por sus ideas, por la real significación de su trayectoria filosófica y humana. Obliga ello a esbozar, aunque sólo someramente, cuál puede ser el enfoque de estas cuestiones desde la perspectiva del materialismo dialéctico. Debe estar claro que estas cuartillas no pretenden agotar la cuestión; inician simplemente esa revisión crítica de la filosofía orteguiana que habrá de profundizarse en ulteriores ensayos y cuya necesidad ya se hacía sentir.

Porque, de hecho, toda una serie de conceptos y de nociones orteguianos impregnan más o menos difusamente la conciencia de amplios sectores de la intelectualidad española. Sus ideas sobre la realidad histórica, y particularmente la española; sobre el papel de las masas y de las minorías selectas en la sociedad; su teoría de las generaciones; su metafísica de la razón vital, expuestas una y otra vez en periódicos, revistas y libros de gran tirada, con ese inconfundible estilo suyo, amanerado y directo a la vez (y singularmente eficaz entre esa clase media española que Ortega ha alimentado en ideas, y que su ideología en parte representa, en fin de cuentas); todo aquel aparato conceptual es manejado a diario, sin previo análisis crítico, y ha llegado a adquirir carta de naturaleza filosófica. La verdad es, sin embargo, que el orteguismo carece de toda base científica, que sus formulaciones esenciales son mixtificadoras de la realidad.

« Ocorre que la filosofía ha sido y será siempre, ante todo, pregunta por el ser », ha dicho Ortega en su estudio sobre Kant. Mejor sería decir: pregunta por las relaciones entre el ser y la conciencia. ¿Es la conciencia, la mía por ejemplo, anterior al ser, constitutiva de éste, o es el ser anterior a su reflejo más o menos exacto en mi conciencia, independiente de ella? Sobre esta cuestión,

en efecto fundamental, se ha librado a lo largo de la historia la permanente batalla ideológica entre materialismo e idealismo. Ahora bien, en la etapa actual del desarrollo histórico, desde la constitución del proletariado como clase pertrechada con la ideología científica del marxismo, desde el irremediable derrumbamiento del orgulloso sistema de Hegel, último edificio del idealismo objetivo, que ya encerraba en sí su propia negación, el método dialéctico que Marx y Engels afincaron en la realidad de la naturaleza y de la historia, se han multiplicado los intentos filosóficos de « superar » dicha contradicción entre el ser y la conciencia, de esquivar aquella cuestión. La fenomenología, el vitalismo, el pragmatismo, el existencialismo en sus diversas facetas, son otros tantos ensayos, desde un principio fracasados, de encontrar una « tercera vía » en filosofía, ante la imposibilidad de defender ya, tal cuales, los postulados idealistas tradicionales, y la necesidad, objetivamente fundada en motivos sociales, de combatir el materialismo dialéctico. De esa corriente dimana, y en ella confluye, la metafísica de la razón vital de Ortega.

A la pregunta fundamental sobre las relaciones del ser y la conciencia, responde Ortega rechazando de palabra, por una parte, los presupuestos del racionalismo, del idealismo subjetivo, y por otra, las posiciones del materialismo. (Conviene aclarar desde un principio que Ortega ha desconocido siempre, o se ha propuesto desconocer, la esencia del materialismo dialéctico. Todas sus alusiones al materialismo, por él casi siempre escolásticamente denominado « realismo », se refieren al materialismo metafísico y mecanicista de las ciencias naturales del siglo XIX. Además, véase por ejemplo « La interpretación bólica de la historia », en el marxismo sólo ha sido capaz, o sólo ha querido ver un ciego determinismo económico, enemigo más fácil de combatir, claro está, que el auténtico marxismo en su desarrollo dialéctico). La realidad radical, dice Ortega, no son las cosas, los objetos, el ser; no es tampoco el yo, la conciencia. La realidad radical es la vida, mi vida, y en ella me encuentro a mí mismo con las cosas, que sólo son para mí, y yo sólo soy con ellas. De aquí la conocida frase: « Yo soy yo y mi circunstancia » (Meditaciones del Quijote, 1914). Esta postura filosófica inicial, que pretende hacer surgir por arte de magia el ser y la conciencia, indisolublemente vinculados, de una primaria experiencia o quehacer vital, podemos hallarla, con meras variantes terminológicas, en toda una serie de filósofos del mundo occidental. La hallamos, por ejemplo, en Husserl, Heidegger y

Dilthey, en James y Bradley, en Lavelle y Merleau-Ponty, así como en otros representantes del idealismo subjetivo encubierto bajo diversos rótulos y terminologías. (Sería aleccionador disponer del espacio suficiente para expresarlo palpablemente en algunas citas). Y no viene al caso la repetida autodefensa de Ortega haciendo constar la real anterioridad cronológica de su teoría a la de algunos de los filósofos mencionados. De hecho, esa « solución » del problema crucial de toda filosofía es, desde hace cosa de un siglo, el clavo ardiendo a que pretenden asirse todos y cada uno de los pensadores de la burguesía liberal. Ya en 1894, el Señor Avenarius pretendía « revolucionar » la ciencia, « superando » la oposición entre materialismo e idealismo con su « famosa » coordinación de principio —desenmascarada por Lenin en Materialismo y Empiriocriticismo—, al escribir que « el yo y el medio ambiente (lo que Ortega llama circunstancia) siempre son dados conjuntamente. Ninguna descripción completa de lo existente puede contener un medio sin un yo al que dicho medio corresponda, o por lo menos, sin el yo que describe lo existente ». O sea, con otras palabras, que esta vez son de Ortega: « Yo no soy las cosas, ellas no son yo (anti-idealismo), pero ni yo soy sin ellas, sin mundo, ni ellas son o las hay sin mí para quien su ser y el haberlas puede tener sentido (anti-realismo) » (Kant, reflexiones de centenario). Más rotundamente aún: « La verdad no existe si no la piensa el sujeto... » (El tema de nuestro tiempo). Como se ve, por ese camino orteguiano —mucho más transitado de lo que él pensaba— sólo se llega a una nueva variante del idealismo subjetivo, en el que se recae en cuanto se postula que las cosas, para ser y tener sentido, necesitan de una conciencia que las contemple. El materialismo, basándose en las conquistas de la ciencia, reconoce por el contrario la realidad objetiva, independiente de la conciencia, de todo el proceso dialéctico de la materia. La tierra ha existido, según demuestran las ciencias naturales, durante miles de años, cuando no había ni podía haber ningún hombre, ninguna conciencia, ningún yo, para pensarla. « La materia es lo primario; el pensamiento, la conciencia, la sensibilidad, sólo son productos de una evolución muy avanzada ». (Lenin, Materialismo y Empiriocriticismo).

En definitiva, aquella posición orteguiana se esfuma en el idealismo subjetivo, fuertemente impregnado, eso sí, de un nuevo matiz vitalista. Y es que la filosofía de la burguesía liberal, en esta época nuestra del imperialismo en crisis y de las revoluciones socialistas, desconfía de

la razón, huye de la ciencia. Más o menos latente, el irracionalismo vitalista es uno de los principales ingredientes de todos los sistemas filosóficos del idealismo en descomposición.

\*\*

Era necesario insistir en este fondo idealista de toda la filosofía de Ortega —que quizá pueda caracterizarse de subjetivismo vitalista—, porque de él derivan en parte los errores, las aproximaciones pseudo-científicas, de sus teorías históricas y sociales. Se da el caso, en efecto, de que la obra de Ortega, de apariencia tan flexible, es un denodado esfuerzo por conseguir que la realidad encaje en el esquema de pensamiento más dogmático que darse puede. Dogmatismo, además, que ni siquiera maneja conceptos abstractos —que siempre son un aspecto de la realidad, aunque lo sean unilateralmente, de manera estática, y aberrante por tanto— como en los buenos tiempos del idealismo objetivo, sino que se utilizan una serie de mitos: el mito de las generaciones, el mito del hombre-masa, el mito de la vitalidad nacional, etc. Su « España invertebrada » es buen ejemplo de esto, entre otros incontables. Allí vemos cómo, para justificar la idea central del ensayo, según la cual la « invertebración histórica » de España proviene de que « la masa se niega a ser masa, esto es, a seguir a la minoría directora », llega Ortega a formular la estupenda tesis de que en nuestro país no ha habido feudalismo, ¡cuando en pleno siglo XX perviven en las relaciones sociales de producción en el campo español rasgos semif feudales! Esas mismas limitaciones de la filosofía orteguiana surgirían si analizáramos su teoría de las generaciones, pero ésta merece ser examinada especialmente en artículo aparte, por la extensa difusión que ha alcanzado, y también porque constituye el eje de la concepción orteguiana de la sociedad y de la historia. De hecho, « el método histórico de las generaciones », que Julián Marías ha pretendido sistematizar en un trabajo especial, no es más que una de las tentativas, paralelamente desarrolladas en diversos países y por diversas escuelas sociológicas, de ocultar el hecho básico de toda la realidad social: la ley objetiva de la lucha de clases. A la categoría « clase social », única consistente desde el punto de vista de la filosofía de la historia, por hallarse fundada en la misma estructura objetiva de la sociedad, en su base económica, se pretende sustituir una noción entre biológica y espiritualista, la generación, cuyo peso específico es nulo en el desarrollo histórico.

Ahora bien, esto último nos permite comprender que el idealismo orteguiano —como todos los idealismos— no sólo tiene raíces gnoseológicas, sino que también las tiene sociales, y éstas son precisamente las fundamentales. Como todas las ideologías, la de Ortega cumple una función social determinada, refleja una situación social concreta.

La situación en que se encuentra la burguesía liberal española en las primeras décadas del siglo XX es en cierto modo dramática. Tiene que luchar contra el régimen monárquico-terrateniente, y a ello la empujan intereses muy concretos, pero lo tiene que hacer en una época en que la revolución democrática, para ser otra cosa que una farsa sangrienta, necesita ser dirigida por la única clase que crece y se desarrolla en la sociedad española: la clase obrera. Ha llegado la hora de su poderío político, pero ha llegado en el momento en que las contradicciones fundamentales que desgarran la sociedad española exigen para ser superadas la participación activa y consciente de las masas en la vida nacional. Y, por encima de todo, esa revolución democrático-burguesa, necesaria e inevitable, de que tanto se discute en tertulias, revistas y periódicos, por la que tanto se conspira y que levanta tantos entusiasmos, se ha de producir en un mundo sacudido por las consecuencias de la crisis general del sistema capitalista, en que están en marcha las revoluciones socialistas y los movimientos de liberación nacional de centenares de millones de hombres de los países coloniales y dependientes. De todo ello se derivan las vacilaciones, las inconsecuencias, las confusiones de las ideologías que más fielmente reflejan a la vez las aspiraciones y los temores de dicha burguesía liberal. De todo ello se derivan las aproximaciones, las « soluciones » de compromiso, los subjetivismos de Ortega. De hecho, la ideología histórico-social y política de Ortega es al mismo tiempo el reflejo de aquella situación social concreta de la burguesía liberal española, y un arma para apartar del camino de las auténticas soluciones a las capas cada vez más radicalizadas de la pequeña burguesía.

Esto se percibe claramente en los ensayos más directamente políticos de Ortega, en su conferencia sobre « Vieja y nueva política », por ejemplo (1914). Se hace en ella una crítica de la sociedad y de los partidos políticos de la Restauración, pero a la hora de indagar los motivos reales de la situación formula Ortega la tesis de que « no es el Estado español quien está enfermo por externos errores de política sólo; quien está enferma, casi moribunda, es la raza, la

substancia nacional », lo cual no pasa de ser una frase, y una frase sin sentido, además. Como solución se propone una actividad « educativa » realizada por una « minoría »: tal es el programa, por cierto muy de los tiempos del krausismo y del utopismo « regenerador » de los hombres del 98, de esa « Liga de Educación Política española », en cuyo nombre hablaba Ortega, y en la que participaban, es interesante recordarlo, personas como Azaña, Américo Castro, Madariaga, Ramiro de Maeztu, Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, etc. No ha de extrañar que las huellas de la actividad de dicha « Liga » hayan sido imperceptibles en la realidad española. Porque en esos años, las masas de nuestro pueblo libraban ya o se aprestaban a librar grandes batallas políticas y sociales en las que se abrirían los auténticos cauces del desarrollo nacional de España.

El evidente fracaso de las ideas de Ortega, en cuanto se aplican a las realidades históricas y sociales, no impide, sin embargo, como ya se ha dicho, la extensa difusión de los postulados orteguianos esenciales entre la intelectualidad española. En estos últimos tiempos, el ostracismo moral a que se vió Ortega más o menos condenado por el régimen franquista, y también el propio desprestigio de toda la ideología escolástica que monopoliza los resortes educativos del régimen, han hecho posible incluso que las nuevas promociones universitarias e intelectuales puedan sentirse tentadas de buscar en Ortega ideas para orientar su actividad. Con todos los respetos que el hombre pueda merecer, pero desde la perspectiva consecuente de los principios del marxismo, es necesario proceder sistemáticamente a una crítica implacable del subjetivismo vitalista de Ortega. Ante las graves cuestiones que ven plantearse las fuerzas democráticas de la intelectualidad española, conviene recordar una vez más que « sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario ». Ahora bien, la teoría de Ortega es todo lo que se quiera, menos revolucionaria.

# PEDRO ARDIACA

## **ALGUNOS ASPECTOS DE LA CRISIS ECONOMICA Y DE LA OPOSICION AL FRANQUISMO EN LOS MEDIOS DE LA BURGUESIA CATALANA**

En el Informe presentado ante el V Congreso del Partido Comunista de España, refiriéndose al carácter de clase del franquismo, dijo la camarada Dolores Ibárruri: « La pretendida economía « dirigida » del franquismo es en la práctica la supeditación total del aparato del Estado al dictado de las más rapaces sociedades monopolistas. El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado es la máxima expresión de ese proceso. La fascistización del Estado está estrechamente ligada al mismo. A su vez el Estado fascista, una vez nacido, acelera extraordinariamente todo ese proceso al servicio de sus propios engendrados ».

El proceso de desarrollo monopolista, que tan graves consecuencias ha tenido y tiene para toda la economía española, se manifiesta en Cataluña con fuerza particular, empujando hacia la ruina a millares de empresas y haciendo cada día más insostenibles las condiciones de vida de las masas trabajadoras.

Una de las características más importantes de este proceso es la concentración bancaria. Tres de los seis grandes Bancos que controlan la economía del país despliegan grandes actividades en Cataluña: el Hispano-Americano, el Español de Crédito y el Central.

La Banca catalana se había desarrollado de modo muy similar al desarrollo industrial de Cataluña, es decir, de manera dispersa. La componían pequeños Bancos auxiliares principalmente de las empresas textiles para las transacciones comerciales, depósito de fondos, obtención de créditos, etc., y de las actividades comerciales del campo.

El proceso monopolista va incorporando esos Bancos a los grandes

y, como dijo el Secretario General del Partido Comunista, « en estos últimos años ha desaparecido la Banca catalana ».

El Banco Hispano-Americano absorbió en 1944 el Banco Urquijo Catalán y ha establecido su control sobre varios bancos comarcales. Por ejemplo, el Banco Marcantil de Tarragona y el Banco de Valls, cuyos principales accionistas son Miguel Mateu y Félix Escalas, así mismo Consejeros del Banco Hispano-Americano, se convirtieron en meras sucursales de éste, aun guardando su nombre.

El Banco Español de Crédito absorbió en 1942 el Banco Comercial de Crédito y la Sociedad Arnús-Garí, de Barcelona. Y sucesivamente el Banco del Panadés y el de Vilafranca del Panadés; el Antonio Clará de Gerona; el Fornesa, de la Seo de Urgel; el Bruguera-Sabater, de Llagostera; el Comercial de Crédito, de Gironella; y en 1952 estableció su control sobre el Garriga-Nogués, de Barcelona. Al quebrar la Banca Tusquets, en 1950, el Español de Crédito se encargó de su reorganización bajo el nuevo nombre de Banco Industrial de Barcelona, controlado por aquél.

El Banco Central absorbió en 1947 la Banca Arnús y en 1948 el Banco de Badalona. En 1950 se apoderó del Banco Hispano-Colonial que, antes, había absorbido la Banca Marsans y el Banco de Reus de Préstamos y Descuentos. El Banco Hispano-Colonial, que presidia el Barón de Viver, era el más importante de la Banca catalana, con un capital de 75 millones de pesetas, 60 millones de reservas y más de 2,000 millones de cuentas acreedoras. Con la absorción de éste, el Banco Central pasó a ocupar el tercer puesto entre los seis grandes.

Durante los años de dictadura franquista también han desaparecido, entre otros, la Banca Perxes, de Figueras; la Escrivá, de Amposta; el Mediterráneo, incorporado al Banco Rural de Fernández Cuesta; y el Banco de la Propiedad.

La incorporación de la Banca catalana a los grandes Bancos concentra en éstos el dinero de los industriales y comerciantes grandes y pequeños así como de los terratenientes y campesinos ricos de Cataluña. Pero este dinero no sirve a todos en general. La concentración permite canalizarlo más fácilmente hacia las grandes empresas monopolistas, que más interesan al franquismo para la militarización de España y de la economía nacional.

Esto facilita la política franquista de discriminación contra Cataluña y de arruinamiento de la industria civil. Se retiran los créditos a las pequeñas empresas y, a base de privilegios, se aseguran grandes beneficios a la oligarquía financiera y a los imperialistas extranjeros.

De este modo, mientras el pueblo pasa hambre y millares de empresas se arruinan, las grandes empresas monopolistas realizan pingües beneficios:

« Fuerzas Eléctricas de Cataluña », antigua canadiense, de la que se ha apoderado el Banco Central, ha realizado en dos años (1953-1954) un beneficio de más de 310 millones de pesetas.

« Material y Construcciones », constituida por el Banco Central en 1947 a base de « Ca'n Girona » de Barcelona y de « Devis » de Valencia, obtuvo en 1948 un beneficio de 16,7 millones de pesetas elevado a 45 millones en 1954.

« La Maquinista Terrestre y Marítima », controlada por el Banco Hispano-Americano junto con el Urquijo, ha hecho pasar sus beneficios de 700.000 pesetas en 1935 a 24 millones en 1954.

La « Sociedad Anónima Cros », que en 1935 hacía beneficios por 14 millones y medio, los hizo en 1953 por 129,6 millones de pesetas.

« Fomento de Obras y Construcciones », que se adjudicó las obras de la base yanqui de Torrejón, ha hecho pasar sus beneficios de 3 millones en 1935 a 27 millones en 1954.

En el textil, « La España Industrial » obtuvo en 1935 beneficios por 737.000 pesetas y, en 1954, por 14 millones. « Fabra Coats » los pasa de 3,7 millones en 1945 a 26 millones en 1953. El trust « Unión Industrial Algodonera », de los hermanos Muñoz, ofrece un típico ejemplo, en el textil, de los métodos utilizados bajo el franquismo para favorecer la concentración capitalista. Apoyándose en los privilegios concedidos por el régimen y representando al Banco Central, el estraperlista Muñoz se apoderó de 18 fábricas y de varios almacenes comerciales a costa de la ruina de decenas de industriales y comerciantes.

Por otra parte, el Instituto Nacional de Industria (INI), principal instrumento del capitalismo monopolista de Estado, desplazando de

la dirección a los respectivos grupos burgueses, se ha apoderado en 1947 de la antigua Hispano-Suiza, convertida en « ENASA » y en 1951 de la antigua Elizalde, ahora « ENMASA ».

El INI posee también, además, la « Empresa Nacional Hidro-Eléctrica del Ribagorzana » (ENHER), la « Sociedad Española de Automóviles de Turismo » (SEAT) y otras menos importantes. La « SEAT » ha declarado en 1954 unos beneficios de 34 millones de pesetas.

Este proceso monopolista tiene lugar al mismo tiempo que se conserva, en lo fundamental, el atraso industrial del país y que se mantienen fuertes supervivencias feudales en la agricultura. Su impulsión es el producto de una desenfrenada militarización de España y de una política de favores y privilegios a los grandes capitalistas a costa de una explotación más exacerbada de los trabajadores, de la expropiación de los campesinos, del arruinamiento sistemático de la burguesía industrial y comercial pequeña y media.

Por ésto este proceso tenía que chocar rápidamente y cada día con mayor fuerza con la oposición y la lucha de las masas populares y de importantes sectores de la misma burguesía. Lleva en sí, también, la agudización de las contradicciones entre los distintos grupos de la oligarquía financiera. Todo ello agravado por las desastrosas consecuencias del pacto yanquifranquista.

## AGUDIZACION DE LA CRISIS ECONOMICA Y DESARROLLO DE LA OPOSICION ANTIFRANQUISTA DE LA BURGUESIA

El Secretario General del Partido Comunista dijo en el V Congreso: « La política del franquismo, en flagrante contradicción con las leyes objetivas generales del desarrollo de la sociedad, les ha llevado a una situación muy particular de aguda crisis, en la que comienza el resquebrajamiento de la economía y la lucha por cambios en la situación del país; es decir, les ha llevado a una situación donde se impone la necesidad de cambios revolucionarios de los que ellos pensaban haberse librado para siempre después de 1939 ».

Esto adquiere especial agudeza en Cataluña, donde existe el más numeroso núcleo obrero del país, donde el desarrollo económico se

ha basado principalmente en la industria ligera, en particular la textil, y donde hay un problema nacional, agravado por el franquismo, que estimula poderosamente la lucha del pueblo contra el régimen fascista.

La industria textil representa aproximadamente la mitad de toda la renta industrial de Cataluña. Según « La Vanguardia » del 18-7-53, en la provincia de Barcelona existían 1.700 sociedades textiles con un capital de 3.000 millones de pesetas. Esto da una media por sociedad de 1.764.705 pesetas. Teniendo en cuenta que algunas poseen varias decenas de millones de capital, se puede deducir claramente el carácter pequeño y medio, a veces familiar, de la gran mayoría de empresas. Esta es también la característica dominante en las demás ramas industriales.

Mientras duró la guerra y el período inmediato posterior, la burguesía textil exportaba los excedentes a buen precio y, pagando bajos salarios, realizaba interesantes negocios. La exportación de artículos de algodón alcanzaba en 1948 a 12.000 toneladas. Pero en 1952 sólo fué de 4.817 toneladas y de 3.085 en 1954. En 1955 sufre un nuevo y considerable descenso. La exportación de manufacturas de lana acusa también una baja proporcionalmente similar.

Junto a la disminución de las cantidades exportadas se produce una caída de precios. Las manufacturas de algodón exportadas en 1951 se valoraron en 11,4 pesetas-oro por quilo. En 1952 resultan tan sólo a 10,7 y en 1953 a 8,8.

La baja de las exportaciones pone con toda agudeza ante la burguesía catalana el grave problema del mercado interior, cuya capacidad adquisitiva ha disminuido fuertemente bajo el franquismo. Según las cifras de organismos oficiales, el consumo global de artículos textiles por habitante y año ha descendido de 4 quilos y medio a menos de 3. Pero, en realidad, para los industriales algodoneros y laneros, que son gran mayoría en Cataluña, ese descenso es mucho mayor, puesto que tropiezan con la competencia de las fibras artificiales. Bajo el franquismo se han creado dos poderosas Empresas, la FEFASA y la SNIACE, colmadas de privilegios en relación con su interés militar (la celulosa es necesaria para la fabricación de explosivos), que por ahora producen fibras artificiales compitiendo ventajosamente con el algodón y la lana.

Así, mientras antes del franquismo los artículos de algodón representaban el 74 % y los de lana el 19 % del consumo interior de artículos textiles, ahora sólo figuran con el 53 % y el 11 % respectivamente. En cambio las fibras artificiales han pasado del 5 % al 34 %.

Y todo hace que una producción algodonera que no llega al 60 % de lo que se producía antes del franquismo, no tiene salida ni en el mercado interior ni en el exterior y en los establecimientos se abarrotan « stocks » que representan la producción de dos años. 150 millones de pesetas dice haber visto apilados en tejidos en una sola fábrica de Cataluña el corresponsal de « Ya » (« Ya » 5-7-55).

El cierre de fábricas es desolador en toda Cataluña. De muchas ya no quedan más que los edificios. El Consejo Superior de Industria dió la cifra de 368 empresas textiles desaparecidas en Cataluña en 1953, cifra que ha de resultar bastante más alta en 1954 y 1955.

La crisis de la industria textil arrastra a su vez a la pequeña metalurgia y a la industria de colorantes, auxiliares de aquélla. El bajo consumo azota igualmente a los fabricantes de calzado y de productos alimenticios, generalizándose la crisis a todas las ramas industriales, con la consiguiente ruina del comercio y de millares de comerciantes. El Consejo Superior de Industria cifra en 3.895 las empresas industriales de Cataluña barridas en 1954 por la crisis económica.

Estos hechos no podían dejar de traducirse en inquietud primero y luego en protestas por parte de la burguesía. La participación de los estudiantes barceloneses en las protestas populares contra el aumento de las tarifas de los tranvías, en febrero y marzo de 1951, tiene que verse como una manifestación de esa inquietud creciente en los medios de la burguesía catalana.

Y es precisamente a partir de la formidable huelga general de marzo de 1951 que, estimulada por las luchas de la clase obrera, la burguesía catalana, en primer lugar la textil, comienza a orientarse más decididamente hacia el campo de la oposición antifranquista.

En octubre de 1951, frente a las acusaciones lanzadas por el gobierno franquista culpando a los industriales catalanes de la carestía de los tejidos, estos últimos dieron por primera vez carácter público

a su protesta. Los Directores de más de 30 empresas textiles de Cataluña —algunas tan importantes como « España Industrial », « Bertrán y Serra », « Manufacturas Valls », etc.—, publicaron en la prensa un documento denunciando concretamente que, mientras el algodón en rama resultaba a menos de 30 pesetas el quilo puesto en España, a ellos se les hacía pagar a 54 pesetas, quedando la diferencia « íntegramente a favor del Estado, sin que tengan ninguna participación los industriales ».

A fines de 1953, una comisión de industriales textiles visitó a Arburúa y Planell, teniendo con éstos una entrevista borrascosa en la que los industriales amenazaron al gobierno con cerrar las fábricas y el gobierno amenazó a los industriales con meterlos en la cárcel.

Durante un tiempo, el franquismo ha logrado frenar las protestas de la burguesía catalana especulando con la preparación del pacto con los Estados Unidos, haciéndola creer que el pacto traería a España « una lluvia de dólares » y, con ella, la reanimación de los negocios y la renovación de la maquinaria. Al mismo tiempo se anunció la preparación de la I Asamblea Nacional Textil, celebrada en junio de 1954, en la que, se dijo a los industriales catalanes, « podrían hablar claro, con entera libertad y se llegaría a soluciones ».

Año y medio ha transcurrido después de esa Asamblea y las cosas van de mal en peor. El precio del algodón sigue a 54 pesetas quilo, hay menos exportación y menos consumo interior, la maquinaria continúa envejeciendo y el ritmo de suspensiones de pagos, quiebras y cierres de fábricas se va acelerando.

En cuanto a la « lluvia de dólares », tantas veces citada por Franco, la realidad va desvaneciendo las ilusiones que algunos llegaron a hacerse.

Ya en el Manifiesto del 1 de octubre de 1953, el Comité Central del Partido Comunista de España y el Secretariado del P.S.U. de Cataluña denunciaron lo que el pacto iba a representar para España. Refiriéndose a las graves consecuencias que el Pacto habría de tener al obligar a enormes gastos se decía en el Manifiesto: « Y esas pesetas saldrán de los bolsillos de los obreros, de los campesinos, los empleados, los intelectuales, los comerciantes e industriales; del bolsillo

de los contribuyentes españoles. Para obtener esas pesetas, el Gobierno franquista creará nuevos impuestos, exprimirá aun más a los trabajadores, saqueará más intensamente a los campesinos, acrecerá la ruina de la pequeña y media burguesía. Los dólares no llegarán a España sino transformados en tanques, cañones, aviones militares, equipos de guerra y otros productos de la industria americana... »

Estas previsiones se confirman plenamente. Mientras el Presupuesto del Estado y, por consiguiente, la carga de impuestos y contribuciones se elevó en los tres años anteriores al pacto de 17,491 millones en 1950 a 22,762 millones en 1953, o sea, un 30 % de aumento, para 1956 sube a 35,618 millones, es decir, un 56,4 % de aumento en los tres años posteriores al pacto. Pero este aumento es en realidad mayor ya que en 1954 se retiraron porcentajes y subsidios a los Ayuntamientos y Diputaciones, a cambio de los cuales se les ha autorizado (y para 1956 se obliga a los que no los aplicaban) a recargar con el 25 % la contribución industrial, con el 17,20 % la urbana y con el 8,96 % la rústica, por parte de los Ayuntamientos. Y a las Diputaciones a imponer un arbitrio del 3 % sobre la riqueza provincial, del 15 % sobre el producto neto de las explotaciones industriales y comerciales y un arbitrio sobre rodaje y arrastre; y otros que pueden decidir por su cuenta.

Así, aparte de que los impuestos y contribuciones, de los que el Estado franquista libera en buena parte las grandes empresas del INI y otras llamadas de « interés nacional » (militar, debiera decirse), recaen principalmente sobre la industria catalana, el Ayuntamiento de Barcelona acaba de aprobar el Presupuesto ordinario para 1956 por 782 millones de pesetas, con aumento de 51 millones sobre 1955 y de 258 millones sobre el de 1953. La Diputación aumenta a su vez el suyo incluyendo la percepción de arbitrios no cobrados en 1955, principalmente para productos agrícolas, textiles, de la pesca y de la construcción.

La circulación fiduciaria, pasando de 35,000 millones antes del pacto a más de 45.000 millones en octubre de 1955, muestra que la inflación es una realidad y contribuye a la rápida subida de todos los precios.

Junto a esto los productos americanos, sin pagar aduana y libres de todo impuesto, en condiciones de privilegio que el monstruoso

pacto obliga a concederles, vienen a competir con los artículos de fabricación nacional. Y ésto, que levanta tempestades de protestas entre los campesinos y la burguesía industrial y comercial no monopolista, abrumados por los impuestos, llega a lesionar también a algunos grupos de la gran burguesía catalana que, en esa medida, van pasando a ciertas actitudes de oposición.

Algunos ejemplos lo demuestran claramente:

En la Asamblea de accionistas de « La Maquinista Terrestre y Marítima », su Presidente, Félix Escalas, reclamaba a comienzos de 1955 « el cumplimiento estricto de las leyes vigentes sobre protección de la industria nacional » y medidas apropiadas « para contrarrestar la oferta constante de productos extranjeros de los que existe abundante fabricación nacional ».

El viejo financiero, Juan Ventosa Calvell, Presidente de la « Compañía de Electricidad y Gas Lebón », protestó también en la Asamblea de accionistas, « de la creciente competencia del petróleo para calefacción doméstica, substituyendo a los combustibles de producción nacional, entre ellos el gas... »

« El Economista » del 9-4-55, se refiere a los síntomas de crisis en el cemento y a las dificultades de los fabricantes catalanes, añadiendo que puede darse el caso de que « mientras se importa cemento, los fabricantes españoles no encuentren mercado para su producción ».

Y más recientemente, durante la estancia de Franco en Barcelona, el gran burgués sederero, Pich Aguilera, planteó ante Arburúa que « se han de evitar las importaciones de tejidos que vienen a competir con la producción nacional ».

Todas las cuestiones que acabamos de referir y que se están agravando de día en día no pueden dejar de influir en los medios de la burguesía contribuyendo a desarrollar y fortalecer su oposición a la política del franquismo.

## CRISIS DEL FRANQUISMO Y DESCOMPOSICION DE LA FALANGE

Con clara visión de los acontecimientos, la camarada Dolores Ibárruri señaló en el V Congreso: « La aparición en la escena política

de la « Lliga de Catalunya », aunque todavía velada y en segundo plano, muestra que la burguesía catalana, quiere de nuevo jugar su papel independiente en la política española. Y en previsión de acontecimientos inicia sus primeras actividades con una tibia oposición al régimen y con la bandera de la defensa de los intereses catalanes ».

Este es uno de los rasgos principales que caracterizan la crisis del franquismo en el momento actual. Los grupos políticos que se unieron a Falange en 1937, tratan ahora de separarse, de presentarse ante el pueblo con una política independiente.

El 17 de noviembre, quince días después que el Secretario General del Partido Comunista pronunciara las antes citadas palabras, los prohombres de la « Lliga », Presidentes y Secretarios de las Cámaras, de Comercio, de industria, urbana, minera, etc., y del Instituto Agrícola de San Isidro, encabezados por Miguel Mateu, Félix Escalas y Felipe Bertrán Güell, se presentaron ante el Gobernador de Barcelona con su conocida plataforma de reivindicaciones. « Estas peticiones —dijeron a Acedo Colunga— son el resultado de acuerdos tomados en una reunión y proyectamos la celebración de reuniones más amplias, de las asambleas que sean necesarias y de las visitas que consideremos precisas ». (Referencia dada por « La Vanguardia » del 18-11-54).

En una palabra, los representantes de la burguesía catalana reclamaron libertad para la defensa de sus intereses mediante una acción independiente. El tenor de las reivindicaciones —disminución de impuestos, dique seco, no discriminación de Cataluña en las restricciones eléctricas, electrificación del 8 catalán y libertad de comercio, entre otras— muestra que tratan de capitalizar el descontento y la lucha de las masas populares de Cataluña y servirse de éstas para sus fines. Pero pone de relieve que también en esos medios de la burguesía se hace sentir la necesidad de efectuar cambios en la situación del país. De un lado, por el temor al desbordamiento revolucionario de las masas populares; de otro lado, porque se va agudizando la contradicción entre sus intereses y la política del franquismo, entre sus intereses y la rapacidad de los imperialistas yanquis. E independientemente de sus objetivos estrechos y particularistas, la actitud de esos núcleos de la gran burguesía catalana

contribuye a minar por dentro el régimen franquista y su partido político, la Falange.

Esta visita puso de manifiesto que no sólo la clase obrera lucha poderosamente contra el franquismo, no sólo se separan de él las clases medias que en un principio pudo atraer, mas también ciertos elementos, hasta hace muy poco estrechamente vinculados con el régimen, salen ahora a la arena política fijando posiciones que los enfrentan con el franquismo.

Una demostración del alcance de esa actitud, la ofrece bien a pesar suyo el falangista Luis de Galinsoga, director de « La Vanguardia », quejándose en un editorial de este diario (13-7-55) de los ridículos resultados de la suscripción pro monumento a Calvo Sotelo e increpando: « ¿Dónde están las grandes empresas? ¿Qué hacen las poderosas entidades industriales? ¿Y los banqueros? ¿Se han volatilizado los nuevos millonarios que no solamente no escasean sino que abundan en esta España de nuestra época? »

Esta actitud contribuye a la descomposición de la Falange y a acentuar la crisis del régimen, fomentando las dificultades de los jefes por cubrir los cargos administrativos, produciéndose dimisiones de alcaldes que recuerdan, por analogía, las postrimerías de la dictadura de Primo de Rivera. Como ejemplos más importantes se pueden citar la dimisión del alcalde de Badalona el año pasado y, este año, del de Mataró, un patrono metalúrgico, que no se recataba de su hostilidad al régimen. En este último caso Acedo Colunga no encontró a ningún mataronense para encargarle de la alcaldía y nombró alcalde a un « amigo suyo » que lleva allí sólo unos años, quejándose del « individualismo » de los catalanes que no quieren cargos públicos.

Las reivindicaciones presentadas por la burguesía catalana y la forma de plantearlas sembraron la alarma entre las jerarquías del régimen y sus sostenedores extranjeros. El ejemplo de la burguesía catalana había de encontrar fuerte repercusión en el país y de ahí que se emprendieran en seguida grandes esfuerzos para calmarla, para frenar su acción. Los Ministros franquistas y el Embajador yanqui se han desplazado más frecuentemente a Barcelona y se anunció la visita de Franco a fin de buscar una « solución adecuada » a las cuestiones planteadas. Se intentó resucitar los « Consejos Económicos Sindicales

Provinciales », con el fin de integrar en la « unidad falangista » las Cámaras y demás organismos de la burguesía catalana, que utilizan para sus actividades los adversarios del régimen.

Para la sesión inaugural del Consejo Económico Sindical, se trasladó a Barcelona el propio Fernández Cuesta. Y si bien los dirigentes de la gran burguesía catalana asistieron a esa sesión, nadie, tampoco Fernández Cuesta, pudo hacerse ilusiones. Este último habló reiteradamente de la necesidad de « evitar el fracaso » y « La Vanguardia » del día siguiente comentaba en su editorial « la falta de entusiasmo » de los que asistieron a la sesión.

Con motivo de constituirse este Consejo Sindical, la burguesía catalana no monopolista manifestó de maneras diversas su disgusto por el hecho de que los hombres de la « Lliga » asistieran al mismo, acusándolos, no sin razón, de falta de decisión para enfrentarse con Falange y con el franquismo.

En este sentido resulta muy significativa la ruptura de la « Sociedad de Propietarios del Liceo » con el Patronato de los Festivales Wagner. Este Patronato formado por los hombres de la « Lliga » debía capitalizar los festivales como una manifestación de vitalidad « catalana » frente a la inepticia falangista. Era esto una especie de convenio táctico y a ello se refirió Félix Escalas en ocasión de la Feria Internacional de Muestras de Barcelona.

Pero los hombres de la « Lliga », no atreviéndose a romper con el régimen, nombraron un Patronato de Honor en el que figuraron Franco y otros jerarcas, reservando para éstos y para las autoridades yanquis de Barcelona los principales palcos y butacas del gran Teatro barcelonés. Los festivales debían repetirse la primavera próxima. Mas al reunirse en Asamblea los propietarios del Liceo, éstos decidieron romper con el Patronato de los Festivales, tratándolo de inepto y acusándolo de la sustitución de los técnicos y personal del Liceo por personal extranjero y, además, de haber hecho un mal uso de los palcos y butacas de los que ellos son propietarios.

La ruptura dió lugar a viva polémica en la prensa y provocó la disolución del Patronato. Esto prueba que se está produciendo una creciente diferenciación entre la burguesía catalana no monopolista, en la que se encuentra el mayor número de los propietarios del Liceo,

y la gran burguesía de la « Lliga ». Proceso que tiene gran importancia, pues acerca a la burguesía catalana pequeña y media hacia las posiciones del proletariado en la lucha contra el franquismo y, junto con la ebullición que existe entre las masas populares de Cataluña, obliga a los elementos de la « Lliga » a mostrarse más exigentes frente al franquismo.

Así se comprende que mientras el Gobierno franquista anunció el viaje de Franco, para apaciguar a los elementos descontentos de la gran burguesía catalana, estos elementos se dispusieron a plantearle la situación con más crudeza.

El viaje, varias veces aplazado, se realizó a fines de septiembre y Franco estuvo en Barcelona hasta el 18 de octubre. Nada más llegar, los hombres de la « Lliga » exigieron una entrevista con Franco, « mano a mano », negándose a que ésta se celebrara en presencia del Ministro de la Gobernación. Por la burguesía catalana asistieron Miguel Mateu, Ventosa Calvell, Bertrán Musitu y su hijo Felipe Bertrán Güell, el hijo del difunto Barón de Terrades y algún otro. Es decir, una comisión de grandes patronos de la metalurgia, del gas y electricidad, del caucho y productos químicos, del cemento y del textil; hombres avisados políticamente y, como dijo la camarada Dolores Ibárruri en su informe, viejos financieros catalanes agrupados en los Bancos vascos, enfrentados con el Banco Central, « advenedizo del régimen ».

Las reivindicaciones por éstos presentadas no difieren de las que otras comisiones de la burguesía catalana, que Franco no quiso recibir, donde figuraban los José Ma. Marcet, Pich Aguilera, condes de Egara y Godó, entre otros, presentaron públicamente ante los Ministros de Industria, de Comercio y de Finanzas.

Estas reivindicaciones son esencialmente: Disminución y simplificación de los impuestos; elevación del nivel de vida del pueblo español; prohibición de importar mercancías yanquis que ya existen en el país; libertad de comercio, es decir, acabar con la política de cupos y precios, tanto para los productos industriales como agrícolas, en el interior; y libertad para comerciar en el exterior con todos los países, así del Oeste como del Este.

## LA BURGUESÍA CATALANA Y NUESTRA LUCHA POR EL FRENTE NACIONAL ANTIFRANQUISTA

Las anteriores reivindicaciones han sido planteadas mucho antes por la clase obrera española y están comprendidas, en la práctica, en la plataforma de Frente Nacional propuesta a todos los partidos y fuerzas antifranquistas por el Partido Comunista de España, así como en el Programa elaborado por el V Congreso.

El hecho de que la burguesía catalana, después de muchas dudas y vacilaciones, las adopte como objetivos propios, muestra la justeza de la línea del Partido Comunista como vanguardia de la clase obrera y del pueblo en la lucha actual por los intereses de España como nación, por la independencia nacional y la democracia, por el mejoramiento radical de las condiciones de vida del pueblo español. Y es una prueba elocuente de que es muy posible ganar a la burguesía catalana como una fuerza importante del Frente Nacional Antifranquista.

El franquismo y los imperialistas yanquis harán todo cuanto puedan por impedir la unidad de las fuerzas antifranquistas.

Algunos hechos anteriores y posteriores al viaje de Franco a Cataluña demuestran que el franquismo está haciendo algunas concesiones secundarias a ese grupo de la gran burguesía catalana: El Consejo de Administración de la ENASA, del INI, ha acordado considerar « preferentes a los efectos de dividendo » las acciones del capital fundacional, es decir, del grupo burgués que encabeza Miguel Mateu. Félix Escalas ha sido nombrado Presidente de la Junta del Puerto de Barcelona y ésta ha sido autorizada a emitir obligaciones por 850 millones de pesetas. Se han concedido nuevos privilegios a la « Empresa Siderúrgica » de reciente creación en Barcelona; a la SNIACE en la que junto con el capital vasco y extranjero tienen fuertes intereses los Terrades, Godó y Egara; a la « Compañía de Gas y Electricidad », etc.

Estas concesiones pueden frenar durante algún tiempo la acción de los beneficiados por ellas, pero exasperan aún más y, por consiguiente, contribuyen a radicalizar y diferenciar mucho más a los

amplios sectores de la burguesía industrial y comercial, pequeña y media, de Cataluña, sobre la que recaen inevitablemente los efectos de los privilegios que se otorgan a los grupos de la gran burguesía capitalista.

De otra parte, las contradicciones entre los distintos grupos monopolistas no pueden dejar de agudizarse cuando la crisis y la competencia yanqui azotan con tanta fuerza a la economía española. Si Franco hace concesiones al grupo financiero de la « Lliga » tiene que hacerlas también al grupo financiero del Banco Central.

La rivalidad más fuerte entre estos dos grupos en Cataluña está en la lucha en torno a las restricciones eléctricas, por las fuentes de energía, más concretamente en este momento por la concesión de los « saltos del Ebro ». Franco acaba de resolverlo aparentemente en neutral, no otorgándolos ni a uno ni a otro, concediéndoselos al INI. Pero el grupo financiero de la « Lliga » no puede llamarse a engaño. Ya tiene su propia experiencia de que la ENHER del INI entrega toda la producción a « Fuerzas Eléctricas de Cataluña », es decir al grupo del Banco Central, en el que tienen mayor interés Franco y los imperialistas yanquis.

Las reivindicaciones, a las que nos venimos refiriendo, muestran la fuerte presión de la burguesía catalana no monopolista, ponen de relieve cómo los desengaños sufridos han roto su confianza en las promesas yanquifranquistas, cómo no se hace ninguna ilusión en la desenfrenada y demagógica campaña de la « productividad ».

¿« Productividad » con las viejas y desvencijadas máquinas de que dispone? ¿« Producir más » cuando el problema que tiene es el no saber qué hacer con su producción actual? La burguesía catalana se va dando cuenta que esto es una trampa para enfrentarla con los obreros y trabajadores en beneficio exclusivo de las grandes empresas monopolistas. Y todavía se dará más cuenta en la medida que la clase obrera y todos los trabajadores intensifiquen su lucha contra la productividad y por el aumento de los salarios.

El que la burguesía reclame como reivindicación el aumento del nivel de vida del pueblo responde a una realidad de la economía española. El mercado natural de la burguesía catalana es el mercado español y no es extraño que en todos los períodos de auge

revolucionario en España, la burguesía catalana no monopolista se haya mostrado siempre partidaria de la Reforma agraria. Este es un hecho muy positivo que la clase obrera española debe tener en cuenta en la lucha por derrocar al franquismo y por las transformaciones democráticas que hay que realizar en España.

Otra reivindicación de gran importancia es la de libertad de comercio con todos los países. El viaje de Foster Dulles a Madrid el 1 de noviembre y la entrevista de los periodistas americanos con Franco el 2 de diciembre último, ponen en evidencia la seria preocupación de los medios dirigentes de los Estados Unidos, además de por la cuestión de Marruecos, por esta reivindicación que ha planteado la burguesía.

El monopolio yanqui sobre el comercio exterior de los países capitalistas se está desmoronando rápidamente por doquier y, ahora, se levanta contra este monopolio la burguesía española que los imperialistas yanquis creían tener sometida para siempre con el pacto de septiembre de 1953.

A la pregunta de los periodistas americanos sobre si España efectúa intercambios comerciales con los países del Este, Franco tuvo que responder prudentemente que no los tiene « directos ». No podía responder de otro modo.

En los últimos tiempos varias comisiones de industriales y comerciantes españoles (catalanes y no catalanes) han visitado algunas Ferias Internacionales de los países del Este y han realizado intercambios, efectivamente no directos, a través de intermediarios.

Lo fundamental aquí es que esos viajes e intercambios, no habrían sido posibles si el régimen franquista se sintiese fuerte, si la lucha de todo el pueblo español, y en primer lugar de la clase obrera, no lo hubiese debilitado hasta el punto de descomposición en que hoy se encuentra. Esto constituye una victoria parcial de nuestro pueblo. Un éxito de la política de paz y coexistencia pacífica de la Unión Soviética. Un paso adelante de los defensores de la paz y de la independencia nacional de España frente a la política de guerra del franquismo y frente al avasallamiento de nuestra patria por los imperialistas yanquis.

La libertad de comercio exterior es una necesidad vital de España y la clase obrera, a la cabeza de todo el pueblo, lucha por intercambios comerciales directos, que liberarán a la agricultura, a la industria y al comercio españoles de los diezmos y primicias que ahora tienen que pagar a los intermediarios de otros países.

El voto favorable de la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad para el ingreso de España en la O.N.U., facilitará el fortalecimiento de esas corrientes de aire nuevo que están penetrando ya en los medios de la burguesía catalana y de toda España.

Esa actitud soviética asesta un golpe demoledor a la propaganda ideológica yanquifranquista basada en una pretendida amenaza de agresión por parte de la Unión Soviética, propaganda que tiene por objeto justificar y hacer aceptar en algunos medios la dominación de los imperialistas yanquis.

Así se simplifica grandemente la situación política interior. Resulta mucho más claro y comprensible el dilema real planteado a los españoles: ¿ Quiénes están por la independencia de España y quiénes por su avasallamiento a un poder extranjero? ¿ Quiénes están por una política de paz y amistad con todos los pueblos y, consiguientemente, por la disminución de los impuestos, por la elevación del nivel de vida del pueblo español y por la prosperidad económica del país; y quiénes por la guerra, por la agravación de los impuestos, por el hambre y la miseria de la gran mayoría del pueblo, por la agravación de la caótica crisis económica que padece España?

Todo esto pondrá también más claro ante muchos de los que, opuestos al franquismo, vacilaban todavía a unirse con la clase obrera y los comunistas, que el dilema que machaconamente ha tratado de hacerles creer Falange de « Franco o el comunismo » es un dilema falso, inventado por el franquismo para paralizar su acción.

Todo denota que la burguesía catalana intensificará su oposición al franquismo, y su lucha por reivindicaciones que son tan vitales para ella como para todo el pueblo. Las condiciones objetivas la obligan a marchar hacia posiciones que no sólo harán posible, sino necesaria también para ella la participación en un Frente Nacional Antifranquista, al lado de la clase obrera.

Mas para los comunistas, la cuestión no está en esperar, sino en luchar por que esto, que interesa fundamentalmente a toda la nación española, llegue cuanto antes.

Por ello es muy necesario tener en cuenta estas palabras de la camarada Dolores Ibárruri en su artículo « La unidad de la clase obrera, base de la victoria sobre el franquismo »: « Las diversas capas sociales no proletarias, vacilantes por naturaleza, no se reagruparán alrededor de la clase obrera y no reconocerán el papel dirigente de ésta en la lucha por la democracia, más que en la medida que la propia clase obrera aparezca unida con toda su indestructible potencia en este combate por la vida y la libertad del pueblo, por el futuro de España ».

El P. S. U. de Cataluña, partido de los comunistas catalanes que, íntima y estrechamente ligado con el Partido Comunista de España, dirige la lucha de la clase obrera y del pueblo catalanes, se esforzará sin reparar en sacrificios por hacer todo lo necesario a fin de que la clase obrera de Cataluña, parte integrante de la clase obrera única de toda España, al luchar por sus reivindicaciones económicas, refuerce también la lucha política y comprenda la importancia de ganar como aliados de la clase obrera a los importantes sectores de la burguesía catalana que no quieren hundirse con el franquismo y quieren contribuir a la democratización y al progreso de España.

# MANUEL AZCARATE

## **SOBRE ALGUNOS DE LOS FUNDAMENTOS TEORICOS DE LA POLITICA DE COEXISTENCIA**

Una de las aportaciones fundamentales de Lenin al marxismo ha sido su teoría sobre la imposibilidad de que la revolución socialista triunfe en todo el mundo a la vez. Y la posibilidad de que triunfe primero en un solo país. Esta teoría modificaba radicalmente la posición mantenida por los marxistas en el siglo XIX, en el período del capitalismo pre-monopolista.

Ya en 1905, en su folleto « Las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática », Lenin había esbozado las bases de su teoría sobre la posibilidad del triunfo del socialismo en un país aislado. Más tarde, después del estudio que realizó sobre el imperia- lismo, sobre la agudización de la desigualdad de desarrollo de los países capitalistas, sobre la profundización de las contradicciones existentes entre ellos, Lenin formuló su nueva y acabada teoría sobre la revolución socialista:

« El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordina- riamente desigual en los diversos países —escribió en 1916— ...de aquí la conclusión inmutable de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en todos los países. Empezará triun- fando en uno o en varios países, y los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o preburgueses. Esto provocará, necesariamente, no sólo rozamientos, sino incluso la tendencia abierta de la burguesía de los demás países a aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. » (Del artículo: « El programa militar de la revolución proletaria ».)

Poco después, en 1917, la Revolución de Octubre confirmaba ple- namente la previsión establecida científicamente por Lenin. La marcha de la historia desde entonces ha ratificado la justeza de la teoría de Lenin.

De la ley del desarrollo desigual de los países capitalistas; de la teoría sobre el triunfo del socialismo por separado en un solo país, dimana la tesis leninista sobre la necesidad de una coexistencia prolongada, durante un período histórico, entre los dos sistemas, el socialista y el capitalista.

La coexistencia no está determinada por las simpatías o las preferencias de tales o cuales políticos o diplomáticos. Está impuesta por el curso de la historia, por las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad.

### ALGUNOS RECUERDOS HISTORICOS.

En el período histórico durante el cual el socialismo sólo ha triunfado en un país, o en varios países, ¿cuál debe ser la política del Estado, o de los Estados socialistas, en relación con los Estados donde impera aún el régimen capitalista?

La respuesta a esta pregunta está escrita en toda la trayectoria de la política exterior de la U.R.S.S., política cuyos cimientos han sido establecidos por Lenin. La base de principio de la política inalterable de paz de la U.R.S.S. radica en la tesis leninista de que es posible, necesaria, inevitable, una coexistencia pacífica prolongada entre el socialismo y el capitalismo, entre los Estados socialistas y los Estados capitalistas.

Al día siguiente de haber triunfado la Revolución Socialista en la ciudad que entonces se llamaba Petrogrado, y hoy ostenta el nombre de Lenin, éste declaraba ante el II Congreso de los Soviets:

« Rechazamos todas las cláusulas de bandidaje y de violencia, pero aceptamos y no podemos rechazar **TODAS LAS CLÁUSULAS QUE ESTABLEZCAN RELACIONES DE BUENA VE- CINDAD Y ACUERDOS ECONOMICOS.** » (El subrayado es mío.-M.A.)

Claramente se estampa en ese planteamiento la política de coexistencia pacífica, a la que la U.R.S.S. ha permanecido constantemente fiel.

En 1920, cuando aún los ejércitos de los imperialistas combatían en el territorio soviético por aplastar al naciente Estado socialista, Lenin

declaraba en una entrevista a un periódico americano: « Que los capitalistas norteamericanos no nos toquen. Nosotros no les tocaremos. »

En 1922, en una nota dirigida a los gobiernos de Inglaterra, Francia e Italia, el gobierno soviético decía: « El gobierno ruso no tiene la más mínima ilusión en cuanto a las diferencias fundamentales existentes entre el régimen político y económico de las Repúblicas soviéticas y el de los Estados burgueses; pero sin embargo cree absolutamente en la posibilidad de concluir un acuerdo que conduzca a una colaboración fructuosa entre ellos en el terreno económico... »

La derrota de los intervencionistas extranjeros, la victoria del Ejército Rojo, obligaron a los países capitalistas a aceptar la coexistencia pacífica con el primer Estado socialista del mundo. Se trabaron relaciones comerciales entre varios Estados capitalistas y la U.R.S.S.

« Existe una fuerza —decía Lenin— mayor que el deseo, la voluntad y la decisión de cualquiera de los Gobiernos o de las clases hostiles; esa fuerza son las relaciones económicas mundiales, generales, que les obligan a emprender este camino de las relaciones con nosotros. » (Obras en ruso, tomo 33, pág. 129.)

Unos antes, otros después, los países capitalistas, en su gran mayoría, establecieron relaciones diplomáticas con la U.R.S.S. Los EE.UU. no lo hicieron hasta 1934. Pero tuvieron que deponer su actitud de « no-reconocimiento » de la U.R.S.S. por la propia fuerza de los hechos.

## COEXISTENCIA Y CONTRADICCIONES INTERIMPERIALISTAS.

Al establecer relaciones con la U.R.S.S., las potencias imperialistas no por ello renunciaban a sus propósitos de agresión contra el primer Estado socialista.

Ahora bien, hay un factor que desempeña un papel primordial en relación con el desarrollo de la política de coexistencia pacífica: el imperialismo no es una fuerza homogénea; en su seno existen grandes contradicciones entre diferentes países y grupos imperialistas, las cuales en ciertos casos han predominado, en la práctica, sobre la contradicción entre el socialismo y el capitalismo. Tal ocurrió en la 2ª. guerra mundial.

Lenin y Stalin han mostrado que existen dos tendencias en la actitud de la burguesía hacia la Unión Soviética. De una parte, la tendencia al bloqueo económico, a la agresión y a la guerra contra la U.R.S.S. De otra parte, existe la tendencia a establecer relaciones económicas con la U.R.S.S. En la actualidad, por ejemplo, algunos círculos burgueses de ciertos países europeos comprenden que no pueden liberarse del yugo de los EE.UU. sin establecer relaciones comerciales con la U.R.S.S. y los países de democracia popular. Tal fenómeno se percibe hoy en nuestro país en la actitud de sectores burgueses que quieren comerciar con la U.R.S.S. y que se oponen a la política, ferozmente antisoviética, de la camarilla franquista.

Por otro lado, los capitalistas, por mucho que hablen con fines propagandísticos de la « agresividad » soviética, saben que eso es falso, saben que la U.R.S.S. no atacará jamás a los países capitalistas. No pueden tampoco olvidar el hecho de que la política exterior de la U.R.S.S. cuenta con el apoyo de todos los pueblos del mundo. La experiencia les demuestra asimismo que la guerra contra la U.R.S.S. es la más peligrosa de las guerras para el capitalismo. Esos factores, entre otros, engendran la tendencia a mantener relaciones pacíficas con la U.R.S.S. y los países de democracia popular.

En su indismayable lucha por la paz, contra las agresiones y las guerras, la U.R.S.S. tiene en cuenta la existencia de esas dos tendencias por parte de la burguesía.

« La lucha de dos tendencias en las relaciones entre el mundo capitalista y la U.R.S.S. —ha dicho Stalin en 1927— ...es, en vista de ello, lo fundamental en el sistema de nuestras relaciones exteriores en el presente ».

Y agregaba: « Por eso, el mantenimiento de relaciones pacíficas con los países capitalistas es para nosotros una tarea obligatoria. La base de nuestras relaciones con los países capitalistas consiste en admitir la coexistencia de los dos sistemas opuestos. La práctica ha justificado enteramente este principio. »  
(Obras - Tomo 10. pág. 304 y 306.)

Como acabamos de ver, son de diversa índole los factores que engendran la tendencia al mantenimiento de relaciones pacíficas con la U.R.S.S. La existencia de esos factores no dimana intrínsecamente del régimen interior que existe en tal o cual país capitalista. Esos

factores han actuado, y actúan, incluso en los países donde gobiernan las fuerzas más reaccionarias, si bien la política de un régimen dado favorece u obstaculiza la acción de esos factores.

La política de coexistencia de la U.R.S.S., por tanto, no puede determinarse en función del régimen interior que impera en este o el otro país. La U.R.S.S. se ha esforzado siempre, y se esfuerza, por mantener relaciones comerciales y diplomáticas, con los países capitalistas, independientemente del sistema de gobierno que impera en esos países.

Si por consideraciones ideológicas, la U.R.S.S. no actuase de esa forma; si, por ejemplo, rompiese sus relaciones con un país a causa de su régimen interior, ello significaría por su parte renunciar a utilizar plenamente las contradicciones interimperialistas en defensa de la causa de la paz, en defensa por lo tanto de los intereses de todos los pueblos del mundo. Ello significaría, objetivamente, facilitar las maniobras de las fuerzas más agresivas, partidarias de la agresión anti-soviética, de precipitar al mundo en una nueva hecatombe.

Stalin ha demostrado con toda claridad que el problema del régimen interior no es el determinante en orden a la posibilidad del desarrollo de la coexistencia pacífica. En su conversación con Stassen, en 1947, dijo lo siguiente:

« Los sistemas económicos de Alemania y de EE.UU. eran idénticos, y sin embargo la guerra ha estallado entre esos dos países. Los sistemas económicos de los EE.UU. y de la U.R.S.S. difieren. Y sin embargo, no han estado en guerra, sino que han cooperado durante la guerra... Es evidente que, si hay deseo de cooperar, la cooperación es completamente posible entre sistemas económicos diferentes. »

## **INDEPENDIENTEMENTE DEL REGIMEN INTERIOR.**

La U.R.S.S. ha tenido y tiene relaciones normales lo mismo con Estados monárquicos que con Estados republicanos, parlamentarios y dictatoriales, democrático-burgueses y fascistas; con los Estados donde los comunistas tienen vida legal, y con los Estados donde los comunistas se hallan en la ilegalidad.

Para mantener relaciones diplomáticas y comerciales con los países capitalistas, la U.R.S.S. jamás les ha impuesto condiciones en cuanto a su régimen político interior.

La U.R.S.S. ha aplicado así escrupulosamente el principio de la no-ingerencia en los asuntos internos de otros países, el cual es un corolario de la política de coexistencia pacífica.

Por causas de índole muy diversa, según los casos, las relaciones entre la U.R.S.S. y un país capitalista dado, pueden ser más o menos estrechas, más o menos fructíferas.

Más conviene subrayar, por ejemplo, el caso siguiente: con un Estado monárquico, y con fuertes restos feudales, como el Afganistán, la U.R.S.S. mantiene relaciones muy amistosas y cordiales.

Cuando después del acceso de Hitler al poder, algunos sectores alemanes reprocharon a la U.R.S.S. que modificaba su política a causa de la instauración de un gobierno fascista en Alemania, Stalin respondió:

« Esto no es cierto. Naturalmente está muy lejos de entusiasmarlos el régimen fascista de Alemania. Pero no se trata aquí del fascismo, por la sencilla razón de que el fascismo en Italia, por ejemplo, no ha impedido a la U.R.S.S. establecer las mejores relaciones con dicho país. »

El mantenimiento de relaciones comerciales y diplomáticas con un país dado no significa en absoluto, ni apoyo a su régimen interior, ni simpatía por su política, ni cosa que se le parezca.

La U.R.S.S. mantuvo, hasta que fué agredida, relaciones diplomáticas con la Alemania y la Italia fascistas. Mas al mismo tiempo, la U.R.S.S. luchó con todas sus fuerzas por crear un sistema eficaz de seguridad colectiva que hubiese atado las manos a los agresores fascistas. La U.R.S.S. ayudó con una generosidad sin precedente al pueblo español, víctima de la agresión fascista. Los que contribuyeron activamente a la derrota del pueblo español, los que impidieron el levantamiento de una barrera eficaz frente a las agresiones fascistas, fueron las potencias imperialistas llamadas « democráticas ». Su política de no-intervención tendía a dejar las manos libres a los agresores fascistas, con la vana ilusión de canalizar la agresión hacia el Este,

contra la U.R.S.S. Todo el mundo sabe a qué resultados nefastos ha conducido esa política criminal.

La U.R.S.S. mantiene hoy relaciones diplomáticas con numerosos países capitalistas, por cuyo régimen no tiene nada que se parezca a la simpatía, sino todo lo contrario; cuya política desapruueba y condena, y contra la cual lucha en diversos terrenos políticos, en la O.N.U. y de otras formas. Precisamente una de las vías para combatir la política de los Estados que sabotean la causa de la paz, es la de las relaciones diplomáticas. De tales situaciones está hoy repleta la vida internacional.

Para consolidar la paz, para buscar soluciones pacíficas concertadas a los problemas pendientes, para lograr nuevos pasos en el camino de la distensión, para trabajar en pro del desarme, de la prohibición de las armas atómicas, de un sistema de seguridad colectiva europea, etc., la U.R.S.S. está interesada en que haya relaciones normales entre los diversos Estados que existen en el mundo, independientemente de su régimen interior.

Por el contrario, los círculos más agresivos del imperialismo intentan colocar muros entre unos y otros Estados. Se empeñan en desconocer las realidades históricas más fundamentales de nuestro tiempo y, por ejemplo, no reconocer a la nueva China, le niegan su puesto en la O.N.U., impiden un comercio normal entre los Estados socialistas y los Estados capitalistas...

Tales prácticas discriminatorias sólo pueden servir para agravar la tensión, para sembrar la desconfianza en las relaciones internacionales, para impedir que muchos problemas se resuelvan... De ello sólo se benefician los grandes magnates financieros interesados en la carrera de armamentos, en la guerra. En tal actitud se refleja el miedo de las fuerzas caducas a mirar cara a cara la nueva faz que está adquiriendo el mundo, a aceptar las gigantescas transformaciones que en él se han operado.

## COEXISTENCIA Y VICTORIA DEL SOCIALISMO.

Algunos políticos burgueses afirman que hay una contradicción entre la política de coexistencia pacífica, y los principios revolucionarios del marxismo. Dicen que la U.R.S.S. no puede ser sincera en su

defensa de la coexistencia, puesto que los dirigentes soviéticos proclaman su confianza en la victoria del comunismo en todo el mundo.

Tal opinión se basa, por lo menos, en una ignorancia supina de lo que son los principios marxistas, y también de lo que representa la coexistencia pacífica.

Si el marxismo preconizase la « exportación de la revolución », entonces se podría hablar de esa « contradicción » que algunos políticos burgueses denuncian. Pero resulta que ocurre todo lo contrario. Resulta que la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo rechaza toda « exportación de la revolución ».

« Hay gentes —ha escrito Lenin— que piensan que la revolución puede nacer en un país extranjero por encargo... esas gentes son o locos o provocadores. »

Y efectivamente, los elementos que después de Octubre preconizaban, con una careta « izquierdista », que la revolución fuese « exportada » a punta de bayoneta, fueron desenmascarados luego como agentes del imperialismo.

Hoy, toda persona con dos dedos de frente comprende que si la U.R.S.S. hubiese marchado por la vía preconizada por esos provocadores, hubiese sido aplastada. El movimiento revolucionario y progresivo en todo el mundo hubiese recibido un golpe terrible. Sólo se hubiese beneficiado el imperialismo.

La U.R.S.S. ha marchado por la vía leninista de la edificación del socialismo en el país donde había triunfado la revolución, por la vía de la coexistencia pacífica entre el primer Estado socialista y el mundo capitalista. La U.R.S.S., al mismo tiempo, ha aplastado con la máxima energía todas las agresiones imperialistas contra su territorio.

El último y más importante caso es la derrota de los agresores hitlerianos. Esta fué también una grave derrota para el régimen franquista, creado con la ayuda directa del hitlerismo. La política de sanciones contra el régimen franquista que durante años ha aplicado la Unión Soviética, apoyándose en los acuerdos de Potsdam, se basó precisamente en que el Estado franquista formó parte, en la práctica, de la coalición hitleriana, participó en la agresión a la Unión Soviética, no en el carácter fascista de este Estado. La actitud de las potencias imperialistas, incluyendo a Franco en su sistema agresivo, anulaba en

la práctica los acuerdos de Potsdam y de la O.N.U. haciendo inoperante e ineficaz la continuación de aquella política por la Unión Soviética.

¿Y cuál ha sido el resultado de esa política de coexistencia y de castigo a los agresores? A la vista de todos está. Hoy más de un tercio de la humanidad se ha liberado del imperialismo y avanza por la ruta esplendorosa del socialismo. Las fuerzas partidarias de la paz y de la coexistencia pacífica son infinitamente más fuertes que lo han sido nunca. El sistema colonial se derrumba irremisiblemente. Y los principales países que han sacudido el yugo colonial, como la India, Birmania, Indonesia, Afganistán, etc., se colocan al lado de los Estados socialistas para defender juntos la coexistencia pacífica, para fomentar la cooperación económica y cultural entre el socialismo y el capitalismo, para luchar en defensa de la paz.

Los políticos burgueses que hablan de incompatibilidad entre triunfo del socialismo y la coexistencia, interpretan ésta como una receta para estancar la historia humana precisamente en la fase concreta en la que actualmente se halla.

Tal concepción es irreal, anticientífica, absurda.

La coexistencia pacífica no puede eliminar la lucha entre el capitalismo y el socialismo, entre lo que nace y se fortalece, y lo que está caduco y condenado a perecer. Esa lucha no puede desaparecer lo mismo que el sol no puede dejar de salir todas las mañanas.

Pero esa lucha, en el terreno de las relaciones internacionales, puede desarrollarse en la etapa actual por un camino que no sea el de la guerra. Puede desarrollarse mediante una competencia pacífica entre los dos sistemas en pugna. Que así sea interesa, no sólo a las fuerzas revolucionarias partidarias del socialismo, sino a todos los que quieren evitar a la humanidad los horrores de una nueva guerra.

« Todos nosotros —ha dicho Jruschev en una conversación con varios periodistas americanos el 5 de febrero de 1955— vivimos en un planeta, y no hay otro lugar al que podamos ir... La posición actual es que dos sistemas existen simultáneamente en el mundo. Ustedes lo atribuyen sin duda a la voluntad divina. Nosotros consideramos que es el resultado del desarrollo histórico. Ustedes creen que el capitalismo es inmutable,

que el futuro ha de ser del sistema capitalista. Nosotros, por nuestra parte, creemos que el comunismo es invencible y que el futuro será del sistema comunista. Estos son dos puntos de vista antitéticos.

¿Cual es la salida? Ciertas mentes calenturientas ven la salida en la guerra. Pero eso es estúpido. Siguiendo las enseñanzas del gran Lenin, nosotros preconizamos una coexistencia pacífica prolongada de los dos sistemas, es decir, consideramos, y siempre hemos considerado, que los dos sistemas pueden vivir juntos sin hacerse la guerra el uno al otro. Si se pregunta cuanto tiempo durará esta coexistencia, hay que decir que ello dependerá de las condiciones históricas, del desarrollo histórico. En opinión del pueblo soviético, ninguna nación puede imponer a otra su sistema político. »

Es evidente que en el curso del desarrollo histórico, las lacras inherentes al régimen capitalista hacen que éste se debilite y se descomponga. En cambio, el socialismo se fortalece a un ritmo creciente. Florecen las economías de los países socialistas, asegurando a los hombres un nivel de vida cada vez más elevados. ¡Con qué fuerza aparece el contraste, por ejemplo, entre las órdenes del gobierno yanqui para reducir la superficie cultivada en EE.UU., y las perspectivas grandiosas del nuevo Plan Quinquenal soviético, que anuncia un auge gigantesco de las fuerzas productivas!

Nada ni nadie puede impedir que se afirme más y más palpablemente la superioridad del socialismo sobre el capitalismo. El proceso histórico que conduce a la victoria del socialismo en todo el mundo, a la desaparición del capitalismo, es irreversible. Si los imperialistas desencadenasen una nueva guerra, causarían enormes sufrimientos a la humanidad. Pero no desaparecería la civilización humana. El que desaparecería, es el putrefacto sistema capitalista. Todos los caminos conducen hoy al comunismo.

En el marco de la competencia pacífica entre los dos sistemas, los triunfos de la U.R.S.S. no pueden dejar de contribuir al crecimiento de las fuerzas progresivas y revolucionarias en todos los países. Ello no se debe a ninguna « ingerencia extranjera », a ninguna « inmixión de la U.R.S.S. ». Se debe a la acción de las leyes objetivas del desarrollo social. El propio imperialismo en descomposición, al profun-

dizar las contradicciones de clase, hace que las premisas objetivas y subjetivas de la transformación socialista estén madurando en el interior de cada país. Ya decían Marx y Engels en el « Manifiesto del Partido Comunista »: « Ante todo, la burguesía produce sus propios enterradores. »

Las ideas pasan las fronteras sin visados. Las ideas del socialismo, encarnadas hoy en las maravillosas realizaciones de la U.R.S.S., de China, y de los otros países socialistas, se apoderan de las masas oprimidas en los países capitalistas, les indican el camino de su liberación.

En sus 38 años de vida, la U.R.S.S. ha basado su política exterior en los principios leninistas de la coexistencia pacífica. Ha defendido así, no sólo los intereses del pueblo soviético, sino de todos los pueblos del mundo. Y concretamente, los intereses del pueblo español.

Esos principios constituyen hoy la base común en la que descansa la política exterior de todos los países del campo de la paz y del socialismo.

En las presentes condiciones de España, las fuerzas democráticas y revolucionarias, todas las fuerzas nacionales, están interesadas en el establecimiento de relaciones normales con la U.R.S.S. y todos los países socialistas. El voto de la U.R.S.S. en la O.N.U. abre perspectivas en ese sentido. Tales relaciones favorecerían un mejor conocimiento de lo que es la U.R.S.S., de los progresos logrados en China y en otros países, etc. Serían un golpe para el anticomunismo rabioso, que es uno de los pilares de la política franquista.

En su programa, aprobado en el V Congreso en 1954, el Partido Comunista pide el restablecimiento de relaciones normales con la Unión Soviética, la República Popular China, los países de democracia popular. La lucha por lograr ese objetivo cobra hoy una creciente importancia para todas las fuerzas democráticas y patriotas de nuestro país.

# **EL CINCUENTENARIO DE LA PRIMERA REVOLUCION RUSA (TESIS)**

Los pueblos de la Unión Soviética y toda la humanidad progresiva celebran este año el glorioso cincuentenario de la revolución rusa.

La revolución de 1905-1907 en Rusia ha sido la primera revolución popular de la época del imperialismo. La revolución de 1905-1907, que representa todo un período histórico de la vida de los pueblos de nuestro país y del Partido Comunista de la Unión Soviética, ha sido una etapa importante en la lucha de los obreros y de los campesinos de Rusia por su liberación social y nacional. En el curso de toda la revolución, los obreros y los campesinos de Ucrania, de Bielorrusia, de Polonia, de los países bálticos, de Transcaucasia, de Asia central, y de los otros territorios de la periferia de la Rusia zarista han llevado a cabo, hombro con hombro con el proletariado y el campesinado rusos, una lucha heroica contra sus enemigos comunes: el zarismo y los grandes terratenientes.

El proletariado ha sido el dirigente y la fuerza motriz principal de la revolución. Agrupando en torno suyo a las masas campesinas, la clase obrera de Rusia, en el curso de los combates revolucionarios de 1905-1907, ha establecido los cimientos de su alianza con el campesinado, ha creado la fuerza social que, en 1917, ha derrocado el poder de los grandes terratenientes y de los capitalistas y abierto la vía del socialismo a los pueblos de nuestro país.

La vanguardia de combate de la clase obrera de Rusia, el Partido Comunista, el Partido de nuevo tipo, el partido verdaderamente marxista creado por el gran Lenin, ha estado a la cabeza del pueblo revolucionario.

La revolución de 1905-1907 ha sido una gran escuela de educación política de las masas; ha despertado a la vida política y a la lucha a millones de obreros y campesinos y ha ofrecido ejemplos heroicos de

lucha revolucionaria, ejemplos que han servido de base para la educación de las masas trabajadoras, no sólo de Rusia, sino de otros numerosos países del mundo, y que ha sido seguida por ellos. La primera revolución rusa ha abierto una nueva página en la historia mundial: la época de las conmociones políticas y tempestades revolucionarias más profundas; ha marcado el principio de un auge del movimiento obrero en Europa y del movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos de Asia.

La primera revolución rusa ha sacudido hasta en sus cimientos el régimen de la autocracia zarista y ha asestado un duro golpe a la dominación de los grandes terratenientes y capitalistas. A pesar de la derrota, la experiencia acumulada en el curso de la revolución de 1905-1907 ha ayudado a la clase obrera y al campesinado más pobre de nuestro país a conseguir la victoria en la gran Revolución socialista de octubre. « Sin la « repetición general » de 1905, ha escrito Lenin, la victoria de la Revolución de octubre de 1917 hubiese sido imposible » (Obras, tomo 31, página 11 — edición rusa.)

1. — A finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, el viejo capitalismo premonopolista ha sido reemplazado por el capitalismo monopolista, por el imperialismo, cuyo desarrollo está caracterizado por la putrefacción y la decadencia creciente del sistema capitalista y por la agravación de las contradicciones sociales y políticas.

A principios del siglo XX, la Rusia zarista era el punto crucial de todas las contradicciones del imperialismo, el país donde eran más favorables las condiciones para la realización de la revolución democrático-burguesa, popular, que más tarde iba a transformarse en revolución socialista. Eso estaba condicionado por el desarrollo social, económico y político de Rusia.

En Rusia, al capitalismo monopolista se añadían las supervivencias más fuertes de la servidumbre en la economía y el régimen político. Las principales supervivencias eran la autocracia zarista y la gran propiedad terrateniente.

Las supervivencias de la servidumbre hacían sentir su influencia en todo el régimen social de Rusia. Engendraban las formas más

féroces e inhumanas de la explotación capitalista del proletariado, condenaban a las privaciones, a la ruina y a la miseria permanentes al campesinado que constituía la mayoría de la población del país. La opresión de los grandes terratenientes y capitalistas era agravada por el poder arbitrario de la autocracia zarista que ahogaba todo lo que era vivo y progresivo. Los obreros y los campesinos no gozaban de ningún derecho político.

Las relaciones de producción semi-esclavistas, la omnipotencia de los grandes terratenientes reaccionarios que actuaban en alianza con la alta finanza, frenaban el desarrollo de las fuerzas productivas del país, el progreso de la ciencia, de la técnica, de la cultura, y reforzaban la dependencia de Rusia con respecto al capital extranjero que había acaparado posiciones clave en las ramas más importantes de la industria.

El zarismo llevaba a cabo una política de opresión brutal de los pueblos no rusos de Rusia, una política de rusificación forzosa de esos pueblos, de ahogo de su cultura nacional. El gobierno zarista atizaba la hostilidad y el odio nacional entre los pueblos, excitaba a los pueblos unos contra otros. Las masas trabajadoras de los pueblos no rusos estaban sometidas a una doble opresión: la de sus propios terratenientes y sus propios capitalistas, y la de los terratenientes y capitalistas rusos.

La combinación de todas esas formas de opresión: opresión de los grandes terratenientes, opresión de los capitalistas, opresión nacional, junto al despotismo político de la autocracia, hacía intolerable la situación de las masas populares y daba a las contradicciones sociales una agudeza y una profundidad particulares. Las necesidades fundamentales del desarrollo social del país, los intereses más vitales de los pueblos de Rusia, exigían imperiosamente la destrucción del régimen existente y el derrocamiento de la monarquía zarista. Sólo se podían resolver esas tareas históricas por la revolución democrático-burguesa, popular.

2. — A diferencia de las revoluciones burguesas de los siglos XVII, XVIII y XIX en Occidente, es el proletariado, la clase más revolucionaria de la sociedad contemporánea, el que en Rusia era la fuerza dirigente de la revolución democrático-burguesa. La clase obrera

estaba profundamente interesada en la victoria de esta revolución, porque sólo por esa vía podía obtener las libertades democráticas, consolidar sus organizaciones, adquirir la experiencia y la práctica de la dirección de las masas trabajadoras, y llevar a cabo la lucha por la conquista del poder político.

Las altas cualidades revolucionarias del proletariado de Rusia eran consecuencia de las particularidades de su formación y de su desarrollo. La concentración de grandes masas de obreros en las grandes empresas contribuía a la elevación de la conciencia y de la organización del proletariado. Su fuerza residía asimismo en el amplio apoyo que le prestaban las capas semi-proletarias de la población de la ciudad y del campo. Importantes destacamentos del proletariado se habían constituido en los territorios nacionales de la periferia de Rusia (Ucrania, Países bálticos, Cáucaso, etc.).

Desde finales del siglo XIX, el movimiento obrero se había transformado en un factor importante de la vida política del país. En el curso de las huelgas y acciones políticas de masa, la clase obrera de Rusia adquiría la experiencia de la lucha revolucionaria contra el zarismo y el capitalismo.

El proletariado de Rusia tenía un aliado natural para la revolución en los millones de campesinos. La gran propiedad terrateniente constituía la base económica de todas las supervivencias de la servidumbre, y por ello, la cuestión campesina, la cuestión agraria, estaba en el centro de la revolución democrático-burguesa en Rusia. Los intereses fundamentales del campesinado hacían de éste el aliado del proletariado y le empujaban a favorecer un cambio democrático radical. No se podía abolir la gran propiedad terrateniente y conquistar las libertades democráticas más que por la vía revolucionaria. La revolución rusa era una revolución campesina pero no podía vencer más que si el proletariado se colocaba al frente del campesinado y arrastraba a éste detrás de sí.

Asustada por el auge del movimiento obrero y ligada por múltiples lazos a los grandes terratenientes reaccionarios y al zarismo, la burguesía no quería la victoria de la revolución democrática, ni la liquidación del zarismo y de todas las supervivencias de la servidumbre.

El papel dirigente (la hegemonía) del proletariado, la transformación del campesinado, de reserva de la burguesía, en reserva del

proletariado, tal era la diferencia fundamental entre las revoluciones democráticas de la nueva época imperialista y las revoluciones de la época del capitalismo premonopolista.

El derrocamiento del zarismo, cuyos intereses estaban indisolublemente ligados a los del imperialismo occidental, debía inevitablemente sacudir hasta en sus cimientos, al sistema imperialista.

3. — A principios de siglo, la situación revolucionaria maduraba rápidamente en Rusia. La crisis industrial, el paro en las ciudades y el hambre en el campo, agravaban seriamente la situación de las masas trabajadoras.

El proletariado pasa de las huelgas económicas a las huelgas políticas y a las manifestaciones de calle que se desarrollaban bajo la consigna de « ¡Abajo la autocracia zarista! ». El movimiento obrero ejerce una influencia revolucionaria sobre el campesinado. En 1902, tienen lugar acciones de masa del campesinado contra los grandes terratenientes en las provincias de Poltava y de Jarkov, y en la cuenca del Volga.

La aproximación de la revolución planteaba con una agudeza particular la cuestión de la dirección de la lucha de las masas. La creación del partido proletario revolucionario, sobre los principios ideológicos y sobre los principios de organización elaborados por V. Lenin, y adoptados por el II Congreso del P.O.S.D.R. (1903), revestía una inmensa importancia para los destinos del movimiento obrero. Los bolcheviques fueron hacia las gigantescas batallas de clase armados de un programa marxista que expresaba, tanto las tareas inmediatas del proletariado en la revolución democrático-burguesa, como sus tareas fundamentales con vistas a la victoria de la revolución socialista y a la instauración de la dictadura de la clase obrera.

En la lucha contra los mencheviques oportunistas, Lenin y los bolcheviques dirigidos por él, edificaban un partido revolucionario, fuerte por su unidad, su disciplina férrea, su intransigencia hacia los enemigos de la clase obrera, un partido capaz de unir a millones de trabajadores en un potente ejército revolucionario.

Todo el curso del desarrollo histórico ponía al proletariado de Rusia, dirigido por el partido marxista revolucionario, a la vanguardia del movimiento obrero internacional. El centro del movimiento revolucionario mundial se desplazaba hacia Rusia.

4. — La guerra ruso-japonesa de 1904-1905, una de las primeras guerras de la época del imperialismo, ha acelerado el desencadenamiento de la revolución en Rusia. Esta guerra era el resultado de la agravación de las contradicciones imperialistas y del choque de intereses de las grandes potencias que aspiraban a la conquista de Corea, al reparto de China y al establecimiento de su dominación en la región del Pacífico. La guerra ha puesto al descubierto la podredumbre de la organización militar y de todo el régimen estatal de la Rusia zarista, ha provocado el profundo descontento y la profunda indignación de las masas.

El auge constante del movimiento obrero, el desarrollo de tendencias hostiles a la guerra en el país, la división en el campo gobernante ponían de manifiesto que Rusia había entrado en una fase de profunda crisis revolucionaria.

Los acontecimientos del 9 (22) de enero de 1905 representaron el principio de la revolución. Ese día, una manifestación pacífica de obreros, que se dirigían a visitar al zar, llevando una petición en favor de sus reivindicaciones, fué ametrallada en Petersburgo. Más de un millar de obreros fueron muertos, varios millares heridos. Con esta represión sangrienta, el gobierno zarista esperaba poder intimidar a las masas obreras y campesinas y contener el auge del movimiento revolucionario en el país. Pero lo que esa medida feroz hizo desaparecer, fué la ingenua fe del pueblo en el « padrecito, el zar ». El proletariado aprendió una lección de guerra civil. Las capas más atrasadas de los obreros empezaron a comprender que no podían conquistar sus derechos más que por la lucha revolucionaria. « La educación revolucionaria del proletariado, ha escrito V. Lenin, ha hecho, en el espacio de un día, más progresos que los que hubiese podido hacer en meses y años de existencia monótona, gris y sumisa ». (Obras, tomo 8, pág. 77 —edición rusa).

El « Domingo sangriento » del 9 de enero de 1905 ha sido el punto de partida de un potente auge del movimiento revolucionario. Las huelgas de protesta se extienden por todo el país. La clase obrera de toda Rusia hace suya la divisa del proletariado petersburgués « ¡La muerte o la libertad! ». Durante los meses de enero, febrero y marzo de 1905, nada más que en la industria, 810.000 obreros hacen huelga, o sea, dos veces más que durante los diez años precedentes.

El campesinado se levanta siguiendo a la clase obrera. El estado de espíritu revolucionario gana a la juventud estudiantil y a los intelectuales demócratas. Desde su principio, la revolución toma un carácter popular general.

El proletariado internacional, las personalidades progresivas de la vida pública de los países capitalistas de Occidente, intervienen para sostener al pueblo ruso y protestar contra las atrocidades sangrientas del zarismo.

5. — El auge creciente de la revolución popular exigía del partido proletario que ejerciese una dirección política justa y firme de la lucha revolucionaria de las masas. Pero, como consecuencia de los actos de división de los mencheviques, el P.O.S.D.R. no estaba unido, estaba dividido en dos fracciones, los bolcheviques y los mencheviques. Los bolcheviques y los mencheviques apreciaban diferentemente el carácter, las fuerzas motrices de la revolución y las tareas del proletariado en la revolución, tenían conceptos diferentes de la estrategia y de la táctica del partido.

Lenin y los bolcheviques veían una salida a la situación que se había creado dentro del P.O.S.D.R. en la convocatoria inmediata del III Congreso ordinario del partido. El congreso debía poner fin al oportunismo de los mencheviques en las cuestiones de organización y en las cuestiones tácticas y elaborar una táctica única del proletariado en la revolución democrática.

El III Congreso del P.O.S.D.R., que tuvo lugar en abril de 1905 en Londres, ha definido las tareas del proletariado como guía de la revolución y ha trazado el plan estratégico del partido para la primera etapa de la revolución: el proletariado, aliado al campesinado, aislando a la burguesía, debe llevar a cabo la lucha por la victoria de la revolución democrático-burguesa.

El Congreso ha elaborado la táctica marxista revolucionaria del partido, ha reconocido como tarea principal del partido y de la clase obrera el paso de las huelgas políticas de masa a la insurrección armada y ha indicado la necesidad de preparar ésta prácticamente. El congreso ha llamado a las organizaciones del partido a sostener al movimiento campesino y a crear comités campesinos revolucionarios en el campo. Las decisiones del III Congreso han sido acogidas por

la mayoría de las organizaciones del partido como un programa combativo de lucha por la victoria de la revolución democrática y han servido de base a toda la actividad práctica del partido.

6. — Las decisiones del III Congreso, el plan estratégico y la línea táctica de los bolcheviques en la revolución, han sido expuestos de una forma general, desde el punto de vista teórico, en el libro de V. Lenin « Dos tácticas de la social-democracia en la revolución democrática », publicado en julio de 1905.

Por primera vez en la historia del marxismo V. Lenin ha elaborado la cuestión de las particularidades de la revolución democrático-burguesa en la época del imperialismo, de sus fuerzas motrices y de sus perspectivas. A partir del análisis científico del desarrollo social, económico y político de Rusia, y de la experiencia del movimiento revolucionario mundial, V. Lenin ha dado una base teórica a la idea de la hegemonía del proletariado en la revolución democrático-burguesa, idea sobre la cual han sido fundadas la estrategia y la táctica del partido comunista. Al mismo tiempo, V. Lenin ha sometido a una crítica aplastante los conceptos oportunistas de los mencheviques que tendían a asegurar la hegemonía de la burguesía liberal en la revolución, a sustituir la revolución con pequeñas reformas, a hacer fracasar la revolución, y a mantener el régimen de la autocracia y de los grandes terratenientes. Ha revelado el papel contrarrevolucionario de la burguesía liberal y ha mostrado que aspiraba a un entendimiento con las fuerzas más reaccionarias, a la colusión con el zarismo.

V. Lenin ha elaborado minuciosamente la idea de la alianza de la clase obrera y del campesinado, en la cual el proletariado juega el papel dirigente, mostrando que esta alianza es la condición sine qua non de la victoria de la revolución popular.

La idea de Lenin sobre la alianza de la clase obrera y del campesinado ha trazado la línea de demarcación entre la táctica bolchevique revolucionaria y la táctica menchevique oportunista.

La obra de Lenin ha justificado profundamente las vías y los medios de la lucha de los trabajadores por la victoria de la revolución. Lenin ha demostrado que la huelga política de masa es un potente medio revolucionario de movilización de las masas, el medio para arrastrarlas a la lucha abierta contra el zarismo. Apoyándose en la

experiencia de la Comuna de París, ha llegado a la conclusión de que la insurrección armada del pueblo constituía el medio más importante para derrocar el zarismo y conquistar la República democrática. Después de la muerte de Marx y Engels, Lenin ha planteado por primera vez, como una tarea práctica, la cuestión de la organización de la insurrección armada. A la realización de esta tarea ha sido consagrada toda la actividad del partido durante la revolución.

Lenin ha demostrado que una revolución democrático-burguesa victoriosa, en la cual el proletariado es el dirigente y la fuerza motriz principal, tenía que conducir a la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos, y no a la dictadura de la burguesía como se ha producido en las revoluciones burguesas del pasado. Así se resolvió de forma nueva la cuestión esencial de la revolución, la del poder de Estado. Un gobierno revolucionario provisional, que se apoye en el pueblo, debía ser, según V. Lenin, el organismo político de la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos.

El gran mérito de Lenin, ante el partido y ante la clase obrera, es que, fundándose en las conocidas tesis de Marx relativas a la revolución ininterrumpida, a la necesidad de conjugar el movimiento revolucionario campesino y la revolución proletaria, ha elaborado, sobre la base de un análisis profundo del desarrollo económico y político de Rusia, la teoría de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista. En el artículo « La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino », Lenin ha indicado:

« ...de la revolución democrática comenzaremos a pasar en seguida, y justamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. Nosotros somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a mitad de camino ». (Obras, tomo 9, pág. 213 —edición rusa). (1)

Justificando y explicando las decisiones del III Congreso del partido, la estrategia y la táctica revolucionarias de los bolcheviques, Lenin ha combatido ideológicamente los conceptos, hostiles al marxismo, de los mencheviques sobre la teoría y la táctica del partido en la revolución. En esto reside, asimismo, el inmenso alcance de la obra

---

(1) Obras escogidas, en 2 tomos. Tomo I, página 709. Edición en español.

de Lenin « Las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática ». Al mismo tiempo, Lenin ha denunciado las concepciones reformistas de los dirigentes oportunistas de la II Internacional que sostenían a los mencheviques rusos. Al desarrollar de forma creadora, en las nuevas condiciones históricas, la doctrina de K. Marx y F. Engels, V. Lenin ha ofrecido una potente arma ideológica, no sólo al proletariado ruso, sino también al proletariado internacional, en la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad.

Al elaborar la doctrina de la hegemonía del proletariado en la revolución democrático-burguesa y en la revolución socialista, de la alianza de la clase obrera y del campesinado y de la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos, Lenin ha hecho progresar la teoría marxista, ha establecido los cimientos políticos (tácticos) del partido comunista. Lenin ha enriquecido el marxismo con una nueva teoría de la revolución socialista que ha constituido para el partido comunista una potente arma ideológica en la lucha por la victoria de la gran Revolución socialista de octubre.

## II

7. — El desarrollo de la revolución ha confirmado el carácter justo y vital de la estrategia y de la táctica de los bolcheviques. La tesis de Lenin según la cual el proletariado puede y debe desempeñar el papel dirigente en el movimiento revolucionario se ha confirmado completamente. La lucha de la clase obrera ha determinado todo el desarrollo de la revolución, su amplitud y sus formas. V. Lenin ha escrito que « ¡la humanidad no sabía aún hasta 1905, en qué proporciones enormes, grandiosas, las fuerzas del proletariado pueden acrecentarse y se acrecientan, cuando se trata verdaderamente de un gran objetivo, cuando se trata verdaderamente de combatir de una forma revolucionaria! » (Obras, tomo 23, pág. 232, edición rusa).

En las condiciones de un país campesino atrasado, la clase obrera de Rusia ha mostrado que la verdadera fuerza y el papel del proletariado en la sociedad, no están determinados por el hecho de constituir o no la mayoría de la población del país, sino por su energía revolucionaria, por su conciencia política, por su capacidad para dirigir la lucha revolucionaria del pueblo, por su aptitud para

ganarse a las masas campesinas como aliadas de la revolución.

El proletariado de Rusia ha desarrollado un potente movimiento huelguístico que se ha extendido constantemente en la medida en que crecía el auge revolucionario. El número de obreros industriales que han participado en las huelgas ha alcanzado, en 1905, cerca de 3 millones. El rasgo característico del movimiento huelguístico era la combinación de las huelgas políticas y económicas. La estrecha e indisoluble ligazón de las dos formas de huelgas dotaba al movimiento de una fuerza particular.

Uno de los acontecimientos revolucionarios más importantes del verano de 1905 fué la célebre huelga de Ivanovo-Voznessensk, que se desarrolló bajo la dirección de los bolcheviques. Desde los primeros días de la huelga los obreros habían creado su organismo revolucionario; el soviet de delegados, que fué, de hecho, uno de los primeros sovietes de diputados obreros de Rusia.

Los trabajadores del textil de Lodz, gran centro industrial de Polonia, han dado un ejemplo de lucha política de las masas. La huelga general desencadenada por los obreros de Lodz en junio de 1905, en respuesta a la represión sangrienta ejercida contra los participantes en una reunión obrera, se ha transformado en combates de calles y de barricadas contra las tropas zaristas. Fué la primera acción armada del proletariado en Rusia. Colisiones armadas tuvieron lugar asimismo en Varsovia, Odesa, Riga, Libau y en otras ciudades.

8. — En el otoño de 1905, el movimiento revolucionario se extendió a todo el país. Por iniciativa de los obreros de Moscú y de Petersburgo, en octubre de 1905 estalla una huelga política general, que se extiende a todos los centros industriales. La huelga de octubre se transforma en una potente acción política del proletariado. Se desarrolla bajo las consignas: « ¡Abajo la autocracia! » « ¡Viva la República democrática! » El número de participantes en la huelga general sobrepasa la cifra de dos millones. Bajo la presión de las masas, el gobierno zarista está obligado a lanzar el manifiesto del 17 de octubre, en el que, hipócritamente, promete otorgar a la población las libertades cívicas y convocar una Duma legislativa. Por su heroica lucha huelguística, el proletariado conquistaba para sí mismo, y para todo el pueblo, aunque sólo fuese por un tiempo breve, una libertad de

palabra y de prensa, una libertad para las organizaciones sindicales y otras, jamás conocidas en Rusia; por primera vez en la historia de Rusia, aparecían legalmente periódicos revolucionarios.

En la lucha contra el zarismo, el espíritu creador revolucionario de las masas proletarias de Rusia ha engendrado una nueva organización política de masa, sin precedente en la historia mundial: los soviets de diputados obreros. Han nacido en Moscú, Petersburgo, Tver, Kostroma, Lugansk, Ekaterinoslav, Saratov, Rostov sobre el Don, Kiev, Odesa, Nicolaïev, Novorosiisk, Bakú, Krasnoiark, Tchita, y en otras ciudades y centros obreros. Los soviets de diputados obreros, surgidos como organismos dirigentes de la lucha huelguística, se han transformado en organismos embrionarios del poder nuevo, revolucionario.

A diferencia de los mencheviques, que consideraban a los soviets como organismos de administración local autónoma, los bolcheviques valoraban altamente la iniciativa y la actividad revolucionarias de las masas. Los bolcheviques consideraban que los soviets debían transformarse, en el curso de la revolución, en organismos de la insurrección armada, en organismos de la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos.

Dirigidos por los bolcheviques, el soviet de Moscú y los soviets de distrito de Moscú, que han aplicado consecuentemente una política revolucionaria y se han transformado en organismos de la insurrección armada, han desempeñado un papel eminente en la revolución. Los bolcheviques dirigían asimismo los soviets en varias ciudades del país.

Durante los años de la primera revolución rusa, la clase obrera ha empezado por primera vez a crear sus sindicatos, como organizaciones de las amplias masas proletarias. Los sindicatos han sido creados desde el principio bajo la influencia y la dirección inmediatas de la socialdemocracia revolucionaria.

A diferencia de los sindicatos de los países de Europa occidental los sindicatos han surgido en Rusia después de la aparición del partido político del proletariado y, bajo su dirección, han participado activamente en la lucha contra el zarismo y el capitalismo. Los bolcheviques daban una gran importancia a la organización y consolidación de los sindicatos, luchaban resueltamente contra la concepción oportunista de los mencheviques sobre la « neutralidad » de los sindicatos, luchaban por su transformación en organizaciones revolucionarias en el combate de la clase obrera.

9. — El proletariado de Rusia era el intérprete más consecuente de los intereses fundamentales de todos los trabajadores, la fuerza dirigente del movimiento democrático general. « El proletariado es el único jefe de nuestra revolución —he escrito J. Stalin—; sólo él está interesado en llevar tras de sí las fuerzas revolucionarias de Rusia al **asalto de la autocracia zarista**, y sólo él puede hacerlo. Sólo el proletariado agrupará en torno suyo a los elementos revolucionarios del país, sólo él llevará hasta el fin nuestra revolución ». (Obras, tomo 2, pág. 62, edición rusa). (1)

El desarrollo impetuoso del movimiento obrero tenía una gran repercusión en el campo, favorecía el desarrollo de la lucha revolucionaria de las amplias masas del campesinado. En el curso de 1905 se han registrado más de 3.500 levantamientos campesinos. Poco a poco, la lucha de los campesinos contra los grandes terratenientes tomaba un carácter cada vez más duro. En el otoño de 1905, los levantamientos campesinos se han extendido a la región central de las tierras negras, a la cuenca del Volga, a Ucrania, a Transcaucasia y a los Países Bálticos.

El programa agrario de los bolcheviques, elaborado por V. Lenin, ha tenido una importancia muy grande para el desarrollo del movimiento revolucionario entre el campesinado. El programa agrario leninista exigía la confiscación de las tierras de los grandes terratenientes, de la Iglesia, de los monasterios, de las dotaciones y de la corona, y la nacionalización de todas las tierras. Los bolcheviques ligaban esas reivindicaciones a la destrucción de la autocracia zarista y a la instauración de una República democrática mientras el programa menchevique de municipalización de las tierras tenía como objetivo la reforma pacífica y gradual del régimen de los grandes terratenientes y de la autocracia. Los bolcheviques llamaban a los campesinos a apoderarse sin demora de las tierras de los grandes terratenientes, a crear comités campesinos revolucionarios, a sostener activamente al proletariado en su lucha contra el zarismo. Las organizaciones de los bolcheviques prestaban una atención particular al agrupamiento de las capas proletarias y semi-proletarias del campo, que desempeñaban el papel más activo en el movimiento campesino.

Los bolcheviques luchaban resueltamente contra la táctica concii-

(1) Stalin. Obras, tomo 2, página 66. Edición en español (N.D.R.).

liadora y contra el aventurerismo político de los socialrevolucionarios, a fin de liberar al campesinado de la influencia de la burguesía liberal.

10. — Bajo la influencia del movimiento revolucionario de los obreros y de los campesinos y de las derrotas del zarismo en la guerra ruso-japonesa, se producían levantamientos revolucionarios en el ejército y la flota. Se inscribían en el cuadro de la revolución y mostraban su carácter popular general.

La sublevación a bordo del acorazado « Potemkin » (junio de 1905) fué un acontecimiento destacado de la primera revolución rusa. Los marinos sublevados se hicieron dueños del gran buque de guerra y pasaron abiertamente al lado de la revolución. La sublevación a bordo del « Potemkin » es una página gloriosa de la historia del movimiento revolucionario de los pueblos de nuestro país.

Dando una apreciación sobre la hazaña de los marinos del « Potemkin », V. Lenin escribía: « el acorazado « Potemkin » ha quedado como un territorio invencido de la revolución y, sea cual fuere su suerte, tenemos ante nosotros un hecho irrefutable y muy importante: un intento de crear el núcleo de un ejército revolucionario » (Obras, tomo 8, pág. 525, edición rusa).

En el otoño de 1905, tuvieron lugar revueltas entre los soldados de Jarkov, Kiev, Minsk, Tachkent, Voronej, Pskov, Varsovia y de otras ciudades. La efervescencia ganó a las unidades de Extremo Oriente; estallaron revueltas en Cronstadt, Vladivostok, Sebastopol.

11. — Por su ejemplo revolucionario, el proletariado ruso incitaba a las masas trabajadoras de todas las nacionalidades de Rusia a luchar contra el zarismo. Por su tenacidad en la lucha huelguística, los obreros de Riga, Lodz, Varsovia, Bakú ocupaban el mismo puesto de honor que los obreros de Petersburgo y Moscú. El movimiento campesino tenía una gran amplitud en las regiones nacionales. En los Países bálticos, los campesinos destituían a los funcionarios, saqueaban las propiedades de los barones alemanes, libraban duros combates contra las tropas regulares del zar: el movimiento campesino de Georgia revestía una amplitud sin precedente. La lucha de liberación nacional de los pueblos oprimidos era parte integrante, inseparable del movimiento revolucionario en toda Rusia.

El proletariado ruso sostenía ardientemente el movimiento de liberación nacional; defendía el derecho de las naciones a la libre determinación, luchaba resueltamente contra la política patriótica de gran potencia, llevada a cabo por el zarismo y por las clases dominantes, que buscaban romper la unidad de las acciones revolucionarias de los pueblos de Rusia. Los bolcheviques llevaban a cabo una lucha intransigente contra los nacionalistas burgueses, educaban a las masas en el espíritu del internacionalismo proletario, explicando que la opresión nacional no puede desaparecer más que como consecuencia de la lucha revolucionaria común de los trabajadores de todas las nacionalidades.

12. — El desarrollo ulterior de la revolución ha hecho necesario el paso de la huelga general a la forma superior de la lucha revolucionaria; la insurrección armada.

Al aplicar las decisiones del III Congreso del P.O.S.D.R., las organizaciones bolcheviques preparaban con perseverancia la insurrección armada. De regreso del extranjero a Petersburgo en noviembre de 1905, el guía del partido, V. Lenin, estaba a la cabeza de la actividad del partido orientada a dirigir a las masas y a preparar la insurrección armada. Lenin desenmascaraba los planes de la contrarrevolución, llamaba al proletariado a estar vigilante y a responder al enemigo.

La insurrección armada de diciembre, preparada por las acciones de masa del proletariado en el curso de todo el año 1905, fué el punto culminante del desarrollo de la primera revolución rusa.

Fueron los obreros de Moscú los primeros que izaron la bandera de la insurrección armada contra el zarismo. El soviét de los diputados obreros, dirigido por los bolcheviques, proclamó el 7 (20) de diciembre la huelga política general con intención de transformarla en insurrección armada. Los obreros actuaron con una unanimidad excepcional. Todas las empresas fueron paralizadas. El 9 (22) de diciembre empezaron los combates de barricadas de los obreros de Moscú contra las tropas del gobierno zarista. Los principales focos de la insurrección fueron Presnia, Zamoskvorechie y el distrito de Rogojsko-Amonovski. Durante nueve días, los obreros armados combatieron heroicamente contra las tropas zaristas. Cerca de 8.000 miembros armados de los destacamentos obreros, sostenidos por toda la masa de

obreros, participaron en los combates de barricadas. La insurrección tuvo un carácter particularmente duro y encarnizado en Presnia. Para aplastar la insurrección, el gobierno zarista hizo venir a Moscú fuertes unidades del ejército. En el curso de la insurrección armada de diciembre, los obreros realizaron prodigios de heroísmo, de valor y de sacrificio; conservaron hasta el final su firmeza y su espíritu combativo. « Hemos empezado. Terminamos... La sangre, la violencia y la muerte nos perseguirán. Pero no es nada. El porvenir pertenece a la clase obrera. En todos los países las generaciones, una tras otra, aprenderán la tenacidad a la luz de Presnia », indicaba la última orden del día del estado mayor de los destacamentos de combate de Presnia.

La insurrección de diciembre de 1905 ha mostrado que en once meses de revolución la conciencia política del proletariado ruso se había desarrollado de forma gigantesca. Si en enero de 1905 millares de obreros se dirigían confiados, rezando y llevando banderas, hacia el palacio del zar para mendigar un « poco de caridad », en diciembre de 1905, el proletariado ruso, con las armas en la mano, combatía heroicamente en las barricadas por el derrocamiento del zarismo, por la instauración de la república democrática.

La insurrección armada de diciembre fué aplastada por el zarismo con métodos feroces. Las razones principales de la derrota de esta insurrección residen en el retraso de la dirección de la insurrección con relación al crecimiento espontáneo del movimiento. La insurrección había sido desencadenada con retraso y se había dejado pasar el momento favorable, el momento en que habían estallado disturbios entre una parte de los soldados de la guarnición de Moscú. Después de la detención del comité bolchevique de Moscú por el gobierno zarista la insurrección armada en Moscú se había transformado en insurrección de diversos barrios cortados unos de otros. Durante la preparación de la insurrección, no se habían formado destacamentos armados instruidos, faltaban armas para los obreros.

La insurrección armada de los obreros de Moscú no se transformó en levantamiento simultáneo, unido, del proletariado de toda Rusia. Por ello, el gobierno zarista pudo, no sólo aplastar la insurrección en Moscú, sino ahogar en sangre las acciones armadas en el Donbas, en Jarkov, en Krasnoiarsk, Tchita, en Novorosiisk, en Perm, en Sormovo, en Letonia, en Finlandia y en otros sitios. Una de las causas de la

derrota de la insurrección fué asimismo la táctica defensiva que es « la muerte de la insurrección armada » (Marx). La actividad desorganizadora de los mencheviques y de los socialrevolucionarios contribuyó a ello.

Al extraer la enseñanza de la insurrección armada de diciembre, V. Lenin escribió más tarde: « Por primera vez en la historia mundial, se ha alcanzado un grado de desarrollo y una fuerza tales de la lucha revolucionaria que la insurrección armada se aliaba a la huelga de masa, ese arma específicamente proletaria. Está claro que esta experiencia tiene una importancia mundial para todas las revoluciones proletarias ». (Obras, tomo 31, pág. 315, edición rusa).

13. — Después de la derrota de la insurrección de diciembre, la revolución entró en un segundo período cuyos rasgos característicos son el reflujo progresivo de la ola revolucionaria y la recrudescencia de la reacción.

Después de haber firmado, con el concurso de los imperialistas americanos, una paz vergonzosa con el Japón, el gobierno zarista envió las fuerzas principales de su ejército a aplastar la revolución. Con expediciones de castigo, con las bandas de organizadores de pogromos de los « Cien Negros », formadas por la policía, con los tribunales militares, las ejecuciones en masa, la represión policíaca ejercida contra las organizaciones obreras y campesinas, el zarismo se esforzaba por exterminar la vanguardia revolucionaria de la clase obrera y por intimidar a todo el pueblo. Miles de combatientes revolucionarios perecieron asesinados por los verdugos zaristas.

El gobierno zarista excitaba a los pueblos unos contra otros, organizando pogromos judíos, la matanza tártaro-armenia, etc.

Con objeto de dividir y debilitar el movimiento revolucionario, de engañar al campesinado y aislarle del proletariado, el zarismo convocó la Duma de Estado. Los partidos políticos de la burguesía rusa: los cadetes y los octubristas, entraron en la vía de la colusión directa con la monarquía zarista y los grandes terratenientes amos de siervos, ayudaron al zarismo a aplastar la revolución.

Pero incluso en esas condiciones difíciles, la revolución continuaba. El proletariado, el primero que se había alzado en la lucha contra el

zarismo, se replegaba el último librando combate. Las luchas tenaces del proletariado, las huelgas políticas de masa que proseguían, frenaban el empuje de la contrarrevolución y arrastraban al movimiento revolucionario a las reservas más profundas del proletariado.

En 1906, el movimiento campesino conoció una gran amplitud. Se extendió a la mitad de todos los distritos de Rusia. En el verano de 1906 estallaron sublevaciones de marinos en Sveaborg y en Cronstadt.

14. — En las condiciones del reflujó de la revolución, los bolcheviques modificaron su táctica. De la preparación directa de las masas al asalto contra el zarismo, los bolcheviques pasaron a la táctica de la retirada organizada, ligando el trabajo legal con el trabajo ilegal.

Durante esos años de la primera revolución rusa, Lenin elaboró una táctica revolucionaria de lucha en el seno de la Duma radicalmente diferente de la táctica de los mencheviques y de los oportunistas de la II Internacional, los cuales consideraban la actividad parlamentaria como la forma principal de la lucha del proletariado.

Esa táctica de los bolcheviques tendía a conquistar al campesinado, a crear en el seno de la Duma un bloque revolucionario de los representantes de la clase obrera y del campesinado, a liberar al campesinado de la influencia de la burguesía liberal. Los bolcheviques utilizaban la Duma como una tribuna para la propaganda revolucionaria, para la denuncia de todas las infamias de la autocracia y de la traición de la burguesía contrarrevolucionaria, mientras los mencheviques hacían bloque con la burguesía contrarrevolucionaria (los cadetes) y le ayudaban a sembrar en las masas ilusiones sobre la posibilidad de conquistar la libertad y, para los campesinos, de obtener las tierras, por la vía « pacífica », por medio de la Duma.

La experiencia de la actividad de los bolcheviques en la Duma ha tenido y sigue teniendo una gran importancia para el movimiento revolucionario internacional. Es utilizada de forma creadora por los partidos comunistas y obreros de los países extranjeros para la elaboración de su táctica parlamentaria.

La revolución de 1905-1907 ha mostrado que en las condiciones más complejas, en la situación de un cambio rápido en la relación de las fuerzas de clase, los bolcheviques eran capaces de dirigir de

forma justa el movimiento obrero, de encabezar el auge revolucionario de las masas y de llevarlas audazmente al combate, y que sabían, en el momento oportuno, sustraer las fuerzas revolucionarias a los golpes, preparándolas para nuevos combates.

En cambio, los mencheviques se revelaron como unos cobardes reformistas, renunciaron a la revolución y entraron en la vía de las confabulaciones con la burguesía liberal monárquica y de la conciliación con el zarismo.

15. — La fuerza de la resistencia del pueblo revolucionario era tan grande que el zarismo no consiguió ahogar la revolución hasta un año y medio después de la derrota de la insurrección armada de diciembre.

La causa principal de la derrota de la revolución es que no se había llegado a fundir las acciones de los obreros, de los campesinos, de los soldados, en una sola corriente revolucionaria. La alianza de los obreros y de los campesinos en la revolución no era aún sólida, el campesinado actuaba de forma muy dispersa, desorganizada, insuficientemente resuelta; importantes masas de campesinos se hallaban entonces bajo la influencia de los socialistas-revolucionarios. Los mayores levantamientos revolucionarios de los campesinos contra los grandes terratenientes se produjeron en el momento en que el zarismo había conseguido ya aplastar los principales focos de la revolución en los centros industriales del país. Al intervenir contra los grandes terratenientes, la mayoría de los campesinos no se decidían aún a luchar contra el zar, creían en la posibilidad de recibir la tierra de las manos del zar. Esto determinó la actitud del ejército cuya mayoría ayudó al zar a ahogar las acciones revolucionarias de los obreros y de los campesinos. Los obreros no actuaban tampoco con bastante cohesión, algunos de sus destacamentos entraron tarde en la lucha común. La ausencia de unidad en el seno del partido proletario, como consecuencia de la actividad traidora de los mencheviques, dividía las filas de la clase obrera y así la debilitaba como fuerza dirigente de la revolución. Por ello el proletariado no podía desempeñar entonces completamente su papel de verdadero jefe de la revolución y conducirla a la victoria.

Los imperialistas extranjeros ayudaron a la autocracia a aplastar

la revolución. Los banqueros franceses, británicos, austriacos y belgas consintieron un empréstito importante al zarismo para maniatar la revolución. Según la exacta expresión del gran escritor proletario Máximo Gorki, fué « un empréstito de Judas ». La Alemania del kaiser preparaba la intervención armada contra la revolución rusa en el caso en que ésta fuera victoriosa.

A pesar de la derrota de la revolución de 1905-1907, los principales factores de la vida económica y política que habían provocado la revolución seguían actuando. Esto hacía inevitable una nueva explosión revolucionaria.

A despecho de las profecías embusteras de los mencheviques liquidadores, y de otros traidores y renegados del movimiento obrero, sobre la imposibilidad de una nueva revolución en Rusia, los bolcheviques hablaban incansablemente de la inevitabilidad tanto de una revolución democrática como de una revolución socialista. V. Lenin indicaba que el proletariado ruso se inspiraba « no en una « esperanza vaga », sino en una certidumbre justificada científicamente, sobre la reedición de la revolución ». (Obras, tomo 17, página 211, edición rusa).

En las duras condiciones de la reacción, expuestos a las feroces persecuciones del zarismo, los bolcheviques agrupaban en torno a la clase obrera las fuerzas democráticas del país, forjaban la alianza de combate de la clase obrera y del campesinado, consolidaban la unidad internacional de los pueblos de Rusia, preparaban a las masas trabajadoras para un nuevo ataque decisivo contra la autocracia, para la lucha por el derrocamiento de la dominación de los grandes terratenientes y de la burguesía.

### III

16. — La primera revolución rusa ha sido un gran acontecimiento en la historia de Rusia y ha ejercido una influencia inmensa sobre todo el desarrollo ulterior del país, dejando una huella profunda en la conciencia del pueblo. La revolución ha elevado a las más amplias masas populares a un espíritu creador revolucionario, consciente, y las ha enriquecido con una experiencia política inestimable. En el curso de la lucha encarnizada contra el zarismo en 1905-1907, se echaron los cimientos sólidos de la creación del frente unido revolucionario

de los pueblos oprimidos de Rusia, dirigidos por el heroico proletariado ruso.

El enorme crecimiento del papel del proletariado como fuerza social dirigente, guía de las masas trabajadoras, ha sido uno de los resultados más importantes de la revolución. El proletariado ha arrancado a la burguesía liberal la dirección de las masas populares en la lucha por el cambio democrático radical y ha mostrado así que en la época del imperialismo sólo la clase obrera está en condiciones de dirigir la revolución. La experiencia histórica de la primera revolución rusa ha mostrado que el proletariado está en condiciones de convertirse en el dirigente del movimiento democrático general, también allí donde, como consecuencia del insuficiente desarrollo del capitalismo, representa numéricamente una minoría de la población del país.

La revolución ha confirmado brillantemente que sin la unidad de la clase obrera la victoria sobre los explotadores no puede conseguirse. Las lecciones de la revolución han demostrado que sólo un partido revolucionario marxista, combativo, un partido de tipo nuevo, radicalmente diferente de los partidos de la II Internacional, puede desempeñar el papel de verdadero dirigente y guía de la clase obrera y de todos los trabajadores.

De carácter democrático-burgués, la primera revolución rusa ha sido al mismo tiempo una revolución proletaria, no sólo porque el proletariado era su guía, sino también porque las formas y los métodos proletarios de lucha han determinado su desenvolvimiento y su amplitud sin precedente.

La experiencia de la revolución ha mostrado la gran importancia de las huelgas políticas como medio de movilización revolucionaria de las masas. La clase obrera de Rusia recurrió asimismo a la huelga política, este arma probada, en su lucha revolucionaria ulterior. La combinación de la huelga política y de la insurrección armada, utilizada por los obreros y los soldados de Petrogrado en febrero de 1917, permitió al pueblo barrer al zarismo en unos días. La revolución ha enriquecido a la clase obrera con la experiencia de la insurrección armada, experiencia de la que los bolcheviques también sacaron provecho cuando la preparación y la realización de la insurrección armada de octubre de 1917.

La revolución de 1905-1907 ha sido la primera verificación histó-

rica de la fuerza vital de la idea leninista de la alianza de la clase obrera y del campesinado. La alianza de la clase obrera y del campesinado, que se ha forjado y consolidado en el curso de la lucha por el derrocamiento del zarismo y de la burguesía, en el curso de las transformaciones socialistas, es actualmente la base indestructible de la solidez y de la firmeza del régimen soviético, y constituye una gran fuerza en la lucha por el desarrollo y el reforzamiento de la sociedad socialista, por la edificación del comunismo.

La idea leninista de la alianza de la clase obrera y del campesinado ha sido confirmada brillantemente por las victorias históricas del gran pueblo chino y de los trabajadores de los países de democracia popular de Europa y Asia. La alianza de la clase obrera y del campesinado, en la que el papel dirigente corresponde a la clase obrera, se ha convertido en la base del régimen democrático popular que realiza con éxito las transformaciones socialistas fundamentales en los países de democracia popular.

En 1905, los obreros y los campesinos rusos, por primera vez en la historia, han planteado prácticamente la cuestión de la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos, del poder nuevo, popular. Los soviets de diputados obreros, constituidos durante la primera revolución rusa, han sido una conquista histórica muy grande de la clase obrera de Rusia. Han sido el prototipo del poder de los soviets que se ha afianzado en nuestro país como consecuencia de la victoria de la gran Revolución socialista de octubre. La experiencia de los primeros soviets ha servido a Lenin de punto de partida para la elaboración ulterior de sus enseñanzas sobre los soviets, forma estatal de la dictadura del proletariado.

La revolución de 1905-1907 ha puesto al descubierto la naturaleza contrarrevolucionaria de la burguesía liberal, ha debilitado su influencia y le ha hecho perder sus reservas políticas, y ante todo el campesinado.

Un importante resultado de la primera revolución rusa ha sido el quebrantamiento del ejército, uno de los principales puntales del zarismo.

Los años de la primera revolución rusa pusieron a prueba prácticamente dos líneas políticas: la línea de la estrategia y de la táctica revolucionarias de los bolcheviques y la línea oportunista de los mencheviques que le era opuesta. El desarrollo de la revolución ha con-

firmado la justeza del plan estratégico y de la línea táctica de los bolcheviques, elaborados por Lenin, fundador y guía del Partido Comunista.

17. — La revolución rusa de 1905-1907 ha inaugurado el período de las batallas revolucionarias de la época del imperialismo. El golpe asestado al zarismo por los obreros y los campesinos revolucionarios de Rusia ha sido al mismo tiempo un golpe asestado a todo el sistema imperialista.

La revolución de Rusia ha suscitado la ardiente simpatía del proletariado de Europa occidental por la lucha revolucionaria de los obreros y de los campesinos de Rusia. Una ola de huelgas de protesta y de manifestaciones ha recorrido todos los grandes países de Europa.

Los eminentes militantes del movimiento obrero internacional: A. Bebel, K. Liebknecht, R. Luxemburgo y otros han apreciado altamente la lucha del proletariado de Rusia. K. Liebknecht ha calificado los acontecimientos revolucionarios de Rusia de viraje en la historia de los pueblos de Europa y ha llamado a los obreros alemanes a « colocarse bajo la bandera de la revolución rusa ».

La revolución de Rusia ha ejercido una potente influencia sobre el desarrollo del movimiento de liberación nacional en los países coloniales y semi-coloniales. « La revolución rusa, indicaba V. Lenin, ha puesto en movimiento al Asia entera. Las revoluciones de Turquía, de Persia, de China, muestran que el grandioso levantamiento de 1905 ha dejado profundas huellas y que sus consecuencias sobre el progreso de centenares y centenares de millones de hombres son imborrables ». (Obras, tomo 23, pág. 244, edición rusa).

Así, la revolución de 1905-1907 ha puesto de manifiesto que el centro del movimiento revolucionario mundial había pasado a Rusia y que el heroico proletariado de Rusia se había transformado en la vanguardia del proletariado revolucionario del mundo entero.

Los acontecimientos de la primera revolución rusa han mostrado que el principal bastión de la reacción internacional, el opresor del movimiento obrero en Occidente y del movimiento de liberación nacional en Oriente, ya no era el zarismo, sino la burguesía imperialista de Europa occidental y de los Estados Unidos de América que habían salvado al zarismo de la revolución.

18. — La práctica revolucionaria de la clase obrera de Rusia ha asestado un serio golpe a los oportunistas de la II Internacional, a confirmar la gran fuerza vital del marxismo creador, la enorme importancia de la teoría y de la táctica del leninismo en la lucha revolucionaria del proletariado.

La revolución ha derribado las concepciones de la inevitabilidad de la hegemonía de la burguesía en las revoluciones burguesas que reinaban entre los partidos de la II Internacional, y ha confirmado la justeza de la doctrina leninista sobre la hegemonía del proletariado. La primera revolución rusa ha refutado asimismo el nocivo dogma de los oportunistas de la II Internacional y de los mencheviques rusos en lo concerniente al carácter reaccionario del campesinado; a la incapacidad del proletariado, aliado al campesinado, de poner fin a la opresión de los grandes terratenientes y capitalistas.

La teoría leninista de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista ha destruído el dogma de los oportunistas de la II Internacional según el cual debía transcurrir un largo plazo entre la revolución burguesa y la revolución socialista, de ha iluminado ante los proletarios de todos los países la vía de la lucha en favor de la liberación de la esclavitud capitalista.

La victoria de la gran Revolución socialista de octubre en nuestro país ha sido un triunfo de la teoría leninista de la revolución proletaria. Los partidos comunistas y obreros hermanos aplican y desarrollan de forma creadora la teoría leninista de la revolución socialista, teniendo en cuenta la originalidad de las condiciones de su país.

En el curso de los cincuenta años transcurridos desde la primera ofensiva revolucionaria contra la autocracia zarista, la clase obrera y todos los trabajadores de nuestro país han recorrido un glorioso camino histórico.

Bajo la dirección del Partido Comunista, la clase obrera de Rusia aliada con los campesinos trabajadores, ha llevado a cabo la gran

Revolución socialista de octubre, ha creado el Estado socialista de los obreros y de los campesinos y ha asegurado la victoria del socialismo en la U.R.S.S. Así, el pueblo soviético ha realizado en la vida los ideales de los combatientes de vanguardia de la primera revolución rusa y ha mostrado que los duros sacrificios consentidos y la sangre vertida en la lucha por la libertad, no lo han sido en vano.

Templado en el fuego de tres revoluciones, en la lucha por la realización de las grandes transformaciones sociales y económicas en nuestro país, en las batallas de la Gran guerra patriótica, el partido comunista se presenta en nuestros días como el dirigente probado del pueblo soviético en su lucha por la terminación de la edificación del socialismo y por el paso gradual al comunismo. El partido moviliza al pueblo soviético para el rápido desarrollo de la industria pesada, base fundamental de la economía socialista, base de la potencia económica y defensiva del país, fuente de una vida holgada y cultivada de los trabajadores. Sobre la base de los éxitos conseguidos en el desarrollo de la industria pesada, el partido organiza el auge rápido de la agricultura y asegura un nuevo desarrollo de las industrias ligeras y alimenticia.

Intimamente ligado al pueblo, teniendo una confianza ilimitada en las fuerzas creadoras del pueblo, el Partido Comunista desarrolla la actividad en el trabajo y la actividad política de las masas, orienta su energía y su iniciativa revolucionarias hacia el continuo reforzamiento de la potencia de nuestra patria.

En todas las etapas de la lucha liberadora y de la edificación socialista el Partido Comunista ha velado con fervor por las tradiciones evolucionarias de los pueblos de nuestro país y las ha multiplicado. A la luz de los ejemplos enaltecidos de la lucha heroica de nuestro pueblo, a la luz de las ideas del marxismo-leninismo, el Partido educa a los trabajadores en el espíritu del ardiente patriotismo soviético, del internacionalismo proletario y de la entrega sin reservas a la causa del comunismo. Lleva a cabo una lucha resuelta contra las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres, desarrolla y eleva las altas cualidades revolucionarias del pueblo soviético, eleva la conciencia de los trabajadores de la sociedad socialista.

Los soviéticos consideran, con un sentimiento de legítimo orgullo,

el grandioso balance del camino recorrido. Nuestra patria avanza con seguridad, presentándose ante el mundo entero como la fortaleza del progreso, de la democracia y del socialismo.

Hoy, la causa de la revolución, por la cual hace medio siglo se llevó a cabo la primera batalla heroica de los pueblos de Rusia, ha crecido y se ha fortalecido incomparablemente. El testimonio deslumbrante de ello es la formación y la consolidación del campo democrático y socialista, a la vanguardia del cual marcha la Unión Soviética.

La experiencia revolucionaria del pueblo soviético, las victorias históricas de importancia mundial del socialismo en la U.R.S.S. y los éxitos de la edificación socialista en los países de democracia popular empujan a las masas trabajadoras de los países capitalistas, coloniales y dependientes, a una lucha resuelta por una paz duradera, por las libertades democráticas, por la independencia nacional y la liberación del yugo imperialista.

¡Bajo la bandera de Marx, Engels, Lenin, Stalin, bajo la dirección del Partido comunista, adelante hacia el triunfo del comunismo!

**INSTITUTO MARX-ENGELS-LENIN-STALIN**

cerca del C.C. del P.C.U.S.

MINISTERIO  
DE CULTURA

MUESTRA BANDERA

1957



18 7 19

MINISTERIO  
DE CULTURA

